JUAN YANNI

CULPA



GALOBART
NUEVA NARRATIVA


CULPA

JUAN YANNI

CULPA

GALOBART
NUEVA NARRATIVA

EDITA
© The Galobart Books S. L
Calle Carranza, 25; 5º-3
28004 Madrid

COLECCIÓN
Nueva Narrativa

TEXTOS
Juan Yanni

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO
David Generoso

DISEÑO DE PORTADA
Jose Maisterra / gagarinwork.com

DIRECCIÓN COMERCIAL
Mercedes López Molina

ISBN | 978-84-122649-9-9
Depósito legal: M-3720-2021

Si deseas estar informado de todas nuestras novedades editoriales,
entra en thegalobart.com y suscríbete gratuitamente a nuestros newsletters.

El proyecto The Galobart Books destina el 0,8% de sus beneficios a fines sociales. Más información en Thegalobart.com

©The Galobart Books, S. L.
Reservados todos los derechos.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

«La adversidad tiene el don de despertar talentos que en la comodidad hubieran permanecido dormidos»

Horacio

1
TORCACES

Son las siete de la mañana.

Suena el despertador como casi todos los días del mes de octubre.

A diferencia de cualquier otro día laborable, no le cuesta incorporarse de un salto de la cama. Lo primero que hace es abrir las dos puertas de madera de la contraventana y otear el tiempo que hace. Está nublado, pero parece que se trata de una niebla baja, ya que un cielo azul se divisa a lo alto, a través de una especie de claraboya que se dibuja en las nubes de la mañana. El viento es sur, el que esperaba y el que necesita.

Le duele algo la cabeza, pero no le importa, «sarna con gusto no pica».

Se viste rápidamente, prescinde de la ducha y se pone ropa de abrigo: pantalones de pana, camiseta, camisa de lana y tres jerséis por encima. Un par de calcetines y botas de montaña; el resto, chaleco de plumas y parka, guantes y gorro de lana le esperan en el coche. Los va a necesitar encima del árbol.

Llegó ayer desde Madrid, vía Pamplona. Cogió el coche y recorrió los cuarenta kilómetros que unen la capital navarra con Roncesvalles, en el Pirineo navarro, cuna del Camino de Santiago. Disfruta conduciendo por esa carretera, con puertos de montaña que serpentean hacia arriba y donde solo es posible adelantar en sitios muy concretos. De hecho, piensa que podría conducir con los ojos cerrados.

Quizás sí le molesta algo más la cabeza de lo que pensaba. Su amigo, el dueño de la posada donde se hospeda, no tenía intención de dejarle ir a su habitación a una hora prudente y le engañó con algo típico de estos pueblos, la espuela, la última copa: un patxarán, un vodka-tónica… junto con una conversación que rememoraba

batallas pasadas con anécdotas repetidas año tras año. Fue una conversación solo para dos.

Cierra la puerta tras de sí, sin llave, aquí no hace falta, y camina por el pasillo casi a oscuras. Conoce el recorrido. Baja las amplias escaleras de madera y cerámica hasta la planta baja y abre el amplio portón que da a la calle. Antes de dirigirse al coche, se dirige hasta la parte de atrás de la casona, al lado de la huerta y de un pequeño riachuelo, desde donde se divisa el valle y las montañas. Estaba en lo cierto, una neblina baja inunda el valle, con el cielo azul naranja del amanecer asomando por encima formando una espectacular estampa.

Comienza a andar hacia el coche con ese nudo en el estómago que le es tan familiar desde hace muchos años, desde que su padre, cuando él era un niño, se la transmitió.

Antes, entra en un pequeño garaje adyacente para buscar a su compañero de mañana, Beto, un magnífico braco alemán. Se alegra al verle, parece compartir la emoción de su amo.

Arranca el coche, el termómetro exterior marca cero grados centígrados. Posa su mirada sobre el cartel que señala la distancia a Santiago de Compostela, setecientos treinta y ocho kilómetros y ve a un peregrino que prepara sus aperos para iniciar la marcha, su primera o segunda etapa del camino, dependiendo de que haya iniciado su aventura desde la localidad francesa de Saint Jean de Pied de Port o de Roncesvalles. De conocer bien esta zona, sabe que hay muchos caminantes que evitan la etapa francesa, dado que es un recorrido de veinte kilómetros atravesando senderos por el monte, en continua subida y donde es muy fácil perderse, máxime si el tiempo no acompaña, algo frecuente en esta zona de los pirineos. Le vienen a la mente varias desapariciones y muertes en los últimos años en ese tramo, generalmente debido a imprudencias de peregrinos que no se toman en serio las inclemencias del tiempo en días de frío y ventisca con tormentas de nieve que hacen que te

desorientes, pierdas el estrecho camino y mueras por hipotermia.

No sabe por qué le han venido estas historias concretas a la cabeza, observándole, pero enseguida comienza a pensar en lo suyo mientras esboza una sonrisa.

Conduce despacio, bajando la ventanilla, para que el helado viento le acabe de despertar. Conforme asciende el pequeño puerto de montaña, la niebla se va disipando convirtiéndose en bruma y cuando llega al Alto ha desaparecido por completo. Para el coche, desciende y disfruta de una incomparable vista. Un mirador desde el que se divisa todo el valle con Francia a lejos. Al otro lado observa las ovejas que pastan en lo alto de la colina, signo de que el tiempo que se espera es bueno. El viento sacude su cara, suave pero enérgicamente, confirmando que viene del sur. Sonríe.

Sube al coche y conduce doscientos metros hasta un pequeño camino a su derecha; acostumbra a conducir rápido, se lo conoce, aminorando las marchas en las curvas, pues apenas caben dos coches por ese camino rural. Le gusta ese trayecto entre hayas centenarias y más todavía ahora, en la segunda mitad de octubre, con la caída de la hoja, que hace del bosque un lugar encantador, mágico y, también, resbaladizo.

Tras tres kilómetros, aparca su coche bajo unas hayas, bien resguardado.

Abre el maletero y Beto salta excitado. Se pone la chamarra, los guantes de lana, se cala un gorro y coge su mochila. Se cuelga al hombro una escopeta enfundada y camina hacia el interior del bosque. Las hojas crujen debido a la escarcha de la mañana. Pasados ochenta metros encuentra su haya. Comienza a ascender a ella a través de su empinada escalera de madera. Lo hace con determinación, pero con prudencia. No es la primera vez que ha habido un accidente al partirse un peldaño por la humedad. Es un haya imponente. Asciende treinta metros hasta lo alto, abre una portezuela y entra en el cubículo de madera forrado de helechos.

Se incorpora, deja la mochila sobre un pequeño banco, descuelga su escopeta y le quita la funda. Lo primero que hace es cargarla. Dos cartuchos. Perdigón del siete. Se siente orgulloso de su escopeta paralela marca AYA, realizada y fundida en las fábricas armeras de Eibar, en Guipúzcoa, y heredada de su padre. Treinta años hace ya.

Asomado desde lo alto del magnífico árbol y, a pesar de haberlo visto muchas veces, todavía se asombra de la belleza del valle a sus pies.

Está solo en las alturas. Está feliz. Comienza a recordar cuándo fue la primera vez que subió a un árbol con una escopeta, debía tener ocho o nueve años. Cazó su primera paloma torcaz, quizás con doce años, con la escopeta de catorce milímetros de un solo cartucho que su padre le regaló. Es la única caza que le gusta. Detesta la mayor. Cosas que se heredan.

Un silbido le pone alerta. Se protege tras los helechos y se queda inmóvil. Un mínimo gesto y las palomas giraran y se dejarán llevar de vuelta a Francia gracias a ese viento sur que ahora les da de cara y del que tratan de protegerse volando a ras de las copas de los árboles.

No las ha visto. Por la izquierda aparece un bando formado por unas veinte torcaces. Reacciona rápido y dispara sus dos tiros. Ve caer una paloma a unos cien metros delante del árbol. Se conforma. No ha hecho doblete, pero para ser los primeros disparos de la mañana parece que ha cobrado su primera pieza. Aunque el resto dependerá del braco alemán, dado que debajo del haya hay un barranco muy pronunciado que desciende hasta la carretera que lleva a la frontera con Francia. Hay que tener un buen perro si no queremos que los zorros engorden a nuestra costa. Antes tuvo un epagneul breton pero cobran de todo, hasta la caza ajena.

No puede verlo, pero escucha el perro, ladera abajo, no hace falta que se le dé una señal. La calma del monte se ha interrumpido

súbitamente por esos dos fogonazos y el ruido de la hojarasca producido por la loca bajada de Beto.

El día es precioso. Son las ocho menos cuarto de la mañana. A lo lejos divisa un bando de torcaces en dirección a unas peñas. Giran por detrás y desaparecen. Llevan una dirección distinta. Lo sabe bien. Su vuelo les conducirá a través de las costas vasca y francesa y los surfistas que estén cogiendo olas en este magnífico día, disfrutarán de su vista en una hora. Son bandadas de palomas que pueden alcanzar los mil ejemplares. Todos los años en el mes de octubre, esta ave migratoria emprende su camino hacia climas más cálidos donde pasar el invierno, atravesando España y en dirección al norte de África, abandonando las bellotas de las que se abastecen en las Landas Francesas. Con la cercanía de la primavera realizarán la ruta contraria, la contrapasa, buscando temperaturas más livianas.

Ensimismado en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que hace diez minutos que no oye ruido alguno. Su perro de caza suele ser muy rápido cobrando las piezas.

Grita su nombre. Nada. Silencio. Es raro, ni siquiera escucha la campanilla que lleva anudada al collar. Pasan diez, quince minutos y comienza a inquietarse. Cinco minutos después decide bajar.

Llega al suelo y sigue voceando su nombre. Comienza a descender por el barranco, pero se da cuenta de que no es buena idea. A la pronunciada bajada se suman las hojas recién caídas del otoño y la helada de la mañana.

Continúa gritando. A lo lejos escucha un tintineo. Respira aliviado. La campanilla suena más cerca, hasta que finalmente lo divisa, emergiendo de la niebla del amanecer, a unos sesenta metros de distancia. Parece que ha cumplido su labor: lleva algo en su hocico. Ya lo tiene a escasos metros. Ha cobrado la pieza. Pero la tez del hombre se va quedando lívida en cuanto se acerca. Lleva una mano humana en la boca. En descomposición. Se agacha y vomita.

La clase está terminando. El niño se encuentra tensamente recostado en su incómodo pupitre. Las matemáticas no son su asignatura favorita, le gustan otras más creativas, que le ayudan a transportarse en el tiempo, a otros lugares, con otros personajes, lejos de esta triste y gris aula. Sus favoritas son la literatura, la geografía y la historia. Le hubiera gustado la música, pero el padre Erro, encargado de formar el coro de la escolanía del colegio, realizó hace poco las pruebas a toda la clase y a él le dejó claro que su oído no había nacido para esos menesteres.

Pero su inquietud no viene dada por las derivadas, los senos o los cosenos, sino que es debida a que el hermano Urdanibia le ha citado después de clase en su despacho para hablar de su marcha académica. Menudo coñazo, piensa.

No le gusta ese cura, su mirada torva y sus accesos de ira. Más de una vez ha comenzado a golpear a un compañero suyo hasta casi hacerle perder la conciencia; sí, se trataba del bufón de la clase, pero no se merecía esa tunda desproporcionada y colérica que recibió. La España de los setenta.

Termina la clase y el niño se dirige a las dependencias del hermano, ubicadas en la última planta del colegio.

Golpea la puerta con sus nudillos y desde dentro recibe un seco «entre».

Accede al interior. El despacho consta de una recia mesa de madera con una silla a cada lado. En la pared cuelga un crucifijo que se encuentra ladeado, fuera de sitio: su primer pensamiento es el de ponerlo perfectamente alineado porque, aunque tiene un lado creativo, su padre le ha inculcado la perfección; es conservador de obras de arte y una de sus labores es restaurar retablos de iglesias.

A la derecha se encuentra un estrecho catre y el niño entiende que el despacho del cura es también su habitación.

Este aparece por una puerta al fondo, seguramente del cuarto de baño y se sienta al borde la cama. Con un gesto y un golpeo en el

colchón le pide que se siente a su lado. El niño obedece y lo hace. Comienzan a hablar de su marcha en la asignatura, pero pronto se desvía hacia temas personales. Le sorprende el cambio de tono en la voz y las formas, ahora es meloso y dulce. No sabe qué le desagrada más. Quizás lo prefiere iracundo. Comienza hablando de fútbol, si le gusta jugar, cuál es su equipo favorito, sus mejores amigos, a qué se dedican sus padres, si tiene hermanos: se queda con que tiene una hermana un año más pequeña. El cura se acerca, nota el olor a rancio de su sotana, su aliento es fétido y las comisuras de sus labios están pobladas de baba espesa. Le pregunta si alguna vez la ha visto desnuda. El niño pone cara de incredulidad y sorpresa; el asco se lo guarda, pero aun así, asiente. De repente una mano se posa en la parte superior de su pierna mientras le pregunta si el verla desnuda le provoca una erección…

Cuando el niño abandona la estancia cabizbajo y sucio, entiende por qué el Cristo de la pared no estaba en su sitio.

Una idea le viene a la cabeza: Dios estaba demasiado ocupado y no podía pensar en él.

2
AZCÁRATE

—Alexa, buenos días —dice arropado entre las sábanas y sin mover un solo músculo.

—Buenos días, Juan —contesta la voz siempre amable de su asistente virtual—. Son las nueve de la mañana. Hoy es lunes, veintitrés de septiembre. En Madrid ahora mismo hay una temperatura de siete grados celsius con cielos nublados. A lo largo del día se prevén nubes con posibilidad de chubascos, con máximas de doce grados celsius y mínimas de cuatro grados.

—Alexa, gracias —dice sabiendo que es del todo innecesario.

—Ya sabes que me encanta ayudarte —contesta el altavoz imprimiendo a su respuesta lo que le parece un cierto aire de agradecimiento.

«¿Un cierto aire de agradecimiento? Estás fatal», piensa mientras salta de la cama con una sonrisa. Necesita un café con urgencia para disolver los restos de tequila del fin de semana «Nunca máis…».

Es el único día de la semana en que se permite no madrugar. Le gusta comenzar la semana descansado. Desde que se encuentra soltero, los fines de semana son muy intensos y prefiere llegar a la oficina fresco y con la mente en forma. La empresa es suya y en su cabeza trabaja las veinticuatro horas del día.

Hace frío. Estamos en el inicio del otoño. Está siendo un mes de septiembre anormalmente fresco. Se pregunta por qué las comunidades de propietarios no ponen la calefacción. Da igual que te congeles, hasta noviembre no se enciende. Lo mismo pasa en marzo, cuando se quita sí o sí, da igual que los meses de abril o mayo sean heladores. No lo entiende, como tampoco el armario de ropa para verano y el de invierno: ¿si hace frío en mayo o junio, no

te puedes poner un abrigo?

Para más inri, acaba de recordar que cuando llegó a casa anoche se encontró una notificación en el portal de corte de agua, por tareas de mantenimiento, de diez a doce horas.

Juan Azcárate vive en un ático cuya entrada está en la Plaza de la Lealtad, pero con vistas espectaculares al otro lado, al Museo del Prado, el Jardín Botánico y los Jerónimos.

Otra rutina de los lunes, antes de dirigirse a su oficina, es saltar de la cama, calzarse las zapatillas y hacer un recorrido de cuarenta y cinco minutos de *running*. Se calza sus Nike Pegasus y se abriga bien. No olvida incluir un par de euros. Todos los corredores saben por qué. Enfila por el Paseo del Prado, continúa por Ronda de Atocha, Puerta de Toledo, Bailén, Plaza de Oriente, Ópera, sube por la calle Caños del Peral, Plaza de Santo Domingo, desciende Gran Vía hasta llegar a la Puerta de Alcalá, donde para a comprar los periódicos que le reserva José, el kioskero. Continúa ya caminando por Alfonso XII, desciende Antonio Maura y fin de recorrido, ya está en la puerta de su casa. Cuando lo comenta, sus conocidos no entienden por qué no hace *footing* en el Parque del Retiro y su respuesta siempre es la misma: porque se aburre más y disfruta cruzándose con gente por la calle, descubriendo barrios y lugares que no conoce, improvisando recorridos. Esto lo practica en todas las ciudades del mundo a donde viaja, y, en el caso de no conocerlas, le permite orientarse por ellas al día siguiente de su llegada. Le viene a la memoria el pasado año, cuando estaba cruzando el Atlántico con su velero y pararon en Cabo Verde, en el puerto de Mindalo, para repostar. El puerto se encontraba repleto, así que tuvieron que abarloarse a otro velero, también de bandera española y cuyo armador conocía a toda su familia. Recuerda que pensó ¡como para venir con una pareja que no es tuya! y lo diminuto que es el mundo, nadie puede esconderse por mucho tiempo. Se calzó las zapatillas, saltó al muelle y comenzó a correr. Le

sorprendieron los contrastes del humilde puerto con dos o tres restaurantes y discotecas de diseño estilo Philippe Starck y la pobreza de la calle posterior con su humilde mercado. Siguió corriendo bordeando la playa y comenzó a cruzarse con canes sin dueño, que husmeaban en busca de comida y que le miraban fijamente cuando pasaba. Estaba lleno de malditos perros tipo presa canario. Así que, recuerda sonriendo, volvió sobre sus pasos a su confortable *ketch*, de donde no había salido en siete días y de donde no iba a salir en los siguientes catorce hasta su llegada a St. Barth.

El agua fría le despierta súbitamente de sus pensamientos.

3
DIÁFANO

Juan sale de su casa en dirección al trabajo. Se encuentra de buen humor y eso lo traslada a su forma de vestir. Cuando necesita elegancia y seriedad al mismo tiempo, siempre opta por el azul, en realidad el azul oscuro casi negro ansiado de aquella película de Daniel Sánchez Arévalo. Pero hoy, acorde con el día soleado de otoño que luce en Madrid, ha elegido un traje de lana verde de Holland and Sherry realizado a medida por su amigo Tomás, de Absolute Bespoke.

Baja las elegantes y espaciosas escaleras de mármol de su edificio y mientras lo hace, piensa en la pareja de americanos que la semana pasada le ofreció casi dos millones de euros por su modernísimo ático. Un precio absurdo por ciento veinte metros cuadrados y más para una pareja de setenta y sesenta años a los que no imagina viviendo ahí; sonríe pensando en la empinada y peligrosa escalera sin barandilla que serpentea hasta el piso superior. De todas formas, no tiene intención de venderlo.

Sale del portal, comienza a caminar y saluda al portero del Hotel Ritz como todas las mañanas. Se mantiene en forma. Nunca ha sido de desayunar y además, desde hace poco, practica la dieta 16/8: no come nada en dieciséis horas desde la cena; como acostumbra a cenar pronto, no le cuesta esfuerzo. Por la mañana sólo ingiere un par de cafés y luego almuerza frugalmente. Reserva la comida fuerte del día para la cena, el momento de relajarse y disfrutar de la gastronomía.

Todos los días va andando a su trabajo. Son quince minutos hasta sus oficinas de Gran Vía.

Juan es el director general creativo y dueño de Frazier, una agencia

de publicidad y comunicación que fundó veinte años atrás. El nombre es en homenaje a Joe Frazier, el famoso púgil que logró vencer a Muhammad Alí en el primer combate de la trilogía en la que ambos se enfrentaron, y en la que Alí venció en los dos siguientes. Hubiera llamado a la agencia Muhammad Alí, como su ídolo boxístico, pero la verdad es que no pegaba nada.

Se encuentra ubicada en un décimo piso, en el antiguo edificio del Palacio de la Prensa. Desde el amplio ventanal de su despacho tiene magníficas vistas de la Plaza de Callao y del Edificio Capitol.

La agencia es un espacio abierto e impoluto de setecientos metros cuadrados. Exceptuando su despacho, otras dos áreas cerradas reservadas al departamento creativo y tres salas de reuniones, el resto del personal, departamentos de cuentas, producción y medios no tienen un sitio asignado. Decidió establecer un sistema en el cual cada uno tiene su ordenador portátil y se ubica en el espacio que encuentre libre. No hay nada preestablecido, ni grupitos, ni chismorreos. Y cualquier papel que permanezca al cierre de la oficina, el servicio de limpieza lo tirará. Juan, aparte de lo ecológico de la medida y de su estrategia de recursos humanos, es un obseso del perfeccionismo, de la limpieza y de los espacios diáfanos.

Al entrar por la puerta, la recepcionista le da los buenos días.

Camina hasta su despacho. En la entrada le espera Isabel, su secretaria desde que abrió la agencia. Conoce perfectamente sus tiempos, sus manías y su estado mental con solo mirarlo; sabe que puede estar de muy mal humor, aunque esté sonriendo.

En privado, obviamente, se tutean.

—Juan, quiero recordarte que, justo al lado, hemos inaugurado una acción de guerrilla marketing con nuestro nuevo cliente, la agencia de seguros. Me comentan que sería bueno que te acercaras a verlo y de paso saludaras al director general de la compañía. Si te parece llamo a Carlota y a Nerea para que te cuenten la acción completa.

—Perfecto Isabel, gracias.

Entra en su despacho, se sirve un Nespresso *lungo forte* sin azúcar y revisa su mail.

Al momento aparecen; la particularidad que tienen es que son hermanas, del norte como él, y se entienden a la perfección. De Carlota depende el departamento de cuentas y de Nerea el de producción. Las aprecia porque tienen un carácter similar, no se arrugan y saben llevarle bien. En la agencia les llaman las hermanas Esparza y son respetadas y se hacen respetar.

—Juan, a la una hemos quedado con el equipo directivo de Santa Marta, en la Plaza de España; el concepto de la acción que hemos creado para ellos es «estás seguro con nosotros» y para transmitir esa idea hemos cubierto de papel burbuja la totalidad de su edificio y las calles adyacentes las hemos cerrado al tráfico y forrado coches, mobiliario urbano, motocicletas, etc., para trasmitir la idea de seguridad que se consigue al contratar cualquiera de sus productos con ello.

—¿Y la campaña de medios? —pregunta Juan.

—Los pases de televisión comienzan esta noche en *prime time*; prensa y radio mañana; y a las 13.30 hay una rueda de prensa para presentar la campaña en el edificio corporativo de la compañía.

— Este es el *wellcome pack* de la campaña que hemos enviado a la prensa.

Carlota le muestra una caja de cartón con textura metálica protegida con cadenas y un candado con una combinación para su apertura.

—Ábrelo. En su interior hemos insertado un folleto y un traje a medida para cada periodista realizado también en papel burbuja.

—Me encanta, enhorabuena a producción y al equipo creativo.

—¿Cuál es el presupuesto de la campaña?

—De lo que yo controlo —dice Carlota—, la acción de *street marketing* son cuatrocientos mil euros.

—La de medios, cuatro millones —continúa Nerea.

—¿Y nuestro margen? —apuntala Juan.

—Sumando honorarios, comisiones y *rappeles*, seiscientos sesenta mil euros —asegura Carlota.

—Estupendo, vamos juntos a verlo.

4
ITURRI

Idoia Iturri se encuentra en el vestuario poniéndose su kimono azul. Comenzó a practicar jiu-jitsu brasileño hace más de veinte años. Entra en el tatami y calienta durante diez minutos. Está acostumbrada a pelear con hombres que le aventajan en muchos kilos de peso y también a aguantar sus miradas de sorpresa y suficiencia cuando el instructor del gimnasio al que acude desde hace no mucho tiempo la empareja con alguno de ellos.

Es el caso que está sucediendo ahora mismo. Su contrincante, muy alto, pasado el metro noventa de estatura, fornido y musculoso, la mira con cierto aire despectivo y protector y le ofrece consejos no pedidos, de cómo proceder suavemente, para no hacerle daño. Se tantean unos segundos, hasta que ella le sujeta la solapa del kimono y gira rápido para poner su codo bajo su axila, bajando el centro de gravedad para colocar sus caderas debajo de las de su contrario y mediante un tirón fuerte voltearlo con un giro brusco. Una vez en el suelo su adversario domina su brazo y lo hace girar mediante una palanca poniéndolo boca abajo y finalizando la lucha con una torsión al hombro. Su oponente no da crédito. Vuelve a levantarse y con más fuerza intenta derribarla con una entrada de lucha a las dos piernas, un doble *leg*. Entonces ella envuelve con sus brazos su cabeza juntando sus manos en la garganta, a la vez que pone sus piernas alrededor de su cadera cayendo en guardia. Una vez en el suelo, realiza un giro con sus brazos acunándolo como a un niño pequeño, apretando su cuello. El orgullo le impide dar el toque de aviso y acaba desmayado con el estrangulamiento. Fin de la historia. Está acostumbrada también a observar sus rostros, una vez que esto sucede, oscilando entre el asombro y la humillación.

La inspectora Iturri es una mujer muy atractiva, aunque ella no piense lo mismo. De grandes ojos verdes, 1,70 metros de estatura y cuerpo estilizado y fibroso, fruto de las muchas horas que dedica al ejercicio. Prefiere cualquier deporte al aire libre: correr, bicicleta, surf, *trekking*, aunque tampoco descuida el gimnasio, donde tres veces a la semana entrena boxeo y jiu-jitsu. Como dicen sus amigos, a Idoia se le cae la casa encima. Está siempre activa. Si pudiera elegir un deseo sería poder dormir dos horas al día, sin que el cuerpo ni la mente se resintieran. Por aquello de la tensión ocular que te provoca no cerrar los ojos cada cierto tiempo. Sería un superpoder.

Es bella, pero lo hace aún más que no se lo crea, que no sea consciente del poder que ejerce su físico. Tiene, sin saberlo, un complejo desde la infancia, donde era una niña algo gorda, pero siempre fuerte, expuesta a las bromas de sus hermanas: «Bolita rellena de pan y jamón, te tiras un pedete, rompes pantalón» le cantaban, y a una madre que intentaba mantener a dieta a una niña de trece años con frases como «¿Vas a tomar postre?», «Deberías probar a comer sin pan», «¿No prefieres un huevo duro en vez de frito?», «Si comieras más despacio, te saciarías antes». Quizás desde entonces arrastra una mirada triste, melancólica.

Pero, exteriormente, es una mujer siempre alegre, bromista, payasa a veces. Practica diariamente los ejercicios de *tapping* diseñados por su doctor, un prestigioso psiquiatra catalán. Estas técnicas le ayudan en el ejercicio de su profesión a mantener un gran control en situaciones límite, que a otros policías les generarían grandes niveles de estrés y ansiedad. Está dotada también de una sobresaliente inteligencia emocional.

Nació en Burguete, un pequeño pueblo pirenaico a cuarenta kilómetros de Pamplona, que no llegaba a los cuatrocientos habitantes, pero famoso además de por su historia y belleza, porque a principios de siglo XX era el destino elegido por la gente

acomodada de la zona norte, de Barcelona y Valencia para pasar sus vacaciones.

Su infancia transcurrió a lomos de su bicicleta Motoreta y de paseos una vez por semana con su padre, desde el pueblo hasta la cima de Menditxuri, un pico que domina el valle, de mil ciento noventa y cuatro metros de altitud, y que es visible desde cualquier punto del pueblo. Disfrutaba caminando por los bosques que lo rodeaban y conocía de memoria los nombres de todos los árboles que los poblaban. Lo que más le divertía era disfrutar de la naturaleza, pescar truchas a mano, habilidad que su madre le enseñó y que básicamente consistía en introducir las manos suavemente bajo las piedras del río o las raíces de sus riberas, acariciar las truchas e introducirles los dedos en las agallas para sacarlas del agua y cenarlas esa misma noche. Ese tipo de pesca la practicaba todo el pueblo, a pesar de que estaba prohibida. Ella pensaba que hasta los guardas forestales del ya desaparecido ICONA lo hacían. Las acompañaban con jamón, el que consumían durante todo el año tras la tradicional matanza del cuto que celebraban, desde que tiene uso de razón, todos los años en el mes de noviembre, en el cobertizo adyacente a su casa.

La suya era una familia de pueblo, pero sin dificultades económicas. Cada uno de sus padres tenía una gran casona heredada de familia. Su padre tenía una empresa maderera, que fabricaba mueble de oficina que se vendía por toda España y parte de Europa y que le funcionó muy bien hasta que desembarcó Ikea en España. Esa competencia le llegó cuando estaba mayor y se quería jubilar, así que cerró un acuerdo con sus trabajadores y les dejó la empresa. Su madre era la maestra del colegio del pueblo hasta que también se retiró.

Con quince años se fue a Pamplona a estudiar en un colegio de monjas, y con diecinueve, tras coquetear con estudios en arte y gracias a una beca, pudo comenzar a estudiar Criminología en la

Universidad Complutense de Madrid; era 2003, año en que por primera vez se creó la licenciatura de segundo ciclo. Desde pequeña le encantaba jugar a polis y cacos por el frontón y las calles del pueblo. Jugar a resolver crímenes, su favorito era el Cluedo, un juego de mesa creado en los años cincuenta de misterio y detectives, que sus padres tenían en su casa desde hacía tiempo y al que jugaba toda la familia, cuando el duro invierno asolaba el pueblo con temperaturas de hasta menos veinte grados centígrados y nevadas de hasta diez metros de altura. Por último, su pasión favorita, el cine negro, los *thrillers* y películas policíacas y de gángsters, como *Érase una vez América, Los Intocables de Elliott Ness, El Cabo del Terror* con Gregory Peck y Robert Mitchum y su versión de mil novecientos noventa y uno con Scorsese y De Niro, *Scarface* con Pacino y más recientemente, de la época en que estudiaba el posgrado de criminalística, *El Silencio de los corderos, Copycat* y *Seven*. Idoia era una cinéfila y todos sus amigos la consideraban una enciclopedia «humana» en términos de cine.

Ahora, pasados lo cuarenta, los delitos y crímenes que observa son reales, aunque carecen del glamour de los de las películas. Está preparada para dar el salto. Su objetivo, la BIC, la Brigada de Investigación Criminal de la policía nacional.

5
CONFUCIO

Hace un día frío y lluvioso. La humedad está calando sus huesos. El aire fresco de otoño parece acarrear la promesa de hielos y nieves cercanas. A pesar de ser del norte, Juan odia el mal tiempo, los días grises y la lluvia en la ciudad cuando camina. Otra cosa es en el campo o al borde del mar, cuando se sienta a contemplar llover desde el gran ventanal de su casa en la campiña de Bidart. Pero ahora el agua está atravesando sus zapatos y mojando sus calcetines de lana. Es viernes y se dirige a uno de sus restaurantes favoritos en Madrid, el restaurante Numa. Tiene una terraza fantástica que se puede disfrutar incluso en invierno. Pero sabe que si llega al restaurante y no tiene repuesto de calzado pasará el fin de semana con un enorme resfriado. Esto es así desde que era pequeño, se constipa por los pies. Así que mira alrededor y se da cuenta de que está en la puerta del nuevo centro comercial de El Corte Inglés en Serrano, con marcas de lujo de todo tipo.

Hace unos años quizás no se lo hubiera podido permitir, pero ahora sí, el trabajo le va como un tiro y puede darse caprichos de vez en cuando. Elige unos *sneakers* Berlutti de piel marrón oscura, elegantes pero informales, los guarda en la caja y paga los mil euros correspondientes. Ahora que es rico ha aprendido cuando gasta a no tener remordimiento de conciencia.

Se encuentra a menos de un kilómetro de su destino, aprieta el paso y en diez minutos llega a la calle Velázquez dieciocho, su paraíso gastronómico de los viernes. Le gustan esas rutinas. Ese día le gusta comer solo y hacerse un resumen mental de su semana.

Vicky, la encantadora *maître* del restorán le acompaña a su mesa de costumbre, en la terraza, en una especie de pequeño invernadero

de madera y, cómo no, al lado de una gran estufa eléctrica.

Se acomoda en la mesa y, mientras espera, pide un Spritz Aperol.

Para almorzar pide una ensalada de burrata y un lenguado al limón de Capri. Desde su vuelta, el pasado verano, de la boda de Cris y Leo en esa fantástica isla mediterránea, al lado de Nápoles y después de cenar en Da Paolino, bajo los limoneros, el mejor pescado que había probado últimamente, ha abandonado su habitual lasaña de faisán.

Pero se encuentra algo inquieto. No ha dormido bien esta semana. Además, tiene la sensación de sentirse observado y vigilado.

Decide no tomar alcohol de alta graduación con el postre. Cuando está nervioso, a corto plazo le beneficia, pero más tarde, la sensación de inseguridad en su cuerpo y cabeza se torna mayor.

Su mirada se dirige a la puerta. Divisa una bellísima pelirroja de larguísimo pelo, vestida con un mono blanco espectacular y un suéter con cuello vuelto de lana negro y grandes gafas del mismo color. Un súbito pálpito encoge su estómago. Baja la mirada, pero se percata de que ella ya le ha localizado y que se encamina hacia su mesa; siente sus pasos cada vez más cercanos.

—Hola, Juan, cuánto tiempo sin saber de ti —saluda fríamente.

—Hola, Marcela, ¿qué tal estás?

—Ahora mucho mejor, pero no gracias a ti —contesta mientras se sienta en una silla frente a él.

Juan suspira incómodo, mira hacia otro lado y fija sus ojos en ella.

—Estás bella, como siempre.

—No comiences con adulaciones. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Tres años, cuatro? —se interroga a sí misma.

—¿Desea tomar algo, señorita? Señor Azcárate ¿un *ristretto* como siempre? —les interrumpe el camarero.

—No gracias, voy a estar sentada aquí muy poco rato. Veo que eres cliente habitual. Si llego a saber que te encontraría aquí, no me habría molestado, en su día, cuando lo necesitaba, en llamarte o en

ir varias veces a tu oficina para que me impidieran el paso. Todo habría sido más rápido.

—Querida Marcela —replica con amabilidad, aunque con cierta condescendencia—, te ayudé una vez, luego otra y cuando estaba en el proceso de hacerlo una tercera, perdiste los papeles.

—¿Perdí los papeles dices? —contesta mientras le mira con furia escasamente contenida.

—Sí, te volviste intensa, como este café que estoy tomando.

—Me arruinaste, Juan, ¿eso es ser intensa?

—Te arruinaste sola.

—No te preocupes, ya me he recuperado. ¿Sabías que las pelirrojas somos solamente un dos por ciento de la población mundial y que toleramos el dolor un veinticinco por ciento más que el resto? Somos pocas y más insensibles. Por eso salí adelante a pesar del daño que me causaste y por eso estoy de vuelta para hacerte la vida imposible.

—Como decía Confucio, si eliges el camino de la venganza, asegúrate de cavar dos tumbas —contesta Azcárate con aplomo.

—Que lo peor de tu pasado sea lo mejor de tu futuro —responde Marcela mientras se levanta de la mesa dando por zanjada una conversación a la que no estaba invitada.

Azcárate se queda solo con sus pensamientos mientras pide la cuenta. Si ya tenía un mal día, este encuentro lo acaba de fastidiar aún más.

6
FLORES

Rafael Flores se encamina desde la Plaza Alonso Martínez hasta su casa pero antes quiere comprar unos libros. Una de sus librerías favoritas se encuentra a escasos metros de su casa. Cruza por el semáforo de la calle Génova, desciende por Hortaleza y gira a la izquierda por Fernando VI hasta llegar a su destino: la librería Antonio Machado. Saluda al propietario y se deja recomendar, como otras veces, por una selección de novela negra, su género favorito en las últimas lecturas y se lleva cuatro libros bajo el brazo. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en su rostro, ¡ya tiene entretenimiento para toda la semana!; Rafael es un lector voraz que engulle un libro cada dos días quitando horas al sueño.

Entonces gira a la izquierda, saluda a Alejandro, el encargado de La Tasca Suprema, que se encuentra fumando un pitillo en la puerta; continúa subiendo la calle Argensola hasta llegar al portal de su casa. Vive en un ático dúplex en esa misma calle, con una pequeña terraza, en la que, ocasionalmente, realiza cenas con sus colegas del barrio de Justicia. A sus amigos de la infancia y adolescencia los ve poco. Están todos casados. Algunos felizmente. Otros no. Flores no es de medias tintas. Hace quince años que está separado: él ama o se separa. No concibe vivir bajo el mismo techo llevando una vida gris, discutiendo o ignorándose. Para eso, es mejor estar solo, piensa. Otra de las máximas de Flores es llevarse bien con todas sus ex. Desde su separación, ha estado con muchas mujeres; solo descansa cuando tiene relaciones largas, la última de cinco años. Cuando termina una de estas, con su período de duelo correspondiente, vuelve a la disoluta vida del soltero, lo que dura dos, tres años, hasta un nuevo compromiso. Después de la ruptura

de una relación larga, la novedad de estar solo es excitante. Es un ciclo que repite desde que tenía veinte años. Ahora se encuentra célibe y puede alternar épocas en las que sale con una, dos o tres chicas simultáneamente. Es una suerte de poliamor en la que puede estar con una pareja y estar al mismo tiempo inmerso en otras relaciones sexuales. Pero, cuando esto ocurre, una de sus premisas es decir la verdad al resto. Las hay que lo aceptan, otras no. Se trata, según lo ve, de una oportunidad, no de una obligación.

Lleva más de veinticinco años en Madrid, desde los veintidós, cuando llegó a la capital para completar estudios de Criminología en la Facultad de Derecho de la Autónoma, que terminó como número uno de su promoción. Ya tenía la licenciatura en Derecho por la Universidad de Navarra, pero lo que verdaderamente le llamaba la atención era todo lo relacionado con los fenómenos criminales.

Procede de una familia católica y conservadora del norte en la que las cosas no se hablan, tan solo se sugieren, casi siempre en silencio y muchos temas son tabúes: el aborto, el divorcio, la clase social de una posible novia, la misa de los domingos; en definitiva, hay que pasar desapercibido y no montar escándalos. Él no se considera un meapilas como su familia, siempre pendiente de la opinión de los demás y que cuando aparece un verdadero problema son incapaces de enfrentarse a él, así que prácticamente no tiene trato con ella. La última vez que les visitó, unas navidades atrás, pretendieron llevarle a la misa del gallo, se ríe mientras lo recuerda.

Su padre quería que estudiara Farmacia para poder enchufarlo en el laboratorio donde había trabajado toda su vida como químico, pero rechazó la idea de plano. Además de por el sueldo, que les daba para vivir justamente ya que su madre no trabajaba, no quería tener nada que ver con su gris familia.

Hace tres años compró este piso en uno de los barrios de moda de la capital. Con posterioridad, cuando se hizo un habitual en el vecindario e invitaba a sus nuevos amigos, notaba su cara de

sorpresa cuando les contaba que era inspector de policía. Aunque nadie le decía nada, debían pensar que cómo podía tener ese apartamento en propiedad con una nómina de funcionario. Solo una vez, que uno se lo preguntó abiertamente, le respondió que había recibido una herencia familiar hacía no mucho tiempo y añadió «¿Qué pasa, que un policía ha de ser siempre pobre?».

Introduce la llave en el portal y escucha un ¡Rafa! Se gira y ve a su amigo Leandro al otro lado de la calle. Como buen argentino que es le propone:

—¿Tomamos una carne en Charrúa?

Flores sabe que eso siempre termina mal, con una gran resaca al día siguiente. Pero sonríe: mañana libra. La lectura tendrá que esperar.

7
JAQUECAS

Cuando Azcárate llega a casa, se mete en la bañera y se sacude frenéticamente la piel con una esponja recia que le hace sangrar. Desde pequeño, disfruta con esta limpieza ritual que le permite relajarse después de un día tenso.

Ha sido una semana de mierda. No tanto por el trabajo, que le va genial. Ni por sus relaciones sociales: tiene muchos amigos y siempre tiene con quien quedar. En cambio, sus relaciones amorosas son un absoluto desastre. Tiene muchas amigas, pero se aburre pronto. Él no es un hombre convencional en el sexo y no es fácil encontrar y compartir las mismas aficiones en la cama. Y para colmo, ha vuelto a tener unas terribles jaquecas y los consejos de su excuñada, que también las padece, no han hecho efecto alguno. Decide llamarla por teléfono.

—Hola cuñada, ¿cómo vas con tus jaquecas? Aquello que me comentaste de evitar el alcohol, el queso curado, la comida japonesa, el chocolate y otras tantas medidas, no me ha dado ningún resultado.

—Ja, ja, ja. Es lo que se decía, pero no es verdad y ahora me doy cuenta. Te explico, he descubierto este verano a una bióloga. Me he leído su libro y sigo su blog. Total, que se ha convertido en mi coach y acabo de hacer una sesión de una hora en la que ella me da las herramientas para desactivar las migrañas. Los desencadenantes de toda la vida: el tiempo, la comida, que son hereditarias, blablablá, no son ciertos. Ella hace que desaprendamos basándose en su propia experiencia. Lleva trece años sin migrañas, gracias a las herramientas que ella misma se aplicó.

Azcárate suspira.

—Dame su teléfono ahora mismo, zorra —y ríe.

Además, ha vuelto con sus manías persecutorias: camina por la calle y se encuentra observado, vigilado. Esta misma noche, cuando volvía paseando después de cenar en Aarde, en la Plaza de la Independencia, con un cliente, por la calle Alfonso XII, se fijó en un hombre con gabardina y paraguas, al que creía haber reconocido en una mesa a escasos metros de la suya hace una hora. En lugar de descender por la calle Antonio Maura en dirección a su casa y delatar donde vive, optó por continuar por la misma calle Alfonso XII: recuerda que al volverse el hombre continuaba detrás de él a unos treinta metros de distancia. Así que giró hacia la derecha por la calle Espalter y se puso a correr. A la altura del Café Murillo se calmó y volvió a casa con el pulso acelerado.

Juan sale de la bañera y observa que de una de las heridas que se ha provocado sigue brotando sangre, quizás debido a la rotura de una pequeña vena, por lo que recurre al truco que un amigo suyo, cirujano, le enseñó una vez y que no es otro que aplicarse azúcar blanquilla en la llaga para cauterizarla rápidamente.

El agotamiento es tan intenso que teme que no le permita conciliar el sueño, así que abre su mesilla y se toma un chute de orfidal combinado con un noctamid y al poco tiempo duerme profundamente.

8
EL PROFESIONAL

Se lleva a la boca una cucharada de verdinas con faisán. Se encuentra en la Plaza de la Independencia, en la terraza de un moderno restaurante. Ha solicitado la mesa más alejada de la entrada, de espaldas a la Puerta de Alcalá, lo que le permite tener de frente a su objetivo. Lleva más de treinta años en el oficio y es considerado un profesional excelente en los círculos donde los currículums no se exhiben, pero se saben por quien tiene que conocerlos. Un seguimiento lo puede hacer cualquiera, solo unos pocos saben camuflarse en el entorno y no ser detectados. La persona a la que sigues puede verte cincuenta veces y no sospechar de ti o verte una sola vez y barruntar tu presencia.

El hombre al que está controlando se encuentra en una mesa a unos quince metros de distancia. Está cenando acompañado. Lleva más de tres meses estudiándolo. No sabe de qué, pero su cara le resulta familiar. Podría escribir un libro sobre él. Conoce las campañas de publicidad que ha realizado, el día que ve a su hija, sus restaurantes favoritos, sus recorridos por la ciudad —siempre los mismos—, a quién se folla y lo más importante cómo folla. Lo que sí es cierto es que podría arruinarse, porque el tipo come y cena en los restaurantes más caros de la ciudad. Pero eso no le preocupa porque no va a ocurrir. De dinero va a estar bien cubierto. Un colchón de pasta le espera. Observa que se levanta. Es como la Cenicienta. Exceptuando los fines de semana, siempre se levanta de la mesa justo antes de las doce de la noche. Es una persona de costumbres. Sería fácil de liquidar.

Por la forma de expresarse en la despedida sabe que ha cenado con un cliente. Pasa caminando a su lado. Como profesional que es

siempre acostumbra a pedir solo un plato y solicitar la cuenta en el mismo momento que se lo sirven, para evitar problemas. Espera unos segundos, se incorpora de su mesa y comienza a caminar tras él, a unos treinta metros de distancia. Intuye que se dirige a su casa. Pero algo extraño le llama la atención. Delante de él, entre ambos, hay una tercera persona. También lo está siguiendo. Y lo hace de una forma un tanto brusca. O no es un profesional o no le importa que lo detecten. De hecho, el objetivo se percata de algo, vuelve la cabeza y comienza a caminar apresuradamente. Gira por la esquina y sin verlo, visualiza que está corriendo.

Pero, ¿qué ocurre, por qué le vigilan otros? ¿Por qué este hombre es tan importante o tan valioso?

Observa que el otro ya no le sigue, cruza por Alfonso XII y se pierde por las inmediaciones del Retiro.

Saca su móvil y hace una llamada.

—Estoy listo, cuando quiera.

—Ok, le espero en el lugar convenido.

Coge su coche que está estacionado a pocos metros, en la calle Juan de Mena, junto al restaurante Viridiana. Arranca, cruza Alfonso XII y se dirige por Velázquez. Sube por General Oraá y aparca en la confluencia con la calle General Pardiñas. Estas zonas del barrio de Salamanca son perfectas a estas horas para pasar desapercibido. No hay un alma por la calle. La puerta del copiloto se abre y una figura enteramente vestida de negro se desliza en su interior.

—Aquí tiene lo que me pidió. Un informe completo del seguimiento realizado durante tres meses. Encontrará información muy interesante. También contiene fotografías muy esclarecedoras. Dentro le he dejado la nota de gastos a añadir a mis honorarios. No se sorprenda, supongo que sabrá que el objetivo es de gustos caros. La transferencia de todo lo que queda hágala como la anterior, en *bitcoins*.

—De acuerdo —contesta, mientras con una mano repone un

mechón rebelde de color rojizo que resbala bajo su gorro—. Y continúe con su trabajo.

9
TEMORES

La luna brilla reluciente y clara y tibios rayos alumbran la habitación con su plateada luz, proyectando amenazadoras sombras en la pared, sobre la cabecera de la cama, donde Juan Azcárate duerme.

La puerta se abre lentamente. Alguien entra sigiloso en el interior y se acerca al lugar donde descansa. Viste una bata blanca.

Abre los ojos agitado y mira hacia la ventana, todavía sin percatarse de la extraña presencia en su habitación. Ha perdido absolutamente la noción del tiempo y del lugar en que se encuentra.

Se gira y se sobresalta.

Una mujer vestida de blanco y negro se halla junto a su cama. Lentamente, todavía medio aturdido por el cansancio y los barbitúricos, eleva la vista para observarla, pero una mueca de terror invade su rostro. Una bellísima pelirroja con una mascarilla de quirófano le contempla con una sonrisa inquietante.

Intenta incorporarse. Pero todavía atontado por el efecto de los somníferos cae rendido y ella aprovecha para ponerle unas esposas que ata a la base de una de las lámparas que cuelgan sobre la pared.

Le invade un frío glacial y un velo rojo empaña sus ojos mientras se le acerca con una jeringuilla. La siente sobre su pómulo y mientras comienza a inyectarla en su piel le susurra «El miedo es como un animal salvaje, persigue a todos, pero mata al más débil».

Siente la aguja introducirse en su carne y un líquido espeso que penetra en su interior. «Mi vocación es infligir dolor», vuelve a susurrarle. Le falla la respiración y nota como su cuerpo se contrae y sus músculos se vuelven rígidos. Es como si los huesos de su cuerpo pugnarán por salir. Quiere gritar, expresar su tormento, pero no lo

consigue. Se ahoga y, de repente, exhala todo el aire que tiene en el interior de sus pulmones, abre los ojos y despierta.

Todo era un sueño, un malísimo sueño. Era tan real que creía estar despierto.

Azcárate suspira y poco a poco recobra la respiración. La pelirroja ya no está, sonríe aliviado e intenta volver a conciliar el sueño.

10
LA MUJER DEL AÑO

Juan mira a través del ventanal de la agencia. La Plaza de Callao está como siempre a rebosar de gente y en la Gran Vía no cabe un coche. Se queda un rato, ensimismado, observando ese Madrid caótico. Le gusta esta zona, aunque también le estresa. Últimamente piensa mucho acerca de la posibilidad de marcharse a las afueras y llevar una vida más tranquila y sosegada. Trasladarse a Valdemarín o a La Finca, a una casa con jardín y piscina, como la que tiene en el sur de Francia, y a la que no va tanto como quisiera o como la que se quedó Daniela, su exmujer, cuando se separaron. Pero, de momento, piensa, hoy es hoy y ese caos del centro de Madrid le gusta y le atrapa. Y además, mañana viernes es festivo.

Durante toda la semana ha estado hiperactivo y necesita serenarse. Y sabe que la única manera de hacerlo es correrse una buena juerga. Es la única manera de que mañana se encuentre relajado. En caso contrario, se levantará pronto y su cabeza no parará de dar vueltas —el trabajo, sus recuerdos del pasado—. La vorágine de la semana le evita esto, pero los fines de semana necesita expandirse: o tener la cabeza siempre ocupada o estar de resaca. Cuando se encuentra en estado semicatatónico no piensa las cosas, se deja llevar y está de mejor humor consigo mismo y por extensión, con todos los que le rodean.

Solo que, a veces, se pierde en la noche y luego se arrepiente, tiene lagunas y lapsus de memoria de manera muy habitual.

Descuelga el teléfono, llama a Mateo y a Paul, dos amigos suyos gays que viven muy cerca, junto al Palacio Real. Quedan en el restaurante Ouh Babbo en la calle Caños del Peral. Es un restaurante italiano, regentado por Bruno, un italiano actor y cantante de ópera,

que todos los jueves por la noche organiza una serenata, un carrusel de canciones típicas italianas, interpretadas por él y por una pequeña orquesta de improvisados amigos: músicos, cantantes, tenores… Aunque han ido muchas veces, siempre sucede algo distinto. Por la profesión de actor de su dueño, esta *trattoria* tiene siempre en sus mesas a compañeros de profesión. Al fondo se encuentra una actriz española a la que reconoce por haber protagonizado una o dos películas con Keanu Reeves. Y en otra, a su lado, un actor español, con fama de rompecorazones entre las jovencitas, al que acaba de ver en una malísima serie de Movistar relacionada con el mundo del sexo y la perversión. Tan mala como *50 sombras de Grey*. Y Juan, reconoce para sus adentros, sabe bien de lo que habla.

Deciden compartir Pizza Margarita DOP Espeziale, Pasta de Bruno —pasta fresca con huevo escalfado, trufa, queso de búfala y *parmiggiano reggiano*— y Tagliolini Don Ignazi, con tomates frescos, perejil, aceite, ajo y carabineros, todo bien regado con un vino tinto supertuscan. De postre aceptan la rutinaria invitación de grappa y limoncello antes de comenzar con los espirituosos. Juan elige un whisky Cutty Shark solo con hielo. No le gustan los maltas, le parece como tomarse un cognac; quizás esté bien para una noche tranquila, alrededor de una chimenea, pero en ningún caso para ingerir varias copas y acabar tambaleándose y estropeando la noche. Mateo y Paul optan por el vodka-tónica.

Tras despedirse de Bruno, se dirigen en taxi al Válgame Dios, en la calle Augusto Figueroa. Allí coinciden con más amigos y a la hora del cierre, las tres de la mañana, deciden ir a El Amante, club nocturno de moda en Madrid y propiedad también del dueño del Válgame, Santi. Es una vuelta al destino inicial ya que se encuentra en la calle Santiago, a escasos 500 metros del restaurante italiano dónde comenzaron la noche, pero así transcurren las juergas, se va improvisando.

En El Amante, hay un momento en el que cada uno va por su lado. Juan se encuentra en la barra del fondo apurando un chupito de tequila. El primero le da arcadas —no es un Patrón o un Don Julio, piensa— pero el segundo y tercero ya le entran mejor.

Comienza a hablar con una chica alta, de más de uno ochenta, como le gustan a él. Tiene un look muy masculino, el pelo muy corto y lleva unos vaqueros pitillo de talle alto, camisa blanca y unos tacones que le acercan a los casi dos metros.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunta la chica tomando la iniciativa.

—Juan, ¿y el tuyo?

—Martha —responde—. Por cierto, ¿no eres un poco bajito para mí? —le desafía.

—¿Sabes lo que le dijo Spencer Tracy a Katherine Hepburn cuando se conocieron, antes de rodar su primera película juntos -*La Mujer del año*- y ya no separarse hasta el final de sus días? Katherine les comentó a los productores y a Spencer lo mismo que me acabas de preguntar, ¿y sabes cuál fue su respuesta? No te preocupes, te pondré a mi altura —le susurra Juan con una sonrisa de oreja a oreja y su voz ronca y seductora.

Martha se le acerca al oído y le susurra también:

—Yo también me puedo poner a tu altura, tengo una parte de mujer y otra de hombre.

Eso excita a Juan inmediatamente y salen juntos del local.

El niño camina de vuelta a su casa. Llueve. Hace frío. El viento levanta su abrigo loden verde , cuyo tejido áspero y grueso que proviene de la dura lana de la ovejas de las montañas tirolesas es incapaz de protegerlo, metiéndose entre sus huesos. Sus bambas apenas pueden sortear los charcos que se forman sobre la acera y sus calcetines Burlington están empapados. Ya es casi de noche. El hermano Urdanibia le volvió a llamar a su despacho para, como dice él, hacer un seguimiento académico. Se muere del asco y de la vergüenza. Recuerda que le dijo: «Los hombres estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, lo que supone que nuestro cuerpo no debe ser profanado. Pero algunos, como tú y como yo, tenemos pensamientos impuros, que aparecen en nuestra mente cuando menos lo esperamos. Y no pasa nada por tener esos pensamientos y esas dudas, porque Dios mirará hacia otro lado cuando surjan».

Sospecha que hay algún otro niño de su clase que está en la misma situación y que como él, prefiere callar y que nadie se entere.

La primera vez que sucedió, sopesó la posibilidad de contárselo a sus padres, que son de posición acomodada y conocen a un alto cargo del colegio; pero abandonó la idea en cuanto imaginó lo que se le vendría encima: burlas, risas, quizás un cambio de colegio… Y él se halla perfectamente integrado, es popular, tiene muchos amigos y es el capitán del equipo de fútbol de su curso.

Cuando llega a su casa, se mete en la bañera y se frota frenéticamente la piel hasta que comienza a sangrar. Al ver cómo mana de su cuerpo se siente más limpio y a la vez liberado. Ni siquiera le hace daño. El dolor se encuentra por dentro. Y ese tipo de daño es muy difícil de curar.

11
Más de vinos

Iturri es más de vinos que de cervezas. Se encuentra en la barra de un disco bar ubicado en el centro de Madrid, a escasos metros del Palacio Real. Ha salido a cenar algo con dos amigos policías tras la ponencia que ha impartido a alumnos de criminología de la Universidad Complutense. Después de picar algo en el Mercado de San Miguel les ha comentado que estaba cansada y se iba a dormir. Son un encanto, pero tampoco la alegría de la huerta. Además hoy le apetece tomarse un vino sola y ligar un poco, su cuerpo se lo pide. Con los hombres va por libre, sin compromisos ni ataduras. Con veinte años tuvo su primer novio oficial, un argentino de veintisiete años que regentaba una agencia de azafatas en Madrid y que le hizo la vida imposible por su egolatría y machismo. No solo eso, Ramón reunía dos grandes defectos que Idoia no puede soportar ni perdonar en un ser humano y que hacen que un hombre pierda su encanto y sex appeal: la envidia, ese pecado capital tan feo y tan español y la tacañería—llegaba hasta el punto de que fingía invitarla en una cena con otras parejas, para una vez solos, reclamarle su parte—. No entiende todavía cómo pudo aguantar tres años. Misterios de la juventud, como decía su abuela. Ahora con cuarenta y dos años, se toma las relaciones con los hombres de manera más pragmática y no busca lo que sabe que no va a encontrar. Así que de vez en cuando, sale a un bar, se sienta en la barra, elige al menos pesado, al que no le entra, lo lleva a su casa y tiene sexo para recargar pilas. Una vez terminado, raramente les deja dormir en casa. Y nunca repite. Está mejor sola. Hoy todo es más fácil, porque se encuentra alojada en un hotel cercano que le ha buscado la universidad.

Pide otro vino tinto en copa alta de cristal y observa a su alrededor. Nada interesante a la vista. Ya se ha tenido que quitarse de encima a un par de pelmazos con aliento rancio a cerveza y a whisky, respectivamente.

De repente cruza su mirada con un hombre apuesto y muy elegante. Atractivo, no guapo. Con ese aura que desprenden aquellas personas que eclipsan lo que tiene alrededor. Tiene una mirada profunda muy soñadora. Le sonríe. Idoia, no sabe por qué mira hacia otro lado, con una timidez a la que no está acostumbrada. Cuando vuelve a dirigir su mirada hacia dónde él se encuentra, ya no está, ha desaparecido. Una cierta e inesperada desazón le invade. Cuando decide que va a ir en su búsqueda, lo ve marchar junto a una belleza de pelo corto e imponente altura. Al pasar cerca suya, le vuelve a sonreír. Apura su vino y decide marcharse. Esta no es su noche. Hacía tiempo que un extraño no le había hecho vibrar como este misterioso desconocido. Me estoy haciendo mayor —piensa y abandona el local.

12
SORPRESA

Salen de El Amante hacia la derecha. A la altura del Mercado de San Miguel se besan apasionadamente. Juan muerde el labio de Martha mientras masculla:

—Cerca de aquí tengo un local acondicionado para tomarnos una copa.

—Vaya, un picadero —bromea.

—Llámalo como quieras —se ríe Juan.

La respuesta de ella es ponerle la mano en la entrepierna. Bajan caminando por la calle Mayor en dirección a las Vistillas y una vez allí enfilan por la calle San Pedro hasta llegar a un local a pie de calle con una persiana de metal: Juan acciona un mando, levanta la persiana automática y entran.

—Es un local que compró mi familia hace treinta años y que acabo de reformar.

—Guauuuu —exclama ella—. ¡Qué nivel!

El local no es muy grande, unos 100 metros cuadrados, pero está decorado lujosamente. Viendo el exterior resulta sorprendente lo que te encuentras en el interior. A la derecha una barra de bar de madera de iroko fabricada a mano, en el centro una cocina de Bulthaup con seis sillas altas de la firma apoyadas junto a una isla que se eleva desde la encimera para comer o beber de manera más informal.

Al fondo, una escalera de caracol conduce a una segunda planta, donde se encuentra una cama *king size* de dos por dos metros y una ducha de obra, todo abierto al exterior. Únicamente, una puerta, tras el cabecero de la cama, esconde un aseo, el único lugar con pudor de todo el lugar.

—Corrijo lo dicho antes, es el mejor picadero que he visto nunca.

Mientras se dirigen hacia el dormitorio, ella se sube la falda, juguetona, y le muestra su mini tanga. Se sienta en el borde de la cama, mientras Juan va quitándose la ropa hasta quedar completamente desnudo frente a ella. Martha le agarra el culo fuertemente y atrapa su pene tieso con su boca. Comienza lentamente a rodearlo con su lengua, haciendo pequeños círculos sobre el glande, hasta que Juan, loco de excitación, coge su cabeza y comienza a moverla, primero despacio y luego con urgencia. No puede evitar correrse en su boca. Se tumba en la cama, mientras ella comienza a desnudarse hasta quedarse solo con la minúscula braga. Tiene un cuerpo espectacular, con larguísimas y torneadas piernas, unos brazos definidos y fibrosos, pechos prominentes y turgentes y un vientre con unos abdominales marcados, fruto de una mezcla de genética y ejercicio.

—Te dije que era mitad hombre —le dice ella mientras se baja las braguitas—; de repente, el pene de ella salta desde su interior, de entre sus piernas y rebota, excitado y erecto.

13
ALVIA

El inspector Flores desciende por las escaleras mecánicas de la parte alta de la estación de Atocha, en dirección a la planta de acceso y embarques.

Su destino es Pamplona. Le han invitado a participar como ponente en un taller sobre Delincuencia en la Red, que ha organizado la Policía Foral de Navarra junto con el Gobierno Foral y la Universidad Pública de Navarra. La invitación le ha llegado de la mano de la inspectora Idoia Iturri, con la que ha coincidido en diversos simposios y foros y con la que compartió docencia en unos módulos organizados por la Universidad Complutense de Madrid para el doble Grado de Criminología y Derecho, sobre «Cooperación Policial y Judicial», hace escasamente dos meses.

Rafa Flores cuenta con un excelente currículum como inspector, con más de cien casos resueltos, entre los que se incluyen toda clase de delitos, muchos de ellos muy mediáticos, por lo que es famoso más allá del ámbito policial. Es un experto policía que, entre otros, estuvo al frente del dispositivo que coordinaba a agentes de la policía científica y de seguridad, en un caso con mucha repercusión en los tabloides, en el que «peinaron» más de mil quinientos metros cuadrados en la ribera del Manzanares, buscando restos humanos en el río, presuntamente arrojados al mismo cuatro años antes. Tras varios años y a pesar de las dificultades del terreno, recuperaron más de cien restos óseos que les permitieron detallar el ADN de la víctima y su identidad. De ahí pudieron determinar su pertenencia a un grupo mafioso de Europa del Este, cuyos miembros lo habían asesinado, descuartizado y arrojado sus restos al río, y así se pudo detener a todos los miembros del clan.

Antes de subirse al tren, hace una parada en la tienda Relay de la estación para comprar la prensa diaria y concretamente, como siempre, un ejemplar de *El Mundo, El País* y *ABC*: le gusta conocer la información desde todos los prismas y orientaciones políticas, a pesar de que él tenga bien clara la suya. Aunque nunca la comparta: ni su familia ni sus amigos saben a quién vota o, ni siquiera, si lo hace.

Se acomoda en el vagón de primera clase del tren Altaria con destino a Pamplona. Son las 15.05 de la tarde y se estima la llegada a las 18.20 horas. Conoce bien la ciudad desde que estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Navarra, la del Opus, antes de dedicarse de lleno a su pasión por la criminología. Su padre le obligó a sacarse el título de licenciado en Derecho y si pasado ese tiempo, seguía pensando en ello, le dejaría dedicarse a su, como su padre lo definiría, hobby. Eran otros tiempos, piensa, en los que los padres querían asegurarse que al menos sus hijos tuvieran al menos un título «digno», como medida de precaución para el futuro. Y la carrera de Derecho era un saco roto para todos aquellos que querían estudiar o dedicarse a otra cosa. De hecho, de su grupo de ocho amigos íntimos de la facultad, solo dos de ellos se dedican profesionalmente a las leyes.

Del paso por la universidad recuerda con una sonrisa el último año del catedrático Álvaro D'Ors, que les obligó a aprenderse los quinientos trece puntos de su tratado de derecho romano, para luego, a modo de autohomenaje por su jubilación académica, conceder un aprobado general a todo el primer curso de la carrera.

Eso sucedió en el año 1986, hace más de treinta años, época en que la capital navarra, como el País Vasco, estaban inmersas en una guerra diaria de atentados, ejecuciones a sangre fría y cartas solicitando el impuesto revolucionario. Le viene a la memoria el padre de uno de sus mejores amigos de entonces al que ETA enviaba esas cartas. Pachi, anteriormente, había sufrido un

secuestro en su propio chalet de la montaña navarra a manos de un comando de la banda terrorista que se había fugado de la cárcel de Segovia en 1976. Tras varios días de secuestro, la mayoría de sus integrantes se fugaron a Francia. Años después y como consecuencia de la amnistía general que el Gobierno español concedió tras la muerte de Franco, los miembros de ese comando, integrantes de ETA PM (político militar), que carecían de delitos de sangre, se acogieron a esos beneficios y retornaron a España en calidad de reinsertados. Un día de verano visitaron a Pachi y se presentaron «Somos sus secuestradores», le dijeron. Y el cachondo de él les invitó a su casa, la del secuestro, a pasar el fin de semana. «No tiene nada que ver con el síndrome de Estocolmo», comentaba entre risas. Ese gesto desinteresado, que denotaba su carácter afable y dicharachero, le sirvió años después, a mitad de los ochenta, para pedir la ayuda de sus «amigos» vascos, cuando recibió varias cartas reclamando el impuesto revolucionario para ETA. Tres de ellos se ofrecieron a acompañar a la mujer de Pachi a Bayona, a riesgo de su integridad, porque ya no estaban bien vistos en la organización, en la que solo existía la facción militar que abogaba exclusivamente por la lucha armada y el terrorismo. La mujer, un ser libre y que probablemente sea la única persona que ha conocido en su vida carente de miedo —y lo piensa él como inspector que ha conocido mucha gente valiente y arriesgada—, les acompañó con un *Diario Vasco* bajo el brazo para ser identificados, y cuando se reunió con ellos les dijo cara a cara que no tenían dinero para hacer frente al pago. Que, en todo caso, la que lo tenía era su suegra —estaba claro que no se llevaban bien—, se ríe pensando en ello. Y, recuerda, la anécdota no acababa aquí. Sentados con los etarras, la ahora viuda de Pachi, al observar a uno de ellos elegantemente vestido y con unos lustrosos zapatos italianos, le apostilló «¿Te has peleado con papá?». Resultó que era hijo de un gran empresario del País Vasco, que había decidido «joder» a su aitá

por partida doble.

Se recuesta, absorto en pensamientos que tienen que ver con sus pasadas vivencias en Pamplona, en el sillón de Business Class, por llamarle de alguna manera, porque desde hace tiempo han suprimido este servicio en los Alvia. Antes de comenzar a ojear la prensa del día, saca su móvil del interior de la chaqueta y chequea los resultados de uno de sus pocos vicios, las apuestas deportivas: el mes pasado consiguió un sobresueldo de cinco mil euros con las ganancias obtenidas. Siempre apuesta a fútbol y gracias a su memoria visual fotográfica, con solo ver un determinado partido, recuerda las clasificaciones de los equipos, sus últimos partidos, las medias de goles, y encuentra la oportunidad rápidamente. Flores realiza varias apuestas de entre 0.5 y 1 euro cada una, mezclando selecciones de las ligas femeninas de Bielorrusia y Lituania y, una vez hechas, se dispone a relajarse en su asiento hasta la llegada a la capital navarra.

14
PAMPLONA

El tren llega a Pamplona. No recordaba el contraste entre la belleza de la ciudad y la depresiva estación de tren.

Aunque desde la Policía Foral de Navarra le propusieron ir a buscarle, prefiere alquilarse un coche y tener independencia de movimientos.

Se encuentra agotado y se dirige al Hotel Alma de Beloso, que es donde la mañana siguiente se celebra el Congreso. Quiere comer algo rápido y desplomarse en la cama. Esta mañana se había levantado muy temprano para acudir a la oficina a revisar con su equipo varios casos que tiene abiertos.

Nada más llegar, se percata de que hay un Spa y decide relajarse un rato. Se regala varias duchas frías combinadas con sesiones de sauna y baño turco, que acaban por desentumecer su cuerpo y clarificar su mente. Ahora se encuentra mucho mejor. Se encamina hacia el restaurante y advierte que uno de ellos, La Biblioteca, es un bistró gastronómico que cuenta con una estrella Michelín. Aunque no es muy partidario de los menús degustación, y este lugar no da la opción de ir a la carta, recuerda que no ha comido nada en todo el día y que su estómago se lo reclama, por lo que decide ir en contra de sus costumbres y entrar.

La cocina es joven, fresca y de temporada. Flores comienza dando buena cuenta de unos buñuelos de sesos de cordero, crujientes y bien fritos. Continúa con un cardo rojo con gelatina de agua de tomate y sigue con unas antológicas alcachofas de Tudela acompañando a un corzo de una sublime textura. El festín termina con unas cocochas de merluza envueltas de una suave y exquisita salsa verde y una paloma torcaz de pasa, ave de temporada que,

como le ha dicho el *maître*, surca los cielos de Navarra en el otoño, y que le han servido cubierta de una delicada salsa de vino y chocolate. El postre se lo salta, Flores no es de dulces.

Se dirige al salón-bar, donde se ubica en un sillón orejero frente a la chimenea, mientras degusta una *grappa* que le ayude a digerir rápidamente la espectacular pero pantagruélica comilona. Esto es vida, piensa, ojalá me invitarán más a menudo a impartir conferencias.

Suena el despertador a las 8.00 AM; ha dormido de un tirón y se encuentra ligero y en forma a pesar de la espléndida cena. Le viene a la memoria un libro de chascarrillos costumbristas que leyó hace años cuando estudiaba en Navarra y que le prestó un compañero suyo de Derecho, nieto del escritor José María Iribarren y cuyo título era Batiburrillo Navarro. En él se relataba una anécdota acerca de una opípara comida que había tenido lugar en la capital navarra, en los años cincuenta, y que había constado de más de cuarenta platos. Los comensales comenzaron a la una del mediodía y terminaron alrededor de las once de la noche. Al día siguiente, preguntado uno de ellos al respecto, contestó «Me he dado cuenta de que para dormir bien no hay como comer poco». Sonríe, ensimismado en sus recuerdos mientras se dirige a la ducha. Al salir, suena el teléfono de su habitación. Es la inspectora Iturri.

—Flores, lo lamento. Hay cambio de planes. No puedo asistir al taller porque ha aparecido una mano humana. La ha encontrado un perro de caza en el término de Gabarbide, a cincuenta kilómetros de aquí.

—Vaya, lo siento, me hubiera gustado ver a la organizadora que me ha traído hasta aquí.

—Te propongo, como creo que al menos hoy voy a pasar el día aquí, que cenemos juntos esta noche y de paso, si puedes y tienes más días libres, me acompañes en la investigación y me eches una mano.

—Encantado. Puedo organizarlo. Si te parece, cuando termine aquí, te llamo y me dices cómo vas y cuáles son los planes.

15
EL ALTO

La inspectora Iturri está al cargo de la Brigada de Investigación Criminal de la Policía Foral de Navarra.

Esta mañana, a primera hora, cuando se dirigía al seminario que había organizado, fue avisada de la aparición de una mano humana. La portaba un perro de caza cuando fue a cobrar una pieza, concretamente una paloma torcaz salvaje. Había sucedido en una zona barrancosa, a la altura de la carretera que une Francia con España, concretamente en el tramo del Puerto de Ibañeta que enlaza Arneguy con Roncesvalles. Idoia Iturri conoce muy bien la zona porque nació en Burguete, a escasos dos kilómetros de Roncesvalles. Oriunda de esta parte de Navarra sabe que es temporada de pasa de paloma y conoce la afición a su caza en esta época del año, concretamente desde primeros de octubre hasta mediados de noviembre.

Se está dirigiendo al lugar de los hechos desde su cuartel central de Pamplona. El trayecto en coche es de cincuenta minutos. Acaba de pasar por su pueblo y conduce ahora a través de una preciosa recta surcada a ambos lados de la carretera por centenarias hayas gigantes. Llega a Roncesvalles y conduce tres kilómetros más hasta el alto de Ibañeta y ahí coge un desvío a la izquierda por una carretera rural que la llevará a su destino. Recuerda las veces que ha hecho este camino andando o en bicicleta, bien sea por el mero hecho de practicar deporte o para realizar uno de sus pasatiempos favoritos, buscar hongos beltza, que crecen en los bosques navarros a final del verano y comienzo del otoño, al amparo de las fuertes lluvias.

Deja una amplia zona de pinos a su derecha y reconoce el lugar

como el paraje de Gabarbide. A cien metros divisa varios coches patrulla iluminados. Se detiene. Dos policías están junto al lívido cazador y otros muchos están inspeccionando los alrededores. Comienza a interrogar al hombre. Le confirma que se hallaba cazando en el puesto número diez. No puede contarle nada de interés, más allá de que su perro estuvo desaparecido cerca de treinta minutos. La inspectora sabe que el barranco queda cortado abruptamente, un kilómetro y medio montaña abajo, por la carretera del puerto de Ibañeta, que desciende hasta la localidad de Luzaide-Valcarlos, justo antes de la frontera francesa. Y al otro lado de la carretera, el bosque continúa imponente, por lo que entiende que, de encontrar un posible dueño de esa mano, tienen más posibilidades de hacerlo ahí. Sabe por experiencia que un perro descendiendo el pronunciado barranco que asoma justo debajo de ese puesto de caza, en ese período de tiempo, puede haber recorrido varios kilómetros a través del monte.

La inspectora decide llevarse a los cuatro agentes que se encuentran en el lugar y solicitar también la ayuda del GREIM —Grupo de Rescate Especial de Intervención en Montaña— y efectivos de la Guardia Civil, cuyo cuartel se encuentra a escasos cinco kilómetros, para que le ayuden en la búsqueda de un posible cadáver. Piden al cazador que no se mueva de ahí hasta que lleguen nuevos efectivos para que puedan recrear el recorrido realizado por el can y rastrear la zona.

16
PEREGRINOS

Idoia Iturri se dirige hacia el collado de Ibañeta. Mientras conduce, piensa cuánto le gusta esta tierra y su historia. Se baja del coche. La vista es impresionante. Se encuentra cavilando qué podía estar haciendo una persona sola en estos paisajes montañosos para así pensar en una prioridad de actuación en la búsqueda y el hallazgo de un posible cadáver; y tiene la intuición de que lo hay.

Descarta que sea un lugareño porque aparte del conocimiento del terreno, sendas, veredas y las peligrosas cimas de hasta veinte metros, sus familiares lo habrían echado de menos, más todavía si después de haber observado y analizado la mano encontrada, presenta signos de descomposición, por lo que un posible cadáver debería llevar varios días desaparecido.

Antes de decidirse a ser policía, coqueteó con el arte y compaginó los estudios con las prácticas en el taller de un prestigioso restaurador que había estudiado en Florencia y vivido más de veinte años allí, restaurando entre otras obras de arte, los frescos de los techos de la Capilla Brancacci. Pero de ello hace más de quince años. Cuando se graduó comenzó como policía de investigación y ocho años más tarde, estaba al frente de la Brigada de Investigación Criminal de la Policía Foral de Navarra. Posee todos los rasgos necesarios en su personalidad para ser una gran policía: es pragmática, reduciendo la verdad a lo estrictamente necesario, a la resolución de los conflictos y problemas. Lo importante son los hechos, no las especulaciones sobre los mismos; es metódica; es convencional casi siempre, siguiendo las normas y reglas establecidas; es cooperativa, también casi siempre, trabajando en equipo; es fiable, sus compañeros confían en ella y ella confía en

ellos; es planificadora y precavida; es asertiva, segura y confiada en sí misma y nunca escurre el bulto. Es enérgica, le gusta estar en forma, la fuerza física, el trabajo de calle. Y es inteligente, sociable, sabe escuchar a los demás. Y además dispone a su favor de otra inteligencia, la emocional, que le hace estar siempre en una actitud positiva, resistente al estrés, optimista y serena. En definitiva, lleva en su ADN ser la policía perfecta.

El lugar en el que se encuentra, conocido como El Alto, fue el primer punto de veneración jacobea, allá por el siglo IX. Cuentan que existía un monasterio en la misma cima, donde actualmente se halla una ermita, hasta que debido al crudo invierno y las ventiscas, lo trasladaron al abrigo del pie del puerto, a Roncesvalles, construyendo la Colegiata de Santa María, el magnífico templo gótico que fue sufragado por el rey Sancho el Fuerte, el héroe de la batalla de las Navas de Tolosa en 1212, y cuyos restos reposan ahora en la capilla de San Agustín. Actualmente cuenta con un censo de apenas veinte habitantes, en contraste con los más de setenta mil peregrinos que llegan todos los años.

«Camino de Santiago.» Las palabras retumban en la mente de la inspectora «¿Y si fuera un peregrino que estuviera realizando la ruta desde St. Jean de Pied de Port a Roncesvalles?» Por la ubicación donde ha aparecido la mano humana podrían acotar la búsqueda a los últimos diez kilómetros en dirección al Alto. Idoia ha hecho en varias ocasiones esta primera etapa del camino, de veinticinco kilómetros de recorrido, que muchos prefieren evitar por su dureza, comenzando su peregrinación desde Roncesvalles.

17
BURGUETE

Por la tarde, tras recibir una llamada de la inspectora, Flores se pone en marcha hacia el pueblo de la montaña que le ha indicado.

Sale del hotel, atraviesa Burlada hasta llegar a la localidad de Huarte, y de ahí coge la carretera nacional que lleva en dirección a Francia.

Calcula llegar a las ocho de la tarde. Ya está anocheciendo. La inspectora le ha comentado que han abandonado la búsqueda a las seis de la tarde, debido a la espesa niebla que se ha cernido sobre el valle casi repentinamente, algo que debe ser muy habitual en la zona, por lo que mañana retomarán la búsqueda.

Ha quedado a una hora temprana para cenar en Burguete, en el restaurante Txiki-Polit.

Recuerda haberla visto varias veces estos últimos años en diversos cursos de especialización. Siempre le pareció muy atractiva, con esos ojazos verdes, pero no tuvieron ocasión de intercambiar confidencias, de pasar un rato a solas y conocerse más. Además, Flores se considera un tímido incorregible en su interior —sus amigos se ríen de él cuando lo comenta—, aunque exteriormente presenta la imagen de un tipo encantador, seguro de sí mismo y con un gran éxito entre las mujeres, pero es verdad que casi siempre prefiere que ellas den el primer paso, que se manifiesten. Quizás es cobardía y no timidez, le dijo un íntimo amigo.

El inspector Flores acaba de llegar a su lugar de destino.

Se trata de un pueblo de casas pirenaicas con tejados de cuatro aguas, construidas así para que las fuertes nevadas no puedan ocasionar daños en la estructura y la nieve, en vez de reposar, se deslice hacia el suelo. Aún así, las nevadas invernales se llevan por

delante canaletas y chimeneas y provocan grandes estruendos al desprenderse, lo que obliga a los lugareños a caminar con sumo cuidado mirando por encima de sus cabezas.

La carretera que atraviesa el pueblo es muy estrecha y en algunos lugares solo hay espacio para un coche, dificultad a la que se añade un pequeño canal de agua, de unos treinta centímetros de ancho, a cada lado de la calzada, que la reduce todavía más. Observa que cada trescientos metros hay pequeñas plazas, entre las casas, donde pueden aparcar muy pocos coches. Así que no se complica y conduce hacia la parte trasera del pueblo donde no hay problema de aparcamiento.

Al pasar por la vía principal, ha observado un enorme cartel con el nombre del restaurante, en la calle principal, donde Iturri le ha citado. Se encamina hacia allí, sube unos escalones y empuja un amplio portón.

Entra y descubre una elegante casa de piedra y madera, con dos salones vacíos a cada lado y al fondo otra amplia estancia de suelo de cerámica con varias mesas redondas cubiertas con manteles blancos. Todo sobrio y a la vez elegante.

En una mesa de la derecha, cerca de una chimenea, se encuentra Idoia Iturri.

No sabe por qué, pero siente un cosquilleo interior al verla. Idoia se levanta y le estrecha la mano.

—Bienvenido al norte, inspector Flores.

—Gracias, inspectora.

—¿Cómo prefieres, Rafa o Rafael? —pregunta ella.

—Para ti Rafa, mis amigos, familia y conocidos de trabajo así lo hacen. Rafael lo dejo para el que no me conoce o esté enfadado conmigo. En mi casa, de pequeño era Rafa, hasta que mi padre, cuando se enfadaba, me llamaba gritando ¡Rafaeeel! desde el otro lado del pasillo —ambos ríen.

—Si te parece, mañana te pondré al corriente de todo lo sucedido.

Poco hay que añadir a lo que te comenté esta tarde por teléfono. Comenzamos con la búsqueda y a pesar del precioso y soleado día, una espesa niebla se ha echado sobre el valle en cuestión de minutos. He pensado que, si la mano tiene dueño, el cadáver debería estar en un perímetro de entre diez y veinte kilómetros cuadrados del lugar donde apareció. Tras las primeras comprobaciones hemos deducido que podría pertenecer a un cuerpo que lleva más de una semana muerto y que cualquier alimaña podría haberla trasladado hasta el lugar donde el perro la encontró. —Flores escucha y asiente en silencio—. Y otra posibilidad —continúa Iturri— es que el posible cadáver pertenezca a un turista, un peregrino que estuviera haciendo la etapa del camino y que pudiera haber tenido algún tipo de accidente; esta zona es muy peligrosa en otoño e invierno, debido al mal tiempo. En los últimos años ha habido varias muertes accidentales.

—¿Qué operativo de búsqueda tenemos pensado?

—Disponemos para mañana de veinte efectivos de la Policía Foral y varios efectivos motorizados del GREIM. Hemos hablado también con los alcaldes y alguaciles de Roncesvalles, Burguete y Valcarlos y contamos con veinte voluntarios del valle que conocen bien esta zona.

—¿A qué hora comenzamos el dispositivo?

—Con el cambio de hora del pasado sábado amanece a las siete de la mañana. He reservado habitación en el Hotel Loizu, a escasos cien metros de aquí. Si te parece quedamos a las 6.30 para desayunar.

—Yo nunca desayuno, pero te acompañaré con un café.

—De acuerdo, Flores. Desde joven me gusta, con mis amigos, alternar nombres y apellidos. Espero que no te moleste —ríe la inspectora—. ¿Qué te parece si pedimos la cena?

—No pienso desayunar, pero ahora sí, mi estómago está pidiendo rescate —sonríe—. ¿Qué me recomiendas? Tengo entendido que eres de aquí.

—Sí, nací y viví aquí hasta los diecisiete años, pero llevo tiempo sin venir —dice mientras saluda—. Moisés.

—Hola, Idoia, qué ilusión me hace verte.

—Y a mí.

—Bienvenidos al Txiki-Polit —contesta mientras saluda a Flores.

—Moisés, cuéntale a Rafa, por favor, la historia de este lugar, tu casa.

—Claro, Idoia. Encantado. Las piedras madres de esta casona pirenaica son de una exquisita calidad, ya que los canteros que hace cientos de años construyeron la Real Colegiata de Santa María, en Roncesvalles, levantaron en el solar donde se encuentra el restaurante su propia casa. Posteriormente fue una hospedería medieval y el último destino en España antes del exilio de Carlos VII y su familia.

—Estamos llenos de historia —interviene Flores guiñando un ojo a ambos.

—Y tú, de apetito —bromea Idoia—. En los postres, te comentaré más cosas que deberías saber de este entorno y de los lugares por los que vamos a estar investigando.

—Y ahora, ¿qué nos recomiendas?

—Las especialidades que tenemos al margen de la carta, y que os recomiendo, son hojaldre relleno de hongos y setas horneado con pimientos de piquillo, ciervo del Irati estofado al vino tinto y flan de cuajada caramelizado —comenta mientras se lleva los dedos a la boca simulando una expresión de exquisito.

—Dicho y hecho —contestan ambos al unísono y ríen al darse cuenta.

18
DANIELA

Daniela Dwyre acaba de cumplir los cuarenta. Aunque nació en Madrid es de padre francés y madre argentina. Ha vuelto para trabajar de modelo. Con su metro ochenta y tres de estatura y su pelo de corte masculino vuelve a ser reclamada por las marcas.

Acaba de rodar anuncios para Sanitas, Banco Santander, Volvo y la semana que viene viajará a Barcelona para ser imagen junto a su hija de diecisiete años, de Oysho, la marca del Grupo Inditex.

A los dieciocho años se trasladó a París, a vivir con su padre y para trabajar de modelo. Estuvo allí tres años, hasta que tras un desfile, en una fiesta de Bottega Veneta, conoció a Juan Azcárate. Estaba ella apoyada en una columna, algo exhausta tras varios días de trabajo de maniquí en la semana de la moda, cuando notó que un hombre apoyado en la misma columna, posaba la mano sobre la suya. No sabe cómo, pero lejos de apartarse, permitió el contacto al extraño y estuvieron así varios minutos, hasta que él rodeó la columna y se presentó.

«Me llamo Juan», dijo. Era atractivo, no guapo. Tenía una mirada profunda y soñadora. Posiblemente, de alguien que había sido miope y que le daba ese punto estrábico a su mirada. Le recordó al actor francés Chistopher Lambert. Pero lo que definitivamente la sedujo fue su sonrisa y su voz profunda, aguardentosa, de locutor de radio, así como la seguridad que emanaba en su forma de desenvolverse.

En un mes se casaron en Bidart, en la costa vasco-
francesa.

La ceremonia se desarrolló en la iglesia del pueblo, junto al frontón y luego continuaron la celebración en la Voile Rouge, Bela Gorri en vasco, un encantador chiringuito ubicado en la misma playa de esa

bellísima localidad, entre St. Jean de Luz y Biarritz.

Siguieron dos días de festejos en la villa que Juan tenía en los alrededores, en Chiberta, a escasos nueve kilómetros de allí.

Se fueron de luna de miel a San Juan de Puerto Rico, ya que la abuela de Daniela era boricua. Se alojaron en el Hotel San Juan, en la zona de Isla Verde. Y comieron mofongo relleno de langosta, relleno de chillo, relleno de cualquier cosa, siempre acompañado de arroz con habichuelas y tostones.

De ahí cogieron una avioneta de Island Birds, rumbo al Caribe, pilotada por Marshall, íntimo amigo de la familia, y disfrutaron de una semana en Virgin Gorda.

Mia, la hermana mayor de Daniela, vivía ahí y les había organizado toda la estancia. Pasaron dos noches en el lujoso Hotel Little Dix Bay, visitaron The Baths y luego se alojaron en la mejor villa de la isla, regalo de boda de la hermana de Daniela, ya que una de sus múltiples ocupaciones, además de periodista, era alquilar villas de lujo a los turistas.

Cuando volvieron a Madrid, ya estaba embarazada. Al principio vivían en el ático de Juan en la Plaza de la Lealtad, pero el lugar se auguraba poco práctico con el inminente nacimiento de un bebé, así que Juan compró un imponente chalet de seis habitaciones y cinco mil metros cuadrados de jardín en una urbanización a las afueras de Madrid, en Monteclaro.

Allí disfrutaron de la vida en común durante dos años, pero el carácter fiestero de Juan y la depresión postparto de ella no conjugaron bien y tras cuatro años en común se separaron y cuatro más tarde se divorciaron de mutuo acuerdo. Quisieron hacerlo y eligieron a una abogada común para evitar confrontaciones. Es bien sabido y ellos lo habían vivido de cerca, que separaciones que comienzan de forma amistosa terminan en una batalla campal gracias los intereses de los abogados matrimonialistas que los asesoran. Juan se compró un apartamento en el centro, en la calle

Fomento, en un antiguo palacete señorial, que le permitía una rápida salida a la carretera de la Coruña para llevar a su hija Manuela al colegio Montessori, en Valdemarín.

A partir del divorcio, cambiaron su estado civil de casados a hermanos. Son amigos verdaderos. Frecuentemente hacen planes juntos. Juan —recuerda Daniela— se ha portado siempre muy bien con ella, no le falta de nada, aunque también sabe que la gran fortuna que amasó en los últimos tiempos y que le consta tiene bien invertida, la ganó estando junto a ella.

19
LA CHANSON DE ROLAND

Tras acabar su cena deciden apurar la botella de vino tinto del Señorío de Otazu que les ha acompañado con el menú.

Ha sido una velada muy agradable, piensa Idoia. Flores parece un tipo culto, educado y hasta exquisito. No soporta la mala educación en la mesa. Jamás podría estar con alguien que coma con la boca abierta, coja los cubiertos como si fueran puñales o acentúe las conversaciones moviendo el tenedor y el cuchillo a modo de batutas musicales. Le observa y adivina un punto de timidez, a pesar de la seguridad con la que se desenvuelve. Tiene unos grandes ojos color miel y el pelo revuelto no muy corto, con una nariz con un mínimo perfil aguileño, pero rotunda, con personalidad. Tiene también un pequeño angioma bajo el ojo izquierdo, marca que supone de nacimiento y que aporta un rasgo de ternura a su rostro y que seguro, en su infancia, le acarreó burlas en el colegio. Pero lo que más le gusta de él, que lo recordaba de sus anteriores encuentros, es su mirada firme y profunda y su voz rota y grave.

Flores interrumpe sus pensamientos.

—Idoia ¿qué más tienes que enseñarme acerca de estos lugares para que desde mañana entre en ambiente y esté preparado para captar la atmósfera de la zona?

—Verás, en el collado, desde dónde vamos a comenzar la búsqueda, existe una especie de monolito de piedra en homenaje a Roldán, lugarteniente de Carlomagno. Fue erigido en 1965 e incluía además una espada y dos mazas guerreras de la época, que fueron robadas en 2005. No tenían valor, más allá de lo emocional.

—He oído hablar vagamente de su historia, me gustaría que me la contaras.

—En el año 778 Carlomagno hace campaña contra los musulmanes, intentando conquistar Zaragoza, lo que finalmente no consigue. A su vuelta, destruye las murallas de Pamplona y saquea la ciudad. Ya de regreso a Francia deciden acampar varios días en Roncesvalles para descansar y abastecerse. Un quince de agosto, el rey se pone en marcha de vuelta a su reino, dejando a sus espaldas el Alto de Ibañeta. La retaguardia de su ejército, liderada por su sobrino Roldán, lo hace un día después, y es emboscado por los lugareños, los vascones que, enrabietados por la destrucción de su ciudad, acaban con él y con sus huestes a base de piedras y flechas.

—Pero la canción de Roland que yo había escuchado narraba otra cosa, ¿no?

—Así es como sucedió, no hay otra verdad histórica, pero ante semejante catástrofe y deshonor, se creó la Chanson de Roland, en la que el sobrino del rey y su gran fuerza militar de retaguardia era diezmada, después de una heroica lucha, por un ejército de cincuenta mil sarracenos. Esta fábula debió partir de la propaganda de altas sedes del episcopado francés. Y la realidad es que fueron vencidos por un mínimo contingente de aldeanos navarros enfurecidos.

—¿Episcopado? ¿Contingente? Te expresas como una profesora de historia —bromea—. Y tú ¿cómo sabes tanto de esto, Idoia?

—Antes de ser policía comencé estudiando Arte en la Universidad. Incluso tengo publicado un libro sobre «El arte medieval en Navarra y su influencia sobre el Camino de Santiago», el cual no se lo ha leído nadie—se ríe.

—Eres una caja de sorpresas, inspectora.

Flores la escucha fascinado por la seguridad y vehemencia con la que relata la historia, y también por el brillo melancólico que percibe en sus ojos verdes, que parecen querer trasladarse a esos tiempos pasados, para poder observarlo todo a través de su propia mirada.

—¡Ya no te aburro más! Menuda tabarra te estoy dando.

—Sí, zzzzzzzz —simula bromeando—. Al revés, eres una enciclopedia viviente —exclama.

—Solo de esta zona —ríe— y ya te he dicho casi todo lo que sé. Pero no todo, siempre hay que guardarse algo, un as en la manga —admite coqueta.

—¿Te apetece una copa? Debes tener la boca seca de tanto hablar —contesta Flores con sorna.

—Aquí lo normal es acabar con un pacharán casero o un licor de Patxaca, que está hecho de la maceración de manzanas silvestres —dice Idoia mientras llama a Moisés.

—Me apunto.

20
NIEBLA

Al día siguiente, el valle que rodea la cuenca de Burguete y su pueblo vecino Espinal, aparece inundado de niebla. En Roncesvalles ocurre lo mismo.

La inspectora Iturri piensa, por experiencia, que quizás mientras suben hacia el Alto, las condiciones meteorológicas mejorarán, porque muchas veces son brumas que se forman a primera hora de la mañana, que van desapareciendo con el amanecer, gracias al sol y a la fuerza del viento. En la cima, tiene la esperanza de que esté despejado.

Pero al llegar al Alto, todo es niebla cerrada. Y en el gran valle que se extiende hasta Francia ocurre lo mismo: no se puede ver a un metro de distancia.

Según les han informado desde la sala de gestión de emergencias de SOS Navarra, que coordina la búsqueda, se han movilizado bomberos del parque de Burguete, Policía Foral, Guardia Civil, efectivos del GREIM, así como guardas forestales de la zona y perros especializados. El helicóptero que el Gobierno de Navarra había facilitado no ha podido despegar.

Mientras tanto, han enviado la mano encontrada a Pamplona, para analizarla y determinar si pueden extraer algún tipo de identificación, pero los dedos, y por ende las falanges, se encuentran en muy mal estado; además de la putrefacción, se hallan sin apenas carne humana, posiblemente debido a la labor de alguna alimaña.

Por otro lado, no hay ninguna denuncia que coincida con alguien que pueda haber llegado a esta zona. Lo han constatado tanto en la base de datos nacional como en la europea Sirene de personas desaparecidas.

La inspectora sigue pensando, dado que no hay alarmas por desaparición de habitantes de la zona, que se trata de algún foráneo, un peregrino, que estaba comenzando el Camino de Santiago.

—Inspector Flores —no se tutean en público, delante de otros compañeros—, mi teoría es que, ante la falta de denuncia por desaparición, el posible cadáver puede pertenecer a alguien que estuviera realizando el Camino de Santiago, solo, acompañado —esperemos que no, porque significaría la posibilidad de poder encontrar más muertos— o mal acompañado. Y dadas las condiciones de hoy, y que, a pesar de todo, tenemos dispuesto el mejor dispositivo posible en estas circunstancias, sugiero que tú y yo vayamos a St. Jean de Pied de Port y mañana hagamos la etapa hasta aquí, caminando, poniéndonos en la mente de un peregrino y así pensar y revisar qué pudo pasarle y explorar los lugares más peligrosos, por si pudo tener un accidente. Esta etapa del camino la he realizado varias veces —continúa— y hay lugares muy complicados y peligrosos, y más en esta época del año, donde los senderos están muy resbaladizos por la mezcla de la humedad y la hoja caída. Ya he participado anteriormente en la búsqueda de dos peregrinos en esta zona. Luego se lo cuento.

—De acuerdo, es su equipo, usted manda. Que continúe la búsqueda en el valle, aunque sea en estas condiciones meteorológicas. Mientras tanto, voy a pedirle a algún compañero que nos lleve hasta Francia. Es mejor que dejemos aquí nuestros coches y en St. Jean compremos todo lo necesario para la travesía. ¿Cuántos kilómetros tenemos de caminata?

—Algo más de veinte hasta El Alto —contesta Iturri y añade—: Vamos a tomar la ruta antigua, también la más peligrosa en los meses de otoño e invierno, la de la vieja calzada romana que iba desde Burdegale (Burdeos) a Asturica Augusta (Astorga).

Ambos suben al coche y comienzan a descender el puerto de

Ibañeta rumbo a Francia.

Estamos en pleno invierno.

Son las siete de la tarde. A esta hora no queda nadie. Los profesores externos contratados por el colegio religioso hace tiempo que lo han abandonado. Solo quedan los pocos curas que lo habitan. Y debido a la enormidad del edificio, cada uno vive en un ala diferente.

El niño se encuentra subiendo las escaleras del colegio. Siente un frío húmedo que le entumece todos los músculos. También tiene frío en el corazón.

Desde hace unos meses, la escalera por la que asciende desde el primer piso al cuarto le parece un laberinto de terror. El mármol gris, las grises paredes, el gris de la pintura de los baratos marcos de la puerta. Todo es gris. Quizás no todo. Su corazón es negro. Y del mismo color es la sombra que repentinamente se proyecta sobre su cabeza.

Escucha unos pasos. Alguien está bajando. Se cruza con otro niño, lo reconoce, es de su clase. Se miran fugazmente y ambos bajan la cabeza. Sienten vergüenza al verse. Los fantasmas de la humillación les acechan. No es lo único que tienen en común. Las miradas de ambos están vacías, sin vida.

21
ST. JEAN DE PIED DE PORT

St. Jean de Pied de Port es un encantador pueblo francés a escasos ocho kilómetros de la frontera con España.

Formó parte de Navarra hasta 1512 en que fue ocupada por Fernando el Católico.

Tuvo períodos de alternancia en que pasaba de manos de la corona española al Reino de Navarra, hasta que Luis XIII de Francia unió las coronas de Francia y Navarra y construyó una ciudad fortificada, cuyas murallas persisten hoy en día alrededor del centro histórico.

En tiempos de la Revolución francesa, Navarra no reconoció St. Jean de Pied de Port como provincia de Francia, pero tras la Guerra de Convención, quedó finalmente anexionada a la administración gala.

Su nombre en francés le viene porque se encuentra a pie de puerto, concretamente al de Ibañeta, que da acceso a España cruzando la frontera de Arneguy.

Se encuentran desayunando en Le Relais de La Nive, junto al río del mismo nombre que cruza la villa. Desde su mesa pueden observar en las calmas aguas, bajo el puente, multitud de truchas arcoíris de todos los tamaños, algunas de ellas gigantescas; hay público lanzando al agua migas de pan, observando lo que debe ser un habitual espectáculo turístico.

Son las siete de la mañana y se están preparando para iniciar el trayecto de más de veinte kilómetros hasta el Alto de Ibañeta.

Llevan unas mochilas ligeras —se recomienda siempre que el peso de la misma sea un diez por ciento del peso del cuerpo—, calzado de montaña y van provistos de teléfonos vía satélite, ya que la cobertura es muy débil en algunas zonas.

Comienzan a caminar dejando atrás la preciosa localidad de los Pirineos atlánticos. La distancia desde aquí hasta Santiago de Compostela es de casi ochocientos kilómetros.

Apenas una hora después de la partida, sufren los rigores de las primeras rampas. Ambos inspectores se encuentran muy en forma, pero ningún cuerpo está preparado para ejercicios puntuales a los que no está habituado. Saben que al final de la jornada notarán los efectos de este esfuerzo.

El desnivel de esta etapa es de más de mil metros, dado que St. Jean se encuentra a escasos doscientos metros sobre el nivel del mar, y en el collado la altura es de mil doscientos sesenta y un metros.

Flores e Iturri van entrando en calor con los primeros repechos hasta llegar al albergue de Huntto, donde el camino les da un pequeño respiro.

De repente, el camino pierde su versión más civilizada y se adentran por un sendero en pendiente con una sucesión de curvas en herradura. Ya se encuentran en pleno ascenso, en medio de los Pirineos.

El día de hoy es magnífico, perfecto para su objetivo de buscar señales y pistas que puedan ayudarles a encontrar el posible cadáver. Caminan relajados porque, según sus cálculos, el lugar de aparición de la mano y el perímetro que se han marcado están todavía lejos.

Las rampas de ascenso son duras y los kilómetros se hacen más largos de lo normal. Y por fin llegan a la altura de la Virgen de Biakorri, que se encuentra en el kilómetro doce de la ruta, a mitad de camino del destino final. Se trata de una escultura en piedra de la Virgen con el Niño Jesús en brazos y que se halla adornada de cruces, conchas, flores y todo tipo de ofrendas y amuletos peregrinos.

Se impone un descanso, no solo para recargar energías, sino para

admirar los amplísimos valles y cumbres pirenaicas que les rodean. La vista es bellísima. A escasos metros, una manada de caballos salvajes de raza Burguete campa a sus anchas. Es un caballo curioso de pecho ancho, musculoso y robustas piernas. De raza autóctona, procede de una mezcla de la jaca navarra con caballos franceses como el Bretón, cuyo objetivo era producir animales de tiro y carga. Al fondo del valle un rebaño de vacas se encuentra pastando, ofreciendo la sensación óptica de practicar delicados equilibrios en las empinadas laderas.

Iturri y Flores se encuentran reponiendo fuerzas a base de un bocadillo de foie-gras de canard que les prepararon antes de salir y tras apurar un trago de agua de su cantimplora, Flores exclama «¡Qué belleza de sitio! Por tu conocimiento del terreno, veo que no eres novata aquí».

—No, lo he realizado quizás unas diez veces, la primera con catorce años, con mis padres. Esta es mi tierra, aquí me crie.

—Según tus cálculos, ¿a partir de aquí es desde donde deberíamos estar más vigilantes?

—Eso es, —contesta Idoia. Un poco antes del collado de Bentarte, a la altura de la Fuente de Roldán, justo al cruzar la frontera y adentrándonos ya en España. Desde allí hay siete u ocho kilómetros hasta Ibañeta, con el Alto de Lepoeder a mitad de camino. Como te comenté ayer, hace tres años participé en otro operativo de búsqueda en esta zona. Dos peregrinos se desorientaron en las inmediaciones de Lepoeder. En la zona hay varios senderos y si a ello le unes una intensa lluvia, una densa niebla y las bajas temperaturas, se fabrica el cóctel perfecto para una desgracia. Se trataba de un hombre y una mujer. Se habían perdido, pero ella consiguió cobertura telefónica en un punto determinado y logró alertar de su situación. Cuando la hallaron, estaba presa de una hipotermia severa. Su compañero se había desorientado, debió resbalar y se despeñó por una profunda quebrada. Esto sucedió a

pocos metros del collado que te he comentado, en las inmediaciones del monte Ortzanzurieta. Su cadáver fue difícil de recuperar porque estaba en un barranco de muy difícil acceso. Todo sucedió a mitad de noviembre a escasas fechas de la época en que nos encontramos. Desde entonces, a partir del uno de noviembre, esta versión del camino se prohíbe a los peregrinos, que deben ir obligatoriamente vía Valcarlos, el pueblecito por el que pasamos ayer con el coche, antes de la frontera.

22
CRUCE DE CAMINOS

Iturri y Flores transitan por un estrecho sendero. Como sucedió ayer y ocurre frecuentemente en esta época del año, la niebla ha comenzado a aparecer. Son como pequeñas nubes de algodón que aparecen flotando desde la profundidad del valle y ascienden sin prisa, pero sin pausa. En poco tiempo la visibilidad, una hora máxime, se reducirá y hará complicada la búsqueda.

Durante la caminata, desde que dejaran el collado de Bentarte, se han cruzado con diversos efectivos del dispositivo de búsqueda.

Iturri comienza a sentirse fatigada, le duelen músculos que hacía tiempo no ejercitaba ni recordaba. Observa, delante de ella, a Flores, impertérrito, como si ningún cansancio le hubiera hecho mella. Parece que hubiera percibido que Iturri le estaba mirando y pensando en él, porque se gira y le sonríe. Bonita sonrisa tiene el cabrón, piensa.

Se encuentran a la altura de Lepoeder, la altitud máxima de esta etapa, 1429 metros. Y, repentinamente, varios senderos se cruzan a su paso.

A pesar de la incipiente niebla, todavía se puede ver y el camino correcto está bien señalizado, pero entiende lo que podría suceder con un peregrino sin experiencia y desorientado por el mal tiempo. Debe ser como retroceder a la infancia y sumergirte en un terrorífico cuento infantil en el que un niño se encuentra en un dédalo de callejones con varias salidas, pero en el que solo una le permitirá escapar con vida.

En una bifurcación, Idoia propone a Flores que se separen. A pesar de que el inspector no conoce el camino, todavía la visibilidad es aceptable, tienen teléfonos vía satélite y el monte se encuentra

atestado de efectivos policiales. Quedan en encontrarse en una hora en el mismo punto. Deben darse prisa antes de que oscurezca. Las tardes son más frescas y húmedas en esta época del año y cada día un poco más corto que el anterior.

Idoia gira hacia la izquierda. Se dirige hacia la regata Añarrosín, un bellísimo enclave que se encuentra a unos setecientos u ochocientos metros de distancia del lugar en que se encuentra, en los alrededores del monte de Ortzanzurieta. Recuerda, como le comentó anteriormente a Flores, que fue precisamente en esta zona donde falleció un peregrino hace tres años, búsqueda en la que participó casualmente por encontrarse en unas jornadas celebradas por la Agencia Navarra de Emergencias en el parque de Bomberos de Burguete, sobre rescates en alta montaña.

Frente a la regata, hay una escarpada área boscosa de complicado acceso donde es muy difícil caminar y no caerse, y a su vez, es fácil desorientarse y adentrarse en la zona de barranco y despeñarse debido a las resbaladizas pendientes. A la mala visibilidad natural por las condiciones meteorológicas, se une la imponente techumbre arbolada de los hayedos del barranco, cuyas copas quebradas por las tormentas, las nieves y las heladas, dan fe de la dificultad del terreno y su hábitat.

23
BEAR GRYLLS

Hay numerosas fuentes que nacen al abrigo de las faldas de los montes y que dan lugar a infinidad de regatas y arroyos, cuyas aguas serpentean a lo largo del valle. Una de ellas es la regata Arrañosín, en cuyas inmediaciones se halla Idoia. Comienza a descender por una empinada ladera. No ha llovido en la última semana y eso podría permitirle visualizar alguna señal en el suelo del monte en forma de huellas humanas, de pisadas o de alguna caída que hubiera podido dejar marcas en el resbaladizo y húmedo terreno.

Idoia se adentra con precaución monte abajo. Comienza a descender muy lentamente pero, de repente, resbala y se desliza rodando por la pendiente del barranco. Al cabo de diez metros de caída libre, consigue clavar sus botas en el fango que recubre la pared del desfiladero y frenar la caída. Respira agitadamente y deja caer su espalda contra el monte buscando relajarse unos momentos. Siente la humedad fría y pegajosa del barro y las hojas bajo su cabeza y esto le relaja.

Está en su tierra, en su monte, en su entorno.

Mientras descansa y acompasa su respiración, gira su cabeza, mira hacia la izquierda y se queda fascinada por la belleza del lugar en el que se encuentra. Escasos halos de luz se cuelan a través de la espesura de los árboles, creando una atmósfera algo tétrica pero mágica para ella. En pocos días la visión mejorará porque el otoño no tardará en desnudar de hojas el bosque.

De pronto, cree ver un brillo plateado a unos veinte metros de distancia, a su altura, hacia su izquierda. Piensa que puede ser un falso espejismo creado por los pocos rayos de luz que penetran en

esta fortaleza de árboles y que se reflejan sobre algún charco de agua formado en el terreno. Pero decide acercarse, lo hace sin levantarse, avanzando lenta y de forma lateral, firmemente sujeta al terreno con la fuerza de sus piernas. Se encuentra ya más cerca. A diez metros de distancia comprueba que no se trata de una alucinación, sino de un objeto metálico semienterrado entre las hojas y el musgo. Ya ha llegado. Lo desentierra. Es una cantimplora de aluminio.

Idoia la tiene entre sus manos. La examina. No tiene grabado nombre o inicial alguna. La marca es Bear Grylls y es de diseño militar. Observa que incluye un recipiente que se puede usar para cocinar y hervir comida.

Observa a su alrededor. Si a alguien se le cayó en este barranco tan profundo, debería haber alguna pista cercana. Comienza a ascender y a descender en círculos, bien amarrada con sus botas a la pendiente. Y, de pronto, a varios metros, advierte que el terreno está removido. Se acerca y comprueba que la tierra está horadada como cuando un animal —un jabalí o un corzo— se encama en el monte. Las grandes huellas en el barro, observa, continúan ladera abajo.

Comienza a descender lentamente siguiendo las marcas excavadas en la tierra. De repente, el terreno se agrieta y ella queda con parte de sus piernas colgando en el vacío. Se agarra con fuerza a un árbol cercano y poco a poco trepa para salir de la oculta y, por poco, letal trampa. Pero la raíz a la que se sujeta está húmeda y corre el peligro de resquebrajarse. Una sima de gran profundidad se abre bajo sus pies.

A la vuelta de las vacaciones de Navidad, se encuentran en el aula esperando el comienzo de la clase de matemáticas. No hay nada más depresivo que volver al colegio sin apenas tiempo de disfrutar de los regalos de los Reyes Magos. Aunque él hace tiempo que sabe que no existen: regresaba a casa un día y se paró en el escaparate de la juguetería más importante de la ciudad donde observó una enorme pintada que decía «Los Reyes son los padres». Cuando llegó a casa les interrogó al respecto y no tuvieron más remedio que confesar la verdad. Está madurando muy rápido. Por una vía que no ha elegido. No encuentra el color blanco de la Navidad por ningún lado. Solo colores opacos que le impiden ver la luz.

Como todavía no ha llegado el cura, los alumnos se divierten lanzándose garbanzos con un tirachinas formado por un rulo para el pelo y un globo; otros dos se esconden en el hueco de la tarima ubicada bajo la pizarra mientras un tercero borra las operaciones de matemáticas de la anterior clase, provocando una nube de polvo de tiza.

Mientras tanto el matón de la clase aterroriza a otro compañero por haberse sentado en su pupitre a la vez que le dice «Levántate de mi sitio, pobre».

El niño, en cambio, tiene al matón controlado, porque tras una provocación semanas atrás, volviendo del recreo, le lanzó un puño directo al rostro y aunque el imbécil pudo agacharse, vio la mano ensangrentada del niño contra el granito de la pared de las escaleras y comprendió que podía haber sido su cara.

De repente, la puerta se abre. El padre Querejeta, coordinador del curso, les anuncia solemnemente que el hermano Urdanibia ya no va a volver a dar clases, y les presenta a su nuevo profesor, el hermano Linzóain.

Dos niños se miran y sonríen para sus adentros…

24
EN LA SIMA

A duras penas, asida únicamente con una mano al mojado y maltrecho árbol, mientras nota cómo resbala su cuerpo a la profundidad de la fosa, logra extraer su teléfono portátil GPS y llama a Flores, al que informa de su posición.

En pocos minutos, una gran parte del dispositivo de búsqueda ha llegado a la boscosa zona donde se encuentra. Están al borde del barranco, unos treinta metros por encima de ella. Los primeros en bajar son los efectivos del GREIM, cuerpo que tiene su origen en los años sesenta y cuyo objetivo es rescatar a personas accidentadas o extraviadas. En 1981 se creó el actual Grupo, especializado, entre otras actividades, en el descenso de barrancos para el rescate de personas, así como en cualquier tipo de actividades subterráneas y submarinas.

El primer escalador del GREIM en llegar, tras asegurar a la inspectora con un arnés de seguridad y dar la orden a los de arriba para que procedan a izarla, se desliza por la húmeda pared formada por musgo, hojas y barro de la cueva, que debe tener unos diez metros de profundidad. Lleva un casco con frontal, es casi de noche y la oscuridad en el interior de la cavidad es total.

Si la inspectora hubiera descendido menos prudentemente, el agujero se la hubiera tragado y sabe que estas simas pueden tener profundidades de hasta veinte metros. Una emboscada de la naturaleza oculta bajo una manta de ramas, helechos y las hojas caídas del otoño.

La circunferencia de la sima debe tener unos cuatro metros de diámetro. Una vez ha descendido, se asienta en el suelo e ilumina con una linterna adicional más potente el interior. Otea a su

alrededor y a escasa distancia advierte un bulto. Se acerca. Es el cuerpo de un hombre, desnudo, con signos de descomposición. Se ata un pañuelo alrededor de la cara para evitar el fétido olor que le invade. Lo inspecciona. Le falta una mano.

25
RESCATE

Han llamado a la brigada judicial de la Policía Foral de Navarra para autorizar el levantamiento del cadáver.

Los equipos de rescate se preparan para tratar de recuperar el cuerpo del fondo de la sima.

Dos miembros del grupo se hallan en el interior de la cueva y colocan el cadáver sobre una camilla; lo sujetan a la misma con cuatro cintas con anclajes dobles y dinámicos, nueve mosquetones de acero, un bloqueador y dos poleas.

Disponen alrededor una cuerda de progresión, otra de tracción y una de retención que se fija debajo de la camilla nido para poder manejarla al inicio de la subida y alejarla de la pared.

Realizan la operación de elevación con una maniobra de contrapeso, que no requiere de mucho esfuerzo dado que aprovechan el peso de su cuerpo. Uno ejerce de regulador y el otro de contrapesista y consiguen extraerla sin contratiempo alguno.

El cadáver se encuentra ya en el interior de un todoterreno de la Policía Foral. Una ambulancia espera en el Alto de Ibañeta para trasladarlo al Instituto Navarro de Medicina Legal.

Son las dos de la mañana.

Iturri y Flores exhaustos, tras casi veinte horas sin descansar y por el gran esfuerzo realizado, deciden dormir en el hotel donde pernoctaron hace dos noches y trasladarse muy temprano a Pamplona, donde se va a realizar la autopsia del cadáver ordenada por el juez de instrucción.

26
PLAZA DE LOS AJOS

Acaban de llegar a Pamplona cada uno con su vehículo. Los dejan en el parking de Aduana, en el centro de la ciudad, al lado del Hotel Tres Reyes.

Pasan por delante de la estatua en homenaje al médico pamplonés e historiador de Navarra y de los San Fermines, José Joaquín Arazuri y se encaminan hacia el Instituto Navarro de Medicina Legal.

Dejan atrás la iglesia de San Lorenzo, sede que aloja a San Fermín durante todo el año hasta cada siete de julio, cuando sale de fiesta en procesión. Idoia observa a Flores y le ve cariacontecido, con un rictus cansado y sombrío.

—Estás un poco pálido, ¿va todo bien? No estarás enfadado porque encontré yo el cadáver, Flores —le pica para intentar sacarle una sonrisa.

Flores ríe sin demasiada entusiasmo.

—Estoy muy cansado. La paliza de ayer me ha venido hoy de golpe.

—No te preocupes, seguro que te animas ahora con la autopsia —bromea Iturri arqueando una ceja.

Flores, ahora sí, sonríe con más ganas.

Cruzan la plaza de San Lorenzo, conocida también como Plaza de los Ajos, llamada así porque tradicionalmente, durante las fiestas de San Fermín, está repleta de casetas de venta de ristras de ajos. Por la calle Recoletas llegan a la plaza Virgen de la O, dejan a su derecha el pequeño y familiar Hotel Eslava y continúan paseando al borde de las murallas que antaño defendían la capital navarra, hasta llegar a un moderno edificio, diseñado por un famoso arquitecto, que alberga lo que ahora es el INML.

27
XACOBEO

Acceden al interior. Tienen una cita con Ramón Franquet, el reputado médico forense, director del Instituto Navarro de Medicina Legal, que es quien se ocupa de la autopsia.

En la recepción les informan de que les está esperando en el servicio de patología forense.

Idoia conoce el camino de otras muchas ocasiones, así que se dirigen por un largo pasillo hasta topar a la derecha con una doble puerta de acero. Pulsan un botón. Se abre la puerta y el doctor les está esperando en el centro de la sala. Lleva trabajando desde que lo avisaron a las tres de la mañana, cuando el cuerpo llegó a Pamplona. Se ponen las mascarillas y observan el cadáver. Tiene ya síntomas de descomposición y, debido al rigor mortis, presenta en la camilla una postura inverosímil, antiestética.

—Buenos días, inspectores.

—Hola señor Franquet, le presento al inspector Flores de la Brigada Central de Investigación de la Policía Nacional de Madrid. Se encontraba en Pamplona en unas jornadas de Delincuencia en la Red a las que le invité como experto en la materia y me está acompañando en este caso. Tiene más de veinte años de experiencia en casos criminales y el más alto coeficiente de España en resolución de casos a su cargo.

—Encantado, señor Flores. Como pueden observar el cadáver está tal y como lo encontraron, desnudo. El presunto asesino se encargó de quitarle la ropa para acelerar el estado de descomposición. Acérquense y miren. Aquí. La víctima presenta traumatismos contusos, varios golpes en la parte trasera del cráneo y el último de ellos habría aplastado su tallo cerebral.Pero a la vez presenta heridas

punzantes. El agente que lo ha producido es puntiagudo. Como si le hubieran golpeado con un objeto pesado con púas.

—¿Y la mano que encontró el perro? —interviene Iturri.

—Corresponde a la víctima. Pero se encontraba en tal estado de putrefacción que ha sido imposible extraer nada de valor. Posiblemente, antes de que el perro la encontrara, algún tipo de alimaña accedió al interior de la sima, la mordió, separó del cadáver y se la llevó. Observen los tendones de la muñeca. Tal y como están obedecen a algo de este tipo. Y vean la mano, no tiene carne ya en las yemas de los dedos.

—Y también presenta heridas en la muñeca y antebrazo —prosigue —. Quizás el primer golpe no fue del todo contundente, y en una maniobra de autodefensa, le dio tiempo a girarse parcialmente y a parar el segundo golpe con sus brazos. De ahí debió caer al suelo frontalmente y lo remataron con varios golpes en la cabeza. Esa medida de protección de la víctima es la que pudo causar que la mano fuera parcialmente seccionada y ayudara a un animal a separarla con mayor facilidad del cuerpo y llevársela a otro lugar.

—Y ¿qué tipo de alimaña ha podido ser? —pregunta Flores.

—Eso ya se lo dejo a ustedes —responde con solemnidad—.

—Podría haber sido un buitre o una musarra —interviene Iturri

—¿Musarra? —pregunta Flores

—Si es el nombre que se da en esta zona a las comadrejas. A pesar de su tamaño, un macho llega a cazar conejos y liebres, introduciéndose en sus madrigueras. No se me ocurren otros animales que hubieran podido descender y luego volver a subir.

—Ni idea —exclama Franquet mientras continúa—. Me han comunicado que no hay ninguna denuncia por desaparición en la zona para poder practicar pruebas de ADN, pero por si acaso hemos recabado muestras de sangre, tejido de las mucosas y de los músculos, de la médula ósea, así como segmentos del fémur. También de las piezas dentales del fallecido. Y como saben bien las

manos tienen mucho que contar. Con la otra íbamos a comenzar ahora a realizar el análisis de huellas dactilares y obtener la reseña.

El doctor procede a amputar las falanges y a realizar un corte en cada una. Elimina el exceso de grasa con alcohol y acetona e introduce los dedos en una solución salina para que las huellas se visualicen fácilmente. Posteriormente, con tinta, estampa las mismas en una planilla, imprimiendo así las huellas de los dedos con el fin de obtener el dactilograma.

—Proceso terminado, inspectores.

—Gracias doctor.

Flores e Iturri saben que ahora es cuestión de esperar; se remitirá el informe a la Unidad Central de Identificación, concretamente al Servicio de Identificación Lofoscópica, para que realice el estudio de los dibujos lineales de las caras y bordes de los dedos, los compare con los archivos y así poder identificar a la víctima.

Se han despedido y abandonado el servicio de patología forense. Han ido paseando por las murallas que rodean la ciudad de Pamplona. De ahí han bajado hacia la calle de Santo Domingo, junto a los Corralillos del Gas, famosos en el mundo entero porque es el punto de salida de los encierros de San Fermín. Llegan a la Plaza del Ayuntamiento, la del chupinazo, continúan por la calle Mercaderes, ascienden por Chapitela y llegan a la Plaza del Castillo, punto neurálgico de la ciudad.

Hace un día frío pero soleado así que deciden sentarse en la terraza del Baviera, uno de los sitios imprescindibles en los aperitivos pamploneses. No han comido nada desde el bocadillo del día anterior en la ruta del camino. Los acontecimientos que se desencadenaron después hicieron que o bien se olvidaran de comer o que se les cerrara el estómago. Iturri pide para sí una cazuela de bacalao al ajoarriero y Flores un rape con salsa americana. Ambos comparten como entrante un revuelto de hongos beltza.

—Vivo ahí arriba, en el segundo —señala Iturri.

—Qué lugar más bonito, lleno de vida.

—Y de ruido —sonríe—. Gran parte del folklore de la ciudad se desarrolla aquí. Conciertos, ferias, pruebas deportivas… y manifestaciones también… pero me gusta. Bueno, vayamos a lo nuestro. ¿Qué opinas?

—Opino que ahora tenemos un asesinato entre manos, Iturri.

—Cierto, y de un posible peregrino desaparecido hemos pasado a un posible peregrino asesinado. No es muy buena publicidad para el Camino de Santiago. Además, el 2021 es Año Xacobeo.

—¿Año Xacobeo?

—Sí, el último fue en el 2010. Son aquellos años en que el veinticinco de julio coincide en domingo. Cada siglo sucede, creo, catorce veces. La Iglesia católica tiene la capacidad de conceder la indulgencia plenaria y absolver de todos los pecados a aquellos fieles que visiten la tumba del apóstol en la catedral de Santiago, recen alguna oración y reciban los sacramentos de la comunión y confesión.

—Este pobre hombre no va a recibir ya indulgencia plenaria. Quizás buscaba la absolución de sus pecados —añade Flores con tono irónico.

—Los que no vamos a tener ninguna indulgencia de nuestros mandos somos nosotros, como no resolvamos esto rápidamente. No es buena publicidad para el turismo.

—A mí ya me han llamado esta mañana de Madrid y me han dicho que no me mueva de aquí. Así que tienes compañero para rato.

Iturri sonríe pícaramente. No le desagrada en absoluto investigar junto a Flores. Le gusta.

28
BIOMETRÍA

Ambos inspectores se dirigen al lugar donde encontraron el cadáver por si pueden obtener alguna pista. La policía científica de Navarra, acompañada de un dispositivo de cincuenta agentes, ha estado «peinando» toda la zona próxima, a la búsqueda de cualquier pista que les conduzca a averiguar la identidad de la víctima y, consecuentemente, el *leitmotiv* del asesinato.

Iturri conduce y pregunta:

—Flores, ¿podrías pedirle al doctor Franquet que cuando tenga el dactilograma del cadáver lo envié para que podamos cotejarlo inmediatamente con el SAID (Sistema Automático de Identificación Dactilar) por si el sujeto en cuestión estuviera fichado anteriormente?

—Sí, claro, y también lo estamos cotejando con el fichero ADDNIFIL; si hay suerte y es español, tendremos posibilidades de identificarlo a través del DNI.

—Aunque estará difícil. Solo contamos con un dedo índice para la identificación.

—Crucemos los dedos, entonces.

—Estás chistoso —bromea Iturri.

Iturri conduce velozmente, pero con suavidad, mientras sube las rampas del puerto de Mezquíriz, a solo ya diez kilómetros de su destino, donde les espera un todoterreno de la Policía Foral para llevarles por una pista forestal hasta el lugar donde encontraron el cadáver.

—Por cierto, Iturri, ya que hablamos de identificaciones, charlando el otro día con un amigo que trabaja en la seguridad del Real Madrid, me comentó que gracias a las empresas de biometría han

implantado un sistema de reconocimiento facial para acceder al estadio.

—Entonces, la cara se ha convertido en la huella digital de la próxima época.

—Sí, y no solo eso; un tío adquiere una entrada, se hace un *selfie* cuya imagen queda asociada al ticket que compra para un partido, o yo qué sé, un concierto. A la entrada, una minicámara reconoce su rostro y le permite el acceso. Su imagen se «matchea» con una base de datos del club donde se identifica si el sujeto es violento o no y si es así, la seguridad del estadio lo tiene vigilado desde el minuto uno, o si es un VIP, le esperan a la entrada con una copa de champagne.

—Y todo eso, ¿mirándole el careto?

—Sí, imagínate poder cotejar en menos de un segundo tu cara con el sistema de reconocimiento facial de la Interpol, que incluye a todos los malotes de más de ciento sesenta países del mundo y cruzar toda esta información a la entrada del estadio y poder detectar asesinos, ladrones y terroristas suicidas en menos de un segundo.

—La pera, me descojono, qué caraduras, nunca mejor dicho.

Ambos ríen con ganas.

29
MATCH

Ayer estuvieron todo el día explorando los alrededores de la zona donde apareció del cadáver.

Iturri realizó varias llamadas para cerciorarse si el examen dactilar había dado algún resultado, al cruzarse las huellas con la base de datos de personas fichadas o con la Sirene de personas desaparecidas. Y sí, se había realizado, pero por el momento no había ninguna información al respecto.

Pero esta mañana ha recibido una llamada. Había una coincidencia al cien por cien con una base de datos, la de ciudadanos españoles con documento nacional de identidad. La víctima identificada es un varón de cincuenta y dos años, nacido en San Sebastián, de nombre Juan Azcárate Satrústegui.

30
@AZKA68

Acaban de recibir la fotografía de Juan Azcárate que aparece en el Documento Nacional de Identidad; es el tipo de fotografía que en muchos casos se realiza a última hora, deprisa y en un fotomatón y donde la calidad suele ser ínfima y no refleja un retrato fiel de su dueño. Así que han comenzado a investigar en las redes sociales. No han encontrado actividad alguna en Facebook, Twitter, pero sí en Instagram. Se encuentran analizando su cuenta @azka68, mientras Iturri envía varios mensajes por whatsapp, cuando a Flores se le resbala el teléfono de las manos y cae a un charco de barro.

—Mierda —masculla, mientras ríe.

—¿Qué pasa Flores?, ¿te ha gustado y te has puesto nervioso? —dice Iturri con sorna—. Vamos a ver —continúa Iturri mientras se conecta a Instagram desde su móvil—. Guauuu, Juan tenía todo un pintón. Un hombre atractivo y elegante —dice mientras mira a Flores pícaramente—. No sabe por qué, mientras chequea las fotos, pero Azcárate le resulta vagamente familiar.

—Por cierto, ya que estamos aquí, vamos a St. Jean de Pied de Port a preguntar si alguien le recuerda, ¿te parece?

—De acuerdo —asiente Flores.

31
HUEVOS *BENEDICTINE*

Cómodamente sentado en la terraza acristalada del Hotel Les Pyrénées observa a los dos inspectores interrogando a la dueña del establecimiento.

A pesar de la magnífica cena de ayer, se ha levantado con enorme apetito y se encuentra dando buena cuenta de unos *oeufs bénédictine*, que no son otra cosa que unos huevos escalfados con jamón sobre un *muffin* inglés y coronados con mucha salsa holandesa. Parece sencillo, pero ha intentado muchas veces prepararlos en casa a modo de brunch los domingos y nunca lo ha conseguido. Lo que si está claro es que el asunto Azcárate le va a hacer engordar.

Considera que los dos policías hacen buena pareja. A ella en concreto le haría un favor. Lleva unos vaqueros ajustados que delinean y ayudan a destacar su ya de por sí perfecto culo. Es lo suficientemente alta, tampoco le gustan tipo caballo. Aunque daría lo que fuera por cabalgarla. El poli es un tipo apuesto, alto, que seguro tiene éxito tanto en el mundo femenino como en el masculino. Odia a los maricas. Él no parece serlo. De hecho, percibe cierta complicidad entre ambos.

Absorto en sus pensamientos, un mensaje le devuelve a la realidad.

—¿Alguna novedad?

—Estoy en Francia. Luego le cuento —teclea rápidamente—. Delante de mí tengo a los inspectores.

—Ok

—A ella también le daría —piensa mientras una sonrisa lasciva se dibuja en su rostro.

32
HEMINGWAY

Se encuentran de vuelta en Madrid.

Esta mañana han llegado en coche después de pasar varios días en Francia y en Pamplona, intentando averiguar y descifrar los últimos pasos de Juan Azcárate.

La víctima partió de Madrid en tren para iniciar el Camino de Santiago el doce de octubre a las 19.35 horas de la tarde. Llegó a Pamplona, almorzó en el Restaurante Europa y se hospedó en el Hotel La Perla, concretamente en la suite Hemingway, bautizada así en homenaje al famoso escritor estadounidense. En ella se alojaba mientras festejaba los San Fermines en los años cincuenta y donde escribió una de sus famosas obras, inspirada en la fiesta.

Cenó en la habitación y salió temprano en un taxi que encargó el propio hotel. El taxista lo recordaba perfectamente, porque prácticamente durmió todo el trayecto y por la propina de cincuenta euros. Lo único que le comentó al llegar a su destino es que estaba muy ilusionado con realizar el Camino de Santiago y que pensaba emplear un mes para ello.

En St. Jean de Pied de Port pasó el día de turismo y visitó dos pueblos franceses de los alrededores, St. Palais y Mauleon para volver a pernoctar a la villa punto de partida del camino, concretamente al Hôtel Les Pyrénées; cenó en su restaurante, antaño poseedor de dos estrellas Michelín, un pastel de liebre y media docena de ostras de Arcachon y se retiró pronto a su habitación para amanecer temprano. A las 7.00 AM pagó con una tarjeta centurión de American Express la habitación y la cena. Los propietarios, la familia Arrambide, a la que Idoia conocía por su padre, le recordaban perfectamente. Un hombre con muy buena

pinta, porte educado, con clase.

A partir de ahí, nadie volvió a verlo. Han avisado y enviado su fotografía a todos los puntos por los que transcurre el camino de Santiago. La policía está interrogando a los peregrinos mostrando su fotografía, que está también presente en todos los albergues y demás puntos del recorrido.

Muchas cuestiones dan vueltas en sus cabezas. El asesino o los asesinos no parece que tuvieran intención de robarle. En su muñeca lucía un *Rolex Day-Date* de oro valorado en treinta cinco mil euros. Es verdad que la cartera con la documentación y tarjetas de crédito no ha sido hallada, pero es probable que la sustrajeran para destruirla en otro lugar. La intención al desnudar el cadáver y lanzarlo a un profundo barranco oculto por la hojarasca era que nunca fuera encontrado.

Mañana comenzarán los interrogatorios de la familia, allegados y conocidos de la víctima.

Han citado a su mujer, Daniela Dwyre, a su hija Manuela, a seis amigos íntimos de la víctima y a los principales directivos de su empresa de comunicación.

33
UNA ENEMIGA

Juan había nacido en San Sebastián, en enero de 1969. Estudió en un colegio de curas y posteriormente se licenció en Derecho y Económicas en la Universidad de Deusto. Tras concluir sus estudios, se instaló en Madrid para realizar un Máster en Dirección Comercial y Marketing en el Instituto de Empresa, donde había obtenido una A+ y había sido el alumno número uno de su promoción. Recién salido del Máster comenzó a trabajar en una gran editorial, donde ejerció el cargo de Director de Marketing. Luego se estableció por su cuenta y fundó su propia Agencia de Comunicación, con la que pronto iba a celebrar su vigésimo quinto aniversario. Había ganado muchísimo dinero en estos años, que había invertido en una cartera mobiliaria e inmobiliaria considerable.

Se habían reunido con su exmujer y su hija, Manuela, de diecisiete años. Estaban tan destrozadas que era imposible que tuvieran algún tipo de implicación o conocimiento de algo.

En las entrevistas con el resto de su familia y amigos sucedió lo mismo. Pudieron comprobar lo impactados que estaban por la noticia y lo mucho que apreciaban a Azcárate.

Con los empleados, igual. Lo consideraban un hombre educado, atento, y que les trataba muy bien como jefe.

Las coartadas de todos eran sólidas.

Es un drama para todos.

Aunque nunca se sabe.

Solo las hermanas Esparza, que también estaban muy afectadas, habían contestado a una de las preguntas de una forma diferente «La gente de nivel siempre tiene enemigos». Les habían comentado la existencia de una antigua socia de Juan, con la que había fundado

una *start up* tecnológica vinculada al mundo de la compra *on-line* y con la que había terminado en malas relaciones. Al día siguiente habían concertado una reunión en la empresa de ella para interrogarla.

Iturri también se desplazó a San Sebastián a entrevistar a la madre de Azcárate, Cristina Satrústegui, de 85 años. Solo pudo ir ella, dado que a Flores le surgió un problema de última hora y no pudo desplazarse. El padre había muerto hacía más de veinte años. La señora Satrústegui, de una familia muy conocida de Donosti, la había impresionado. Era una mujer de carácter, independiente, de ideas muy liberales, nada común para la época de la que provenía. Le llamó la atención lo crítica que era con la familia de su fallecido marido: tenían dinero, pero no educación. Le comentó muchas otras cosas sobre su suegra y su nuera, a las que definió como imbéciles en varias ocasiones de la charla que mantuvieron. «La única cuerda de la casa era mi otra nuera, que, por cierto, era subnormal: tuvo una meningitis a los tres años y la enviaron a colegios sociales a educarla y lo consiguieron, a diferencia de las otras dos arpías», le dijo muy seriamente, sin bromear.

«Me obligaron a llevarle a ese horrible colegio lleno de curas apestosos —le dijo—. Yo lo hubiera llevado a un colegio público o a la ikastola, que para eso estamos en el País Vasco.»

«Debió vivir el cuento de la Cenicienta con su familia política», piensa Idoia.

Concluye que debería darse otra vuelta por San Sebastián.

34
MARCELA

Flores ha recibido está mañana la llamada de su superior, el comisario Alfonso Ridruejo.

—Inspector Flores, buenos días.

—Buenos días, jefe.

—¿Cómo va la investigación? Tenéis que conseguir algo, rápido. La prensa no deja de llamar.

—No tenemos nada todavía. Hemos interrogado a la familia y allegados y nada de nada. No hemos encontrado ni contradicciones ni falsedad alguna en la información.

—Necesito algo ya.

—Y si no tengo nada, ¿qué quiere, que me lo invente?

—¡Cuidado, Flores!

—Jefe, perdone, pero estamos todos concentrados en el caso, al cien por cien. Hemos dormido una media de tres horas en las dos últimas semanas.

—Sus problemas de insomnio no me interesan lo más mínimo, Flores —dice con voz gélida.

Flores se aparta el teléfono de la oreja, lo mira, resopla y vuelve a hablar.

—En estos momentos nos dirigimos a ver a la única persona que podría considerarse sospechosa. En el último interrogatorio que mantuvimos ayer por la tarde, algunos empleados de la agencia de comunicación coincidieron en que la víctima y Marcela Velasco, que es como se llama, habían mantenido malas relaciones. Le informaré en cuanto terminemos.

—Sin falta, Flores —y cuelga el teléfono.

—Esto no son policías, son políticos —masculla irritado Flores para

sí mismo.

Iturri y Flores conducen subiendo por la calle López de Hoyos, cruzan Príncipe de Vergara y doscientos metros más adelante giran a la izquierda por la calle Fernández de Oviedo.

Paran en la puerta de lo que parece un garaje antiguo y tocan el timbre.

Los recibe una joven vestida de negro con camisa blanca. Cruzan un espacio que antaño serviría como taller mecánico para reparar vehículos y de repente entran en una enorme nave de unos mil metros cuadrados de diáfano espacio, decorada con amplias y largas mesas de madera blanca; al menos debe haber diez mesas de unos quince metros de largo, dispuestas en columnas paralelas unas a otras. Cerca de doscientas personas están trabajando en este mismo momento.

Todos ellos visten igual, traje negro y camisa blanca. Al fondo, distinguen un enorme cubo acristalado que domina toda la estancia. Sentada en una mesa también de cristal, de frente a la gran sala, una mujer pelirroja les observa. Les está esperando. Les llama la atención que ella también viste en blanco y negro, pero en sentido inverso, traje blanco y suéter negro de cachemir. Es la única que se diferencia de los demás. Entienden que quiere, desde un primer momento, marcar la diferencia y comunicar a cualquiera que entre en la empresa quién manda.

—Buenos días, inspectores —saluda mientras se levanta.

—Buenos días. Marcela Velasco, ¿verdad? —interroga Iturri.

—Sí —responde con rotundidad.

—¿Sabe por qué estamos aquí?

—Me lo imagino. Azcárate —admite a regañadientes—. He leído las noticias.

—¿Era su enemigo? —Le comenta Iturri de sopetón.

Marcela no se altera en absoluto. Con ironía le mantiene una mirada fría y dice mientras se remueve en su sillón de cuero negro:

—Fuimos amigos y luego íntimos… enemigos.

—Explíquese, por favor —interviene Flores.

—A Juan le conocí en los tiempos de Deusto, en la universidad. Siempre me pareció un tipo inteligente y con don de gentes, una combinación irresistible en cualquier persona y… atractivo, además. Estuve varios años sin verlo. Sabía que se había casado y tenido una niña. Un día mientras paseaba por Gran Vía me lo encontré de casualidad. Nos fuimos a comer y de ahí a cenar y luego a desayunar, en fin, comenzamos una relación.

—Y ¿cómo llegan unos amantes a ser enemigos? Cómo dijo usted, ¿íntimos? Me va a permitir que actué como abogado del diablo. Pero ¿por qué todo el entorno de Azcárate, familia, amigos, exmujer, hablan maravillas de él?

—¿Su exmujer también? ¿Esa mosquita muerta? A mí no me la cuela, siempre he pensado que lo único que le interesaba era el dinero de Juan. Y el resto quizás hablan bien de él porque no conocieron sus cloacas.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a varias cosas. Lo primero el sexo. ¿Sigo?

—Sí, por favor.

—Juan, cómo decirlo, era muy rarito en la cama. Al principio, nuestro sexo era tradicional, diríamos, el misionero, el perrito y todo lo que se le ocurra, dentro de la normalidad. Pero al cabo del tiempo, comenzaron a aflorar sus perversiones, por decirlo de manera fina. Yo no soy remilgada en la cama. Disfruto de las relaciones sexuales que escapan a los cánones establecidos, pero sí me sorprendió ese cambio en Juan. Comenzamos con los típicos azotes en el culo y terminamos con látigos. Le gustaba que le azotara. Y que le violara, ya saben, con esos penes que se atan a la cintura. Yo le seguía el juego, hasta que en una sesión estuvo a punto de asfixiarme por completo. Se asustó. Se vistió como si nada hubiera pasado y volvió a ser "Don Perfecto". Y a partir de ahí,

perdió el interés sexual en mí.

—¿Entonces?

—Aparte de esto, les voy a contar mi traumática experiencia con él y, si es tan bueno como dicen, lo juzgarán ustedes. Cuando me encontré a Juan y comenzamos a salir, yo había fundado dos años antes una *start up* llamada Allsaver, un comparador *on-line* de precios para ahorrar dinero. ¿Quieren saber de qué iba o se lo ahorro —enarca una ceja irónicamente— y vamos al grano?

—Le agradeceríamos que no ahorre ningún detalle —le corta Iturri.

—Era el año 2010, el emprendimiento tecnológico estaba en su máximo esplendor. Las métricas que buscaba un inversor, un *business angel*, eran la capacidad de expansión de negocio: la activación, la tasa de conversión, el *engagement*, el coste de adquisición del cliente, el *lifetime value* o lo que es lo mismo, cuánto tiempo un cliente permanece con nosotros, el *cash burn rate*, esto es, el dinero que «quemamos» mensualmente en el negocio, etc. Si todo este cóctel funcionaba, el negocio podía ser interesante para conseguir las rondas de inversión necesarias para sacar adelante el proyecto y hacerte multimillonario. En aquellos momentos, ahora las cosas han cambiado, los inversores no reparaban en el Ebidta, clave en el negocio tradicional. Una *start up*, en su proyección a varios años, podía estimar millones de euros en pérdidas en la cuenta de resultados y seguir siendo atrayente y captar el dinero necesario para su expansión y explosión.

—Y el señor Azcárate, de ser socio en la cama, pasa a ser socio en su empresa —interviene Flores con repentina agresividad.

—A mí el numerito de la poli buena y el poli agresivo no me impresiona. Así que, o mantenemos esta charla en términos de educación o me traen una orden, ¿de acuerdo? —afirma con rotundidad.

—Continúe, por favor, señora Velasco —le comenta Iturri mientras mira a Flores de reojo con dureza.

—En resumen, ofrecíamos un sistema multidispositivo en el que se podían agregar miles de tiendas, comparándose los precios y ofreciendo productos iguales o alternativos ahorrando tiempo y dinero. Era el inicio del boom de las compras por internet de gran consumo, antes de los *blackfridays* y los *cybermondays* y en aquel momento el consumidor no podía comparar y comprar en pocos segundos los precios de un producto o de por ejemplo una cesta de un supermercado. Y no solo rentabilizábamos nuestro proyecto a través del consumidor final sino también, con toda la información que almacenábamos gracias al algoritmo que habíamos desarrollado, comercializábamos también productos de *Bussiness Intelligence* a medida, para los fabricantes y las marcas.

—Ahora que lo dice, creo que lo he usado en alguna ocasión —comenta Iturri.

—Ya no podrá hacerlo bajo su nombre inicial. Fue vendido e incorporado a una plataforma de ventas a nivel mundial —agrega Marcela con acidez.

—Prosiga, por favor, ¿qué pasó entre usted y Azcárate?

—En aquel momento, la empresa necesitaba una inyección de capital. Yo había invertido todos mis ahorros y mi pequeño patrimonio. Las métricas funcionaban bien, pero estaban todavía lejos de alcanzar el nivel para que los inversores profesionales confiaran en la empresa y entraran a una valoración de la misma interesante para mí. Así que le ofrecí a Juan la posibilidad de entrar como socio capitalista. Aportó un millón de euros y se quedó con un cuarenta por ciento del capital de la empresa. Él no intervenía en la gestión del negocio, en el día a día; pero de repente se volvió distante, como si desde el momento que él había aportado el dinero yo fuera un lacayo o un peón más en su capitalista vida. Nuestra relación sexual se enfrió primero y luego dejó de existir. Pasamos a tener reuniones trimestrales para supervisar la marcha del negocio. En esos comités de seguimiento, Juan adoptaba ya un rol algo

prepotente y con aire de superioridad. El proyecto iba bien, pero le costaba arrancar: buenas métricas y pocos ingresos y los gastos mensuales iban creciendo en sueldos, pero sobre todo en marketing. Solo en Google «quemábamos» de caja cien mil euros al mes. La situación era crítica así que casi tuve que suplicar a Juan que buscara entre sus contactos algún inversor profesional.

—Y ¿no podía hacerlo usted que era la ejecutiva del negocio?

—En el poco tiempo que el día a día me lo permitía lo hacía. Asistía a *pitchs* de potenciales inversores en IESE, ESADE, Wayra-Telefónica, pero no conseguía nada.

—De acuerdo, vayamos a que volvió a recurrir al señor Azcárate —interviene Iturri redundando en el verbo con un ápice de ironía.

—Juan consiguió el interés de un grupo de inversión. Pero la valoración pre-money era muy baja porque el proyecto no acababa de arrancar.

—*¿Pre-money?*

—Sí. Lo que vale una empresa antes de cerrar una ronda de inversión. El negocio generaba pocos ingresos, muchos gastos mensuales, como les comenté anteriormente, así que en la ronda de capital y con esa valoración, la entrada del nuevo dinero suponía una reducción de nuestro porcentaje de capital muy importante para Juan y para mí: en mi caso significaba pasar del sesenta por ciento al tres por ciento. No tuvimos más remedio que aceptar porque, en caso contrario, significaba el final de la empresa. Ambos firmamos una cláusula en el pacto de socios que nos protegía frente a una dilución excesiva y que nos otorgaba un derecho preferente en la emisión de nuevas participaciones en cualquier nueva ronda de hasta el cincuenta por ciento del valor de la ampliación. Esto significaba que yo me diluía del sesenta por ciento al treinta y no al tres por ciento. Pero para ello debía aportar capital y ya lo había invertido todo. Juan había prometido hacerme un préstamo para evitarlo, dinero que le devolvería gracias a una futura venta. Pero, al

final, incumplió su promesa y yo me quedé casi fuera, aislada y sin poder de decisión. Juan me engañó por completo, no atendía mis llamadas telefónicas. Me presenté en su oficina y me negaron el paso. Finalmente, me arruiné y volví a Bilbao a vivir con mis padres. Hace seis años de esto. Y ahora he podido recuperarme y fundar una nueva *start up*.

—Y quiere dejar claro quién manda desde que entras por la puerta —afirma Iturri con ironía y continúa—. La pasada noche nos quedamos a escuchar el registro de llamadas del teléfono de Azcárate de aquella época. Insultos, amenazas, así es difícil que le franqueen una puerta y le permitan entrar en su oficina. En tres días, le realizó más de cien llamadas y doscientos veinticuatro mensajes de texto. Todos sin respuesta. Eso es acoso, ¿no?

—Entenderán que estaba desesperada, después de lo que les he contado. La totalidad de lo que había construido, con mi esfuerzo y mi patrimonio, amenazaba desmoronarse como un castillo de naipes. Y lo peor de esto es que a Juan le importaba un pimiento.

—Azcárate, por las entrevistas que hemos mantenido con amigos y familiares, era una persona atenta, educada, profesional y justa. Y por lo que yo veo —continúa Iturri— invirtió un millón de euros en la empresa cuando usted lo necesitaba, apartándose de la marcha del negocio, sin interferir para nada. Y más tarde, cuando su gestión no había dado los frutos adecuados, y seguramente prometidos, vuelve a pedirle ayuda. Mejor dicho, a implorarle ayuda. Y cuando este encuentra un grupo inversor que posiblemente se aprovecha de la mala marcha de su empresa y les hace una oferta que, de no aceptarla, supone el cierre de la misma, usted va y le pide un préstamo personal. Como tarda en aceptar y no responde a sus primeras llamadas de auxilio, lo bombardea telefónicamente, mediante cientos de mensajes de texto, algunos de ellos con tono dulce y cariñoso para asegurarse que le prestará el dinero y otros con amenazas, incluso de muerte, ante la falta de respuesta.

—No es tal como lo cuenta. Tiene que creerme.

—Lo siento, pero soy agnóstica.

—¿Ha estado alguna vez desesperada ante la perspectiva de perder todo lo que tiene al día siguiente?

—¿Hasta el punto de amenazar de muerte a alguien? —interroga Iturri mientras continúa—. ¿Ha sentido usted la muerte de Juan Azcárate?

—En absoluto. Ni frío ni calor. Ni siento ni padezco. Me es indiferente. Y esta charla ha terminado. Si quieren interrogarme o presentar cargos contra mí, vengan con una orden del juez —afirma con vehemencia, mientras se levanta.

—Gracias, señora Velasco, pronto tendrá noticias nuestras.

—Gracias a ustedes por hacerme perder el tiempo.

Cuando los inspectores abandonan su empresa, Marcela se apresura a descolgar el teléfono.

—¿Ya ha vuelto de Pamplona? tiene que darme la última información

35
RIDRUEJO

Ambos salen de la reunión convencidos de la hostilidad que Marcela Velasco profesaba a Juan Azcárate.

—Menuda tipeja —proclama Iturri.

—Y tanto. No me gustaría vérmelas con ella. Me ha recordado a cómo se llamaba aquella? !Ah, sí…! Glenn Close en *Atracción fatal*. Pero es tan trasparente su odio a la víctima que me hace dudar que ella sea la culpable.

—Esta tía, como habrás podido comprobar, es una estratega. El asesino no contemplaba la posibilidad de que el cadáver se descubriera. Lo dejó bien escondido en la sima. Y puede estar jugando sus cartas, que son precisamente mostrar aversión hacia el muerto. Cuando lo descubrimos y se hizo todo oficial, sabía que tarde o temprano iríamos a por ella.

—Lo que desde luego se merece es un interrogatorio.

Flores marca el número del comisario Ridruejo.

—Jefe, ya tenemos a la primera sospechosa en el caso Azcárate. Marcela Velasco. Ex amante y socia suya. Vamos a enviarle una citación para que declare como investigada, a ver si conseguimos que se ponga nerviosa, es un témpano de hielo.

—Ya estás tardando, Flores. Necesito avances ya —y cuelga.

—No aguanto más a este capullo, —gruñe Flores visiblemente molesto.

36
EL ÁTICO

Iturri y Flores entran en el ático de Juan Azcárate acompañados de varios agentes de la policía científica.

Buscan cualquier información que les conduzca a alguna pista para esclarecer el asesinato de la víctima.

El piso se encuentra impoluto por lo que no tienen muchas esperanzas de hallar marcas dactilares, aunque se proponen registrar y chequear todos los objetos del mismo.

El equipo de la científica se encuentra aplicando productos químicos para detectar los lípidos que deja la piel al contacto con las superficies y relieves. Están provistos de unas gafas especiales que les permiten visualizar las huellas ocultas. Las producidas por el sudor son en su mayoría agua y si no se recogen con rapidez se secan. Por el estado en que se encuentra, todo parece indicar que nadie ha entrado en él desde la marcha de Azcárate. La empleada del hogar les ha confirmado que la última vez que le vio fue la mañana de su partida. Era sábado y acudió para hacer la cama, limpiar y pasar el aspirador y coincidió con él mientras marchaba con una mochila para una larga excursión, según le dijo. Les comenta que el propio señor Azcárate era muy escrupuloso y se encargaba de mantener la casa impecable y que le había dado vacaciones por un mes, tiempo que estimaba permanecer fuera de viaje.

Con la policía científica analizando las huellas latentes que pudiera haber en la casa, Flores muestra interés por sus dispositivos electrónicos. La casa se encuentra robotizada mediante todo tipo de aparatos Bang & Olufsen.

Flores se detiene delante de un ordenador de pantalla plana de Apple, ubicado sobre una enorme mesa de acero y cristal, en lo que

parece ser el despacho personal de Azcárate e intenta conectarse.

—Joder, este capullo tenía instalado un sistema de reconocimiento facial para acceder —comenta en voz alta—. Que lo lleven ahora mismo a mi oficina y me pongo a analizarlo, a ver si puedo extraer la información de su disco duro.

Ambos inspectores abandonan la casa y se dirigen a las oficinas centrales de la BCI donde tienen instalada la sede con el dispositivo creado para esclarecer el caso. Los jefes les han dado vía libre para cualquier actuación que permita resolverlo lo antes posible y les han ordenado que abandonen todo lo demás que estuvieran investigando. Las presiones de todas las comunidades autónomas por donde transcurre el Camino de Santiago y la relevancia de Azcárate han convertido el suceso en objetivo mediático. Y la prioridad es resolverlo sí o sí.

37
TOR BROWSER

Iturri entra a las oficinas centrales de la brigada.

Ha estado todo el día interrogando a amigos y conocidos de la víctima. Va a buscar a Flores, al que no ha visto desde ayer por la noche, cuando llegaron a la oficina y se encerró con el ordenador incautado en casa de Azcárate, en su despacho. Tiene aspecto de haber dormido solo un par de horas en las últimas veinticuatro.

—Hola, ¿cómo vas con eso? Te traigo un café americano. Veo que lo necesitas.

Flores coge el café como un autómata, absorto en el ordenador y sin levantar la cabeza, comienza a hablar.

—El ordenador emplea Tor Browser, un navegador basado en Firefox y compatible con Windows, Android, Linux y MACos. El objetivo es poder acceder a Internet de forma anónima, sin dejar rastro. Utiliza lo que se conoce como enrutación anónima y bloquea las cookies y scripts y, por tanto, que las webs que visitas pueden obtener datos o información sin nuestro permiso.

—No puedo ayudarte, a mí este mundo profundo de Internet me resulta un enigma. Mi visión espacial es nula, ya te digo, nunca he podido completar el cubo de rubik.

Flores no sonríe a la broma porque ni siquiera la escucha. Lo observa tan concentrado que decide despedirse.

—Me voy al hotel, mañana temprano he quedado otra vez con Daniela Dwyre, la exmujer. La visitaré en su casa de Monteclaro. Cuando termine con ella, vendré aquí. Supongo que no te habrás ido.

—Sí, tiene pinta de que aquí estaré. —Levanta brevemente la cabeza a modo de despedida.

38
ETARACZA

—Buenas noches, estoy en Madrid. Acabo de volver de Francia

—Buenas noches, quería informarle que sus servicios ya no son necesarios y nuestro contrato ha terminado. Enviéme por whattsapp el importe pendiente y se lo abonaré en la forma habitual— contesta Marcela antes de colgar.

Se encuentra cenando un sándwich sentada en frente de su ordenador. En su oficina ya no queda nadie. Disfruta esos momentos de calma y soledad. Está acostumbrada a horarios de dieciocho horas de trabajo. Esta vez no está dispuesta a que el éxito y el dinero que conlleva, se le escapen.

Son las doce la noche y el último de sus empleados acaba de marcharse. Le ponen nerviosa tanto los que se van los primeros como los últimos, haciéndose ver y despidiéndose: los pelotas, en definitiva. Pero ahora tiene motivos para estarlo todavía más. Sabe que no va a ser la última vez que vea a los inspectores. Ha quedado mañana a primera hora con su abogado. Intuye que le va a llegar una notificación para declarar, casi seguro, como investigada. Pero está preparada, lo tiene todo bajo control. La última tarea que ha de realizar la va a hacer precisamente ahora. Entra en sus archivos y destruye la carpeta EtaraCZa. Es el apellido de Juan, pero al revés. Le puso ese nombre porque todos los movimientos, fotos y documentos que contiene son de un Azcárate en las antípodas de lo que la gente conocía y pensaba de él. El USB original lo tiene a resguardo en la caja de seguridad de un banco. Por si acaso.

39
DARK WEB

Idoia está durmiendo cuando le despierta el teléfono. Son las cuatro de la mañana, es Flores.

—Dime que has encontrado algo para despertarme a esta hora.

—Lo tengo, ven corriendo.

Entra en las dependencias de la Brigada y se dirige al despacho de Flores.

—No te lo vas a creer —comenta con la respiración algo acelerada —. Voy a comenzar desde el principio. Esto es muy fuerte.

Idoia le escucha atentamente.

—Azcárate encargó su propia muerte.

—¿Qué?

—Sí. Ayer te dije, cuando pude acceder a su ordenador, que utilizaba un navegador que no deja huella en Internet. Pero he conseguido recuperar varios archivos y he flipado. Hace tres años, Azcárate contrató a través de internet su propio asesinato y, además, he encontrado otros archivos con material pornográfico: sexo duro, transexuales, BDSM.

—Comienza con lo del asesinato.

—Internet puedes imaginártelo como un iceberg. Sólo un cuatro por ciento de la información accesible es visible. La mayor parte de los datos no se muestran a los navegantes. Esta parte oculta es lo que se conoce como deep web. Y si seguimos profundizando y descendemos niveles, nos encontramos con la *dark web*. Es esa parte de la deep web dónde los usuarios se mueven sin ser detectados y es utilizada por ciberdelincuentes para llevar a cabo todo tipo de actividades criminales. Es un lugar dónde no rigen las leyes. Se puede encontrar y comerciar con todo. Te descargas el navegador *Tor* y accedes a *The Hidden Wiki* que es el punto de

partida y es necesaria porque las páginas invisibles cambian constantemente de dominio. Puedes acceder a todo tipo de servicios ilegales: pornográficos, que pueden ser de pago o de libre acceso y donde la moralidad es un chiste, *hostings* que te permiten subir archivos ilegales, cuentas de PayPal robadas, lavado de dinero, instrucciones para guardar el anonimato y reforzar la privacidad de cualquier transacción, contratar hackers y también, claro está, encargar asesinatos, palizas, extorsiones… Y este tío —continúa— encargó su propio asesinato. Acojonante, mira que llevo veinte años en la profesión y nunca me había encontrado nada igual. Menudo *crack*.

—¡¡¡Qué!!! —contesta entre confusa y aturdida—. Y ¿cómo se encarga eso? —pregunta Idoia.

—Desembolsando un millón de euros.

Enarca una ceja y le mira sorprendida.

—Pagó la cantidad en criptomonedas. Como sabes, se trata de dinero digital que se puede emplear para comprar cualquier cosa. Este tipo de moneda no puede ser fiscalizado por los Estados y sus bancos centrales, ya que está alejada de esa estructura bancaria y las unidades monetarias se crean mediante lo que se llama «minas» y se pueden gastar como si fuera dinero normal y funcionan igual. Los compradores y vendedores utilizan carteras digitales en un sistema de cadena de bloques. Pueden enviar y recibir ciberdivisas, como la banca *on-line*.

—Pero ¿ningún banco examina las transacciones?

—No, todas las operaciones quedan registradas en las cadenas de bloques. Por ejemplo, si tú me envías a mí diez *bitcoins*, yo sabré que me has hecho ese pago específicamente, pero nadie más lo sabrá. La transacción se registra, pero las partes se mantienen anónimas.

—Entiendo. Lo puedes enviar a cualquier persona del mundo y nadie sabrá a quién se lo enviaste ni por qué.

—Exacto.

—¿Y cómo lo has sabido tú?

—Porque soy Flores, coño, y me habías contratado hace dos semanas para dar un taller en Pamplona sobre Delincuencia en la Red y Ciberseguridad, ¿lo recuerdas? —y se ríe por primera vez en varios días—. He podido descifrar la cadena de bloques y encontrar su contrato y transacción.

—A ver…

Idoia lee el breve contrato de muerte, firmado en octubre de 2016, hace tres años.

—¿Podríamos rastrear el destino?

—Es prácticamente imposible, ya ha pasado mucho tiempo. Si fuera reciente podríamos simular que somos Azcárate y quizás tendríamos fortuna, pero ahora, una vez ejecutado el contrato, imposible.

—Por lo menos, no le estafaron —admite Idoia sarcásticamente y con un punto amargo. Azcárate había comenzado a caerle bien tras haber interrogado a todo su entorno. Ahora está confusa y sorprendida con este giro dramático y algo surrealista—. ¿Y eso que me contabas de BDSM? *Bondage*, sado y todo eso?

—Eso es. Disciplina y dominación, sumisión, sadismo y masoquismo. Juegos sexuales que se enfocan en el placer que se alcanza al enfrentarse a situaciones como el poder o el control sobre alguien. Sólo el masoquismo o el sadismo implican dolor o sufrimiento como vía de excitación. En el *bondage* se siente placer al ser inmovilizados o inmovilizar a tu pareja durante la relación sexual.

—Un *50 sombras de Grey* pero en real.

—En este caso, eso mismo, pero a lo bestia. Este le daba a todo. Además hay evidencias —continúa Flores solemnemente—, de que quienes más disfrutan de las prácticas de estos juegos sexuales son aquellos que en su vida diaria son líderes en la toma de decisiones, tanto en los negocios como en su vida personal, presidentes y

directivos de grandes empresas, políticos que en el momento en que abandonan esa posición y adoptan otro rol distinto, de sumisión, disfrutan y se excitan con la adrenalina que les produce, por ejemplo, estar atados o recibir castigos físicos o psíquicos. Se suele comentar que muchos llegan a estas prácticas por haber sufrido algún trauma o abuso en su infancia.

—Pero no nos consta nada de esto de todas las entrevistas que hemos mantenido con los familiares, exmujer, amigos…

—Ya. Pero hay más. Además de todos los archivos que he conseguido encontrar con miles de fotos de estas prácticas sexuales, en las que la víctima también participa, he encontrado un borrador de carta dirigida a su exmujer y a su hija, donde confiesa su hastío por la vida, su desesperación y remordimientos, lo que completa el círculo que llevó a Azcárate a tomar la decisión de contratar unos asesinos a sueldo —asegura mientras mira a Iturri con sonrisa triunfal—. Toma, lee.

40
CASO CASI RESUELTO

Convocan una reunión con el resto del equipo que está adscrito al caso Azcárate.

Flores comparte su hallazgo. Las caras de asombro ante el giro del caso son evidentes. Gente hasta con cuarenta años de experiencia en el cuerpo de policía no se había encontrado nada igual.

Un empresario guapo, rico, de buena familia, con gran éxito en los negocios, que encarga su propia muerte a través de la *Dark Web* pagando un millón de euros en *bitcoins*.

Les explican el contenido de todo lo encontrado en el ordenador. Los archivos pornográficos, el contrato de su propia muerte y la carta en la que Juan Azcárate detalla su tortura psicológica y los remordimientos que le ocasiona llevar esta doble vida, de la que no sospechan sus seres queridos. En la misma se cuentan también sus viajes a Asia a la búsqueda de sexo extremo.

Iturri ha comprobado los flecos que faltaban y ha certificado con uno de los bancos del fallecido el cargo bancario de un millón de euros en su cuenta, con destino a un portal especializado en dinero digital, en la fecha del contrato. Y ha realizado una investigación que ratifica los largos viajes realizados al extranjero, las fechas y duración de los mismos.

Flores relata al resto del equipo, que a falta de concretar detalles al cien por cien, y por la evidencia de los datos encontrados, el caso se encuentra casi cerrado en cuanto a la resolución del porqué. El cómo, encontrar a los asesinos profesionales que contrató Azcárate, se les antoja una tarea francamente difícil.

41
SHOCK

Se encuentra devastada. No comprende quién ha podido matar a Juan y que, además, este lo hubiera encargado y menos todavía, lo que le han trasladado acerca de sus viajes a Asia, su sexo salvaje y su bisexualidad. Daniela pensaba que le conocía bien, pero desconocía esa cara oculta y eso la tiene traumada y desconcertada.

Cuando se reunió con la inspectora Iturri y el inspector Flores la primera vez estaba impactada y desolada por la muerte de su ex. Se preguntaba quién podía haber matado a Juan, desnudado y tirado al fondo de una sima. ¿Por qué? Pero en la segunda ocasión, cuando le informaron del cierre de la investigación y que el caso estaba resuelto, que Juan era más o menos un depravado y que había encargado su propia muerte, se quedó en shock.

Sabe que tuvo sus malos momentos, pero pensaba que, como todos, alguna vez pasamos por depresiones y oscuros pensamientos.

La última vez que le vio y le dijo que se iba de viaje durante un mes, como había hecho en otras ocasiones, y que quería desconectar y no se llevaba siquiera el teléfono, le había visto más relajado y feliz que nunca.

Daniela llora, pero sabe que tiene que ser fuerte porque el caso ha estallado en los medios. No solo en los telediarios sino en todos los programas. Tertulianos de los que nunca ha oído hablar, que lo mismo hablan de los problemas familiares de toreros versus tonadilleras y que a su vez son expertos en leyes y utilizan términos legales, sin ningún tipo de pudor, consultados rápido y mal en Google, se quitan la palabra para hablar de él como si lo conocieran de toda la vida. Ahora, todavía más, debe proteger a su hija Manuela.

42
EL LANDÓ

Flores e Iturri llegan al restaurante El Landó. Ángel y su familia les atienden con la amabilidad de siempre. Flores bromea en la puerta con uno de los hijos, condenado a sufrir de por vida por ser colchonero. Él es del Barça por lo que simpatizan en términos futbolísticos. En la mesa de al lado, está un famoso actor de Hollywood. Flores le cuenta a Iturri que no recuerda ninguna vez que no se haya encontrado a famosos internacionales cenando en este lugar. De hecho, las paredes del restaurante dan fe de ello ya que no queda un solo hueco para colocar una nueva fotografía. De ahí, la productora los lleva al Corral de la Morería o al Café de Chinitas, para que hagan un poco el ridículo en el tablao.

Han cenado comida tradicional española. Tomate en ensalada cortado estilo *carpaccio*, jamón ibérico, huevos rotos con patatas y merluza rebozada. No han parado de hablar, reír y coquetear durante toda la noche. Deciden ir a tomarse una copa al Válgame, el lugar favorito de Flores. Suben a un taxi. Se gustan, se atraen, pero nadie da el primer paso. Iturri se encuentra hablando cuando Flores, repentina y casi bruscamente, la silencia con sus labios. Le introduce un poco la lengua, lo suficiente para un primer beso. Idoia se sorprende al principio, pero se deja llevar, está disfrutando. Flores se aparta, sigue hablando, sonriente, como si nada hubiera pasado y es entonces cuando Idoia se abalanza sobre él y a partir de ahí, un beso encadena otro.

Flores cambia de destino e indica al taxista la dirección de su casa, Argensola veinticinco.

Suben en ascensor hasta el ático. Se besan con pasión. Idoia pone la mano en su entrepierna. Flores le levanta la falda, jugando con el

elástico de su tanga, lo aparta y lo suelta mientras se oye un chasquido. Le coge el culo con firmeza, le da una palmada. Se besan, se miran, sonríen, juegan.

Entran en la casa a duras penas, trastabillándose, entrelazados el uno con el otro. Se van besando y tocando por el pasillo a oscuras, solo iluminados por la poca luz nocturna que asoma por la terraza. Flores se desnuda precipitadamente y observa cómo lo hace Idoia.

Está excitado. Idoia le susurra:

—Fóllame.

Flores se deja caer sobre un sofá al fondo del salón, frente a un espejo enorme que cubre toda la pared frontal e Idoia se coloca suavemente encima de él. Comienza a moverse, primero lenta, luego más rápido. Le muerde el cuello. Flores no aguanta más. Como si Idoia lo hubiera adivinado, para de golpe, se gira sobre él y le da la espalda, de frente al espejo. Vuelve a moverse despacio, luego más rápido. Flores le coge los pechos desde atrás, le pellizca los pezones. La cadencia de sus movimientos es cada vez más urgente. Finalmente, no pueden más y tienen un orgasmo conjunto, profundo y prolongado, mientras se observan absortos y extasiados en el gran espejo.

Suben a la habitación, ubicada en el segundo piso del dúplex y vuelven a hacer el amor. Esta vez de forma más dulce y relajada. Al terminar, Idoia se acurruca sobre la espalda de Flores y estira las piernas bajo el edredón. Se encuentra feliz y relajada. Piensa en las dos últimas semanas que han pasado juntos resolviendo el caso Azcárate. Si hubiera tenido que apostar por un sospechoso, el boleto ganador se lo habría llevado Marcela Velasco. No recordaba haber visto una mirada con tanto odio destilado a través de sus cristalinos ojos azules cuando hablaba de la víctima. Pero no. Detrás de su fachada de triunfador y hombre de éxito, se escondía algún tipo de trauma psicológico que le llevó a tener todo tipo de relaciones sexuales sin control, a espaldas de su familia y de sus conocidos. Ni

sus íntimos amigos sabían de esa faceta suya.

Juan Azcárate, a pesar de venir de una familia acomodada en la que no le faltaba el amor de su familia y más tarde convertirse en un triunfador en los negocios que lo había llevado a ser una persona todavía más rica de lo que era, no encontró la paz interior que anhelaba. Si bien de cara al exterior transmitía una imagen modélica —ni sus exnovias, familia y amigos sospechaban de su doble vida—, a Juan le atraía acercarse a mundos oscuros donde poder dar rienda suelta a sus apetitos sexuales: sadomasoquismo, orgías, relaciones con transexuales. Viajes en teoría turísticos a Malasia, Filipinas y Tailandia durante semanas —siempre decía que le encantaba, de vez en cuando, viajar solo— que encubrían una inmersión sexual en el oscuro mundo de la prostitución asiática, con *ladyboys*, *shemales* y todo tipo de relaciones tanto homosexuales como heterosexuales.

Ese trauma le llevó finalmente a un estado mental de ansiedad y hastío con su propia vida, a sentirse una persona sucia y despreciable, que no merecía el amor de la gente noble y sana que le rodeaba y quería. En su mente se fabricó la idea de que no era digno de seguir con vida y que la única manera que tenía de purificarse era a través de su propia muerte. Iturri puede imaginar el dolor emocional que debió sufrir, tratando de ocultar esa faceta suya a todo su ámbito familiar, fabricándose una máscara inescrutable, día a día.

Es por ello por lo que encargó su propia muerte. Y hay que reconocer, piensa Idoia, que como publicista que era se organizó una muerte de película. A través de la *Darknet*, red que dominaba porque la utilizaba a menudo para sus perversiones sexuales, pudo indagar y contratar un grupo de asesinos que le aseguraban morir en un período entre uno y tres años desde el encargo, a cambio de una elevadísima suma de dinero. Los asesinos le aseguraron que sería una muerte limpia, que parecería un accidente, para no provocar escándalos innecesarios; cosa que no sucedió, porque su

muerte se ha convertido en un asesinato muy mediático, que copa todas las cabeceras informativas del momento. Hubiera sido más fácil quitarse la vida, pero a Juan, egocéntrico y un tanto snob, le habría parecido un acto intolerable de cara a su familia y amigos.

El registro y búsqueda en todos los dispositivos de la víctima y de su historial en Internet al principio no había dado ningún resultado. Hasta que Flores, que además de reputado criminólogo es un experto informático especializado en delitos en la red, pudo descifrar toda la información necesaria y encontrar todos los archivos donde se contenía toda la documentación necesaria acerca del encargo de su propia muerte.

Es curioso, que cuanto más relajado estaba, buscando probablemente una sanación psíquica y física, moral, a través de una peregrinación a Santiago de Compostela, le llegó la muerte. Quizás pensaba que, transcurridos casi tres años desde la contratación, o bien sus asesinos daban el encargo por prescrito, por no poder ejecutarlo cuando ellos pensaban o bien le habían estafado.

El sicario o sicarios, informados de su viaje, le habrían seguido en todo su periplo de Madrid a St. Jean de Pied de Port y habrían elegido esa primera etapa del camino como el escenario más propicio para cumplir su cometido y matarlo, ayudados por los parajes solitarios de la ruta en medio del salvaje monte. Y luego habrían planificado una fácil vía de escape a través de Francia, a escasos kilómetros del lugar donde cometieron el asesinato. Los allegados de Juan en lo único que coincidían es que en los últimos años había sufrido de manía persecutoria, sospechaba que le seguían, le vigilaban.

Mientras piensa todo esto observa a Flores, que duerme profunda y silenciosamente. Otro motivo para que le guste más.

43
HILO DENTAL

Se ha despertado algo temblorosa, con frío, no sabía bien dónde estaba hasta que se ha girado y visto a Flores que duerme profundamente a su lado. Se ha relajado al verle. Ha estirado sus piernas con pereza bajo el edredón y ha permanecido varios minutos en la quietud de sus pensamientos.

El vértigo de las últimas semanas con la investigación del caso Azcárate, que finalmente han resuelto ambos, y la atracción que ha ido surgiendo hacia su compañero y que ha desembocado en la noche de pasión vivida, le ha dejado exhausta pero feliz.

Recuerda y visualiza el sexo que tuvo hace escasas horas y no puede dejar de ruborizarse y sentir una repentina excitación que crece dentro de ella.

Se levanta sigilosa de la cama y se dirige al baño. Tiene su bolso en la parte de abajo y recuerda que cuando subieron al dormitorio lo hicieron por una escalera de madera con ruedas, de las antiguas que acercaban a los aviones en los aeropuertos: bonita y decorativa, pero muy ruidosa. Espera que en el baño tenga hilo dental y pasta de dientes. Ayer noche todo transcurrió de una forma tan repentina y urgente que no hubo tiempo de asearse, ni antes ni después, y necesita darse una ducha para entrar en calor y sentirse limpia.

Cierran cuidado la puerta del baño. El techo, como en muchos áticos, es abuhardillado, y tiene una gran ventana tipo Velux por la que entra la luz del amanecer. Adora la luz de Madrid, trescientos días de sol al año, comparados con los grises del norte, donde el ochenta por ciento del tiempo parece que una nube —ella le llama «una boina»— cubre las jornadas, unas tras otras.

Quizás sería el momento de pedir un traslado a Madrid, sonríe. No

sólo añora el clima, también el bullicio de la ciudad. El anonimato de las calles- todo lo contrario que en Pamplona, dónde todo el mundo se saluda y conoce todo de todos, aunque no sea verdad- conjugado con la simpatía proverbial del madrileño: al segundo día de tomar un café en un bar ya te consideran un parroquiano. Nada le ata a su ciudad a nivel emocional. A sus padres apenas los ve, viven felices en el pueblo. A nivel sentimental nada, cero. Y ahora se encuentra capacitada para dar un salto a nivel profesional y enfrentarse a otro tipo de casos criminales, que sólo puede encontrar aquí, en la capital de España. Pero tampoco quiere aparentar ser la típica pesada que después de lo ocurrido esta noche comienza a agobiar a su reciente amante. Ya habrá tiempo si esta relación va hacia delante. Los dos, intuye, son personas muy independientes.

Se da una ducha durante diez minutos con agua muy caliente. Adora quedarse tiempos muertos con las manos cruzadas en el pecho, sin moverse, bajo la alcachofa.

Sale y se mira en el espejo. Se seca el pelo. Sus pechos se mantienen firmes y erguidos, piensa. Su vientre firme, liso, con los abdominales marcados. Las piernas largas, estilizadas con sus gemelos torneados por el deporte. Se mantiene en plena forma a sus 45 años. También le ayuda no haber tenido hijos. Le hubiera gustado, pero le daba tanta pereza la idea de buscar un padre que lo descartó de su mente. Ya adoptará un perro o, mejor, un conejo toy, se vuelve a reír.

Busca el hilo dental, lo encuentra, se lo aplica. Observa su rostro reflejado en el espejo. Sus brillantes ojos verdes iluminan su cara, y todo lo que la rodea, incluyendo unas grandes ojeras. Necesita descansar más.

Busca una papelera y deposita la seda dental usada. Sobre el plástico amarillo que rodea la papelera, encuentra el resguardo usado de un billete de tren. Por su curiosidad innata, lo coge.

Salida MADRID-P.A

Llegada PAMPLONA/I
ALVIA 00602
COCHE 1
12/10/2019
Solo Ida

Idoia piensa en la fecha. Debe ser el billete con que Flores llegó a Pamplona para intervenir en las jornadas en las que participaba como ponente. Al día siguiente por la mañana tuvo lugar el hallazgo de la mano en Gabarbide. Luego le invitó a participar en la búsqueda que desencadenó el carrusel de acontecimientos en el que se han visto inmersos estas últimas semanas, tanto profesionales como emocionales. Sale silenciosamente del cuarto de baño. Baja al piso inferior a buscar su ropa. Mientras se viste repara en numerosas fotografías: Flores en lo que parece el día de su graduación, de niño en la escalinata de un colegio, con un grupo de amigos en lo que parece la sobremesa de un restaurante, recibiendo una condecoración del presidente del gobierno, con el Rey…

Coge sus zapatos y camina sigilosamente hasta la puerta con ellos en la mano, no quiere despertarle porque tiene que estar tan agotado como ella y quiere dejarle descansar. Sabe que pronto se verán. Una sonrisa ilumina su cara.

44
T4

Idoia se encuentra ahora en la T4. Ha ido al aeropuerto directamente desde la casa de Argensola. Tiene reservado un vuelo de Iberia operado por Air Nostrum a las 8.55 de la mañana con destino Pamplona.

Camina por la terminal hasta la puerta K93. Siempre la maldita última puerta —piensa.

Idoia aterriza en el Aeropuerto de Noaín, toma un taxi y se dirige a su casa, en la Plaza del Castillo, cerca de la estatua de los fueros y junto al Palacio del Gobierno de Navarra. Se recuesta en el sofá, le duele la cabeza. Está muy cansada, ha dormido muy poco en las últimas semanas y la pasada noche, tras su aventura con Flores, apenas pudo pegar ojo.

Se queda dormida. El teléfono la despierta. Flores la está llamando. Descuelga el teléfono.

—Idoia, pero ¿qué ha pasado? me tenías asustado —comenta Flores con un tono entre la preocupación y la broma.

—Nada grave, que me has dejado molida —bromea pícara.

—Y tú a mí —responde con tono seductor.

—La diferencia es que tú has dormido al menos tres o cuatro horas más. Ya te dije que tenía un vuelo muy temprano. Me hubiera quedado encantada, pero hoy es el cumpleaños de mi madre.

—Y saliste tan silenciosamente. Me hubiera gustado despedirte como mereces, inspectora. La próxima vez te detendré, te pondré las esposas y te dejaré anclada a la cama todo el fin de semana.

—Nada me gustaría más, Rafa… —él ríe con ganas—. Pero ahora he dejarte, tengo que ducharme y salir al encuentro de mi familia —suspira—. Hablamos luego, ¿vale?

—Estaré esperando tu llamada.

45
ONDARRETA

La inspectora Iturri tiene una inteligencia analítica fuera de lo normal. Posee una mente consciente que piensa, observa los datos, los recuerda, procesa y resuelve los problemas. Un cerebro como el suyo siempre duda ante cualquier situación, extrae y recopila información. Lo que te cuentan desde tu infancia, en tu educación, sobre la importancia del sentido común no es aplicable a una mente analítica. Se trata de un sentido subjetivo. Para Iturri, en el ejercicio de su profesión, no existe. Recuerda el ejemplo que puso su profesor en la asignatura de personalidad policial: el sentido común te dice que el sol gira alrededor de la tierra y así lo creía en la Edad Media el noventa y cinco por ciento de la población, pero si analizas los datos descubres que es justo lo contrario. Y recuerda que hace poco leyó una encuesta que establecía que un treinta por ciento de la población española es analfabeta científicamente y que un veinticinco por ciento creía todavía que es el sol el que gira alrededor de la tierra.

Se ha levantado con energía a pesar de ser lunes y haber viajado desde Madrid y dormido muy poco el fin de semana. En este caso concreto —piensa—, aunque sigan buscando al asesino o asesinos, todos los datos apuntan al cierre del caso. Pero un gran inspector también ha de tener instinto. E Iturri lo tiene. Siguiéndolo más allá de los datos y sin saber muy bien por qué, Idoia decide coger el coche y recorrer los noventa kilómetros que separan Pamplona de San Sebastián. Por el camino llama a la madre de Juan Azcárate y acuerda una cita con ella en su casa.

Conduce por la A15, la autovía inaugurada el año 1995 y que te permite llegar a Donosti en cincuenta minutos. Nada que ver con la

antigua ruta que recorría el puerto de Azpíroz, Betelu y Tolosa, que requería de una hora y cuarenta y cinco minutos, y que convertía el viaje familiar en una pesadilla de mareos y vómitos.

Antes de poder inaugurarse, rememora Idoia, la autovía fue saboteada por ETA con innumerables actos terroristas, amenazas a las empresas concesionarias, paquetes bombas y cuatro asesinatos.

Pasa por delante del Mirador de Azpíroz, un espectacular balcón panorámico, situado a un lado de la autovía y que tiene unas vistas majestuosas del Valle de Araxes y las Malloas. A la vuelta planea pararse y relajarse un rato observando uno de sus paisajes favoritos.

Pone un poco de música, Men at Work, su grupo favorito de los ochenta y tararea:

Living in a land down under
Where woman glow and men plunder
Can't you hear, can't you hear the thunder?
You better run, you better take cover…

Con la música del grupo australiano, llega a San Sebastián entrando por la Avenida de Guipúzcoa. Su destino es Villa Donosti, en Ondarreta, la casa donde vive Cristina Satrústegui, junto a la Avenida de Satrústegui, llamada así, según le comentó en su anterior visita, en homenaje a un bisabuelo suyo.

Tras la identificación de Juan Azcárate como la víctima aparecida en la ruta del Camino de Santiago y su posterior interrogatorio, no la ha vuelto a ver. Sí habló con ella por teléfono para comunicarle el cierre en la investigación del caso, que determinaba que su hijo había encargado su propia muerte.

Abre el portón y entra en la preciosa villa estilo vasco-francés. Accede por el florido jardín hasta la puerta principal, donde Cristina Satrústegui la está esperando mientras se fuma un cigarro.

—Inspectora, buenos días.

—Buenos días, señora Satrústegui.

—Puede llamarme Cristina, el «señora» no me gusta. A pesar de este cuerpo, que está como una pasa arrugada, y de mi altura —le dice que mide diez centímetros menos que cuando tenía treinta años — me siento joven en mi cabeza. Aborrezco a las señoras mayores que van a las cafeterías a merendar y a todos los viejos que se paran en medio de la ciudad a mirar las obras. Me dan tanta agresividad que voy por detrás y les asusto.

Idoia ríe.

—Cristina, ante todo quería darle mi pésame más sincero por la muerte de su hijo.

—Se lo agradezco —contesta mientras apura un cigarro con el que vuelve a encender el siguiente—. Fumo desde que tenía doce años. Me acostumbré a encender los puros a mi padre y ahí me quedé. Nunca he pisado un hospital. Mi hijo me insistió mucho cuando tenía cincuenta años para que lo dejara, pero pensé que el cuerpo ya estaba acostumbrado al humo y que, si lo dejaba, la palmaría. Como le pasó a mi marido que dejo el LM a los cincuenta. ¿Usted fuma?

—Yo lo deje a los veinticinco, espero que la maldición del humo no me vuelva a atrapar.

Cristina ríe y la bendice con su mirada.

—Me cae bien, tiene marcha.

—Quería hablar de su hijo, perdóneme.

—Vamos al grano, ¿qué quiere que le cuente?

—Conocerle mejor, dónde estudió, sus aficiones…

—Era un tío estupendo. Será amor de madre pero es lo que más quería del mundo. Cuando alguien osaba preguntarme si quería más a mi marido o a mi hijo, respondía: al primero me lo encontré en la calle, en un bar concretamente, el segundo nació desde dentro de mí. Siempre tuvo muchos amigos, disfrutaba del deporte, de jugar al fútbol. De pequeño estuvo a prueba para entrar en los juveniles de la Real Sociedad, pero su padre, que era muy estricto, no le dejó y le obligó a centrarse en sus estudios. Era muy extrovertido —continúa

—, pero también tenía un carácter independiente y reservado. Tenía muchos amigos, pero disfrutaba de la soledad.

—Vuelva a hablarme del colegio, la última vez me dijo que iba a un colegio de curas.

—Sí, un colegio de unos curas babosos. Como le comenté, mi suegra y mi nuera, que en paz no descansen, dos verdaderas arpías paletas, se empeñaron en llevarlo allí. Desde que lo llevé cuando era pequeño al jardín de infancia, que era como la precuela de los curas, no me gustaron ni muchas de las monjas, ni muchos de los curas, con esas sotanas rancias y llenas de lamparones. Y que conste que tengo un hermano cura, misionero en el Amazonas y que respeto la labor de los curas en el mundo, pero los que se quedan aquí, en un colegio, viviendo sin hacer nada, me gustan menos.

—¿Estuvo toda su infancia y adolescencia en el mismo colegio?

—Sí, hasta que terminó con dieciocho años y se fue a Deusto.

—¿Y fue feliz en el colegio? Porque como a usted no le gustaba, quizás se lo transmitió.

—A pesar de lo que le digo ahora y aunque soy transparente en mis emociones, procuré llevarlo con normalidad —admite a regañadientes—. Como la relación con mi familia política. Y cuando me tocaban las narices y estallaba, mi hijo nunca estaba delante. Recuerdo que tuvo una etapa en la que estaba menos feliz en el colegio, desde lo que era quinto o sexto de EGB hasta comenzar BUP. Con quince años ya lo volví a ver como siempre, con los amigos, haciendo deporte. Comenzó a salir y alguna vez llegaba con copitas, en definitiva, disfrutaba de la juventud y de la vida —sonríe con tristeza.

—Gracias, Cristina, debe ser difícil revivir esto.

—Lo es —contesta mientras su mueca se contrae en una sonrisa forzada y los ojos se tornan acuosos.

—Háble me de sus amigos.

—Tenía un grupo estupendo. La mayoría compañeros del colegio y

otros tres que conoció estudiando la carrera, en la universidad. Integró a los dos grupos y eran siete amigos que iban juntos a todas partes.

—Supongo que habrá hablado con ellos. ¿Qué les parece a sus amigos que Juan encargará su propia muerte?

—Estaban muy afectados. Les parecía inverosímil esta historieta. Sí es verdad que alguno me reconoció que siempre había sido algo excéntrico, pero que de ahí a hacer lo que hizo, pues no —niega con rotundidad.

—Pero las pruebas están ahí, Cristina —recalca Idoia—. Encontramos en su ordenador toda la información al respecto. Analizamos el pago que había realizado en criptomonedas tres años antes y sus extractos bancarios. Nuestros expertos de la Brigada de Investigación Tecnológica estudiaron y analizaron toda la operación y todo coincidía. Ese pago y ese contrato existió y existe. Está todo perfectamente documentado.

—¿Qué hace usted aquí entonces, dar el pésame a una vieja? —contesta arqueando una ceja.

—A pesar de las evidencias, dudar es mi naturaleza, Cristina.

—Mi hijo, tal y como me los expusieron en sus conclusiones tras la investigación, podría tener un lado oscuro, alguna adicción sexual, algún trauma que desde luego a mí me lo tenía escondido, pero le aseguro que era un ser de luz, inteligente y bueno, que amaba a su familia, a su hija y, por descartado, la vida.

Idoia se ha despedido de la señora Satrústegui. Se encuentra algo mareada. En tres horas de charla se ha podido fumar doce cigarrillos de Condal largo.

Se marcha pensando que la madre de Azcárate es una mujer extraordinaria a la que no le cuadran nada los motivos de la muerte de su hijo y si una madre conoce bien a un hijo, esta todavía le conoce mejor.

46
SALA DE CURAS

Idoia sale de la villa de la señora Satrústegui por Ondarreta y se dirige al vecino Igueldo, enclave magnífico desde donde se divisa la bahía de la Concha y toda la preciosa ciudad de San Sebastián, y lugar en el que se encuentra el colegio religioso donde el fallecido acudió en su infancia y adolescencia.

La carretera de ascenso es sinuosa y con cerradas curvas que la convierten en un lugar peligroso si se conduce sin precaución. Idoia recuerda que, cuando se encontraba estudiando la carrera, solían desplazarse a Donosti de fiesta y acababan en la discoteca KU, un lugar mítico en los ochenta.

Recuerda que estaba muy centrada en sus estudios y no salía tanto como sus amigos y compañeros de facultad.

—Sois más vampiros que personas —les decía.

Hoy en día, piensa mientras asciende con su coche, todo ha cambiado: los controles de policía, los test de alcoholemia y también el estilo de música acabaron con este tipo de discotecas y con la música electrónica. La ruta del bacalao es ya solo una borrosa imagen en la memoria de los de su generación.

Pasa por delante de la antigua KU, que es ahora un hotel boutique de lujo regentado por el famoso propietario del restaurante Akelarre, Pedro Subijana. Y muy cerca está el colegio de curas en el que Juan Azcárate pasó su infancia.

Accede a un parking, baja del vehículo y se queda un rato contemplando el majestuoso edificio. Gran amante de la arquitectura, reconoce el estilo del arquitecto, el mismo que tiene innumerables edificios en Pamplona, Víctor Eusa, obras de estilo neoclásico, grandilocuentes, donde combina el hormigón y el ladrillo

como materiales preferidos. También que fue el creador del antiguo Kursaal de San Sebastián. *Kur* significa en alemán «cura» y *saal*, «sala»: sala de curas, así que no cabía mejor elección para inspirarse y encargar el diseño y construcción de este edificio al mismo arquitecto.

Observa un gran grupo de niños en las escalinatas de acceso tomándose una fotografía. La escena le resulta ligeramente familiar. Espera unos segundos a que terminen y sube por las amplias escaleras centrales de piedra, deslizándose dentro por una puerta giratoria.

Se dirige a un habitáculo en forma de pecera con un letrero de madera en el que se lee «Portería». Comenta que tiene una cita con el padre Tellechea. La conducen por unas escaleras de mármol hasta una segunda planta. Caminan por un amplio pasillo y llegan hasta el fondo, donde topan con una puerta, con un rótulo serigrafiado con la palabra Rector.

Toca la puerta y le abre un hombre con sotana negra y alzacuellos. Alto, 1,80, rondando los ochenta años, con el pelo corto y rizado en la parte de atrás de la cabeza.

—Buenos días, inspectora.

—Padre Tellechea —saluda mientras le tiende la mano.

—Como son cerca de las dos, me he permitido encargar que nos sirvan un almuerzo aquí en mi despacho, mientras hablamos. Algo muy frugal.

—Gracias, padre.

Se trata de una estancia muy amplia, de unos sesenta metros cuadrados. Está decorada de forma austera pero elegante, con un amplio escritorio de madera de cerezo, tras el cual hay una amplia *boisserie* de la misma madera, con una fotografía de san Francisco de Asís en el centro.

En los laterales, unos cuadros con los retratos en óleo, adivina, de todos los rectores que han estado al frente del colegio desde su

fundación en 1947. El último de ellos, el del padre Tellechea.

En el centro, una mesa tipo sala de juntas, que hoy ejerce de mesa de comedor. En la cabecera y a la derecha de la misma se han dispuesto dos cubiertos para el almuerzo. Se sientan y una camarera uniformada les sirve como primer plato una crema de calabaza.

—¿Toma vino, inspectora?

—Generalmente sí, pero hoy no, he de conducir de vuelta y tampoco es que estén ustedes ubicados en el mejor camino de acceso —bromea intentando crear una atmósfera agradable.

Tellechea sonríe.

—Dígame, ¿en qué podemos ayudarla?

—Verá, acabamos de concluir una investigación de un asesinato, la víctima es un exalumno de aquí, Juan Azcárate ¿lo conocía?

—He visto toda la información del caso en los medios y la he seguido con atención. No solo le conocía, fui su profesor de Geografía e Historia durante tres años, hasta que terminó el colegio y se fue a Deusto. Traté a sus padres. Su madre es de una de las familias más ilustres de aquí y su padre venía de una que tenía mucho dinero. El bisabuelo había emigrado a Cuba a finales del siglo XIX y había vuelto rico y poderoso. Fundó uno de los principales periódicos del Guipúzcoa. Una gente encantadora y muy religiosa. La madre, en cambio, era un verso libre.

—¿Cómo era Juan?

—Un chico con un aura increíble. Mi asignatura le apasionaba. De hecho, solía decirme que le encantaría ser historiador, pero también que sabía que su padre no se lo iba a permitir, porque alguna vez que se lo había sugerido le preguntó si su aspiración máxima era ser profesor en una universidad o investigar y escribir libros que nadie lee. Era un chico curioso, por un lado, un líder; y por el otro, alguien que disfrutaba de la soledad, con mucha vida interior.

—Mire, vengo de la casa de la señora Azcárate y me ha comentado que, durante los años de colegio, en la época desde sexto de EGB

hasta primero de BUP, entiendo y corríjame en caso contrario, entre los doce y los quince años, le notó raro, algo huidizo y muy reservado.

—Lo desconozco, yo llegué de otro de nuestros colegios en Tudela, Navarra, al mismo tiempo que comencé a darle clase aquí, en Igueldo. Ya tenía quince años más o menos. Yo lo recuerdo tal y como le acabo de comentar.

Se encuentran degustando unos medallones de merluza a la romana con pimientos del piquillo.

—Entendido; por cierto, la merluza está deliciosa.

—Todas las mañanas el cocinero del colegio se levanta a las 4.30 de la mañana para conducir hasta la Lonja de Pasajes y comprar pescado fresco.

—Se nota, padre. Tras la comida, ¿sería tan amable de mostrarme el colegio?

—Por supuesto. Habrá un poco de ruido porque dentro de media hora los alumnos abandonan el comedor, salen unos minutos al patio y se dirigen a sus clases de la tarde.

—¿El colegio es mixto?

—Sí, pero cuando Azcárate estudiaba no. Debió de coincidir su salida del colegio, tras COU, cuando el colegio permitió la entrada de las niñas.

—¿Recuerda quiénes eran sus amigos?

—Sí, eran un grupo que iban juntos a todas partes.

—¿Y sus nombres?

—No tanto como eso, pero si me pongo a pensar seguro que sí.

Idoia se los muestra y el padre Tellechea los reconoce.

—Sí, esos son.

—Gracias, padre. Ya los interrogué en el marco de la investigación. ¿Algún otro con el que se relacionara?

—No, ese era su grupo, se juntaba con toda la clase, en verdad, pero creo que con estos hacia planes fuera de aquí y se iban juntos

en los viajes de fin de estudios a los que yo solía ir como coordinador; se reservaban los sitios en el autobús y compartían habitación.

—Gracias. ¿Nos damos ese paseo por el colegio? —propone mientras se levanta.

47
CATÁLOGOS

Tras finalizar el almuerzo, la inspectora Iturri y el padre Tellechea se disponen a dar una vuelta por el colegio. Descienden a la primera planta, donde se encuentra el cineclub. El cura le comenta que ya apenas realizan proyecciones, pero que treinta años atrás, en la época en la que Azcárate acudía al colegio, celebraban pases de cine que llegaban a competir con la cartelera local. Películas de Cantinflas, de Trinidad con Bud Spencer y Terence Hill, Louis de Funes. Hoy en día, también como antaño, solo se utiliza para representaciones teatrales y musicales con motivo de las fiestas colegiales.

Ya en la planta baja, se encaminan a la iglesia. Idoia se queda sorprendida de su tamaño y grandiosidad, con un espectacular retablo gótico que adorna y preside el altar mayor. A la izquierda, los bancos donde la escolanía del colegio canta durante las misas.

Abandonan el templo y se dirigen por un amplio corredor. Le llama la atención que ambas paredes del pasillo están repletas de cuadros con fotografías de alumnos.

—Es tradición, que desde el año de la inauguración del colegio a los alumnos que cursen su último año, el PREU, el COU o lo que es ahora segundo de bachillerato, les realicen una fotografía para enmarcar la orla de toda la promoción.

—¿Me podría enseñar la de Azcárate?

—Sí, claro. Mi memoria ya no es tan buena, pero cuando me avisó de su visita me informé. Es de la promoción 1985-1986. Por aquí.

Se paran delante de un cuadro enmarcado con la fotografía de unos ciento cincuenta adolescentes de los ochenta. Todos ellos van con corbata y ordenados por los apellidos, alfabéticamente;

Azcárate, obvio, es de los primeros. Lo localiza. Tiene melena, con medio flequillo que le resbala sobre la frente. Desprende una mirada soñadora, un aire romántico.

—¿Podría hacerme una copia de esta orla?

—Claro, inspectora, me he adelantado y he mandado que le preparen una. Cuando salgamos, en la portería tiene un sobre a su nombre.

—Padre, cuando estaba entrando en el colegio, tuve que esperar un rato porque había un grupo de jóvenes, unos cuarenta, supongo que era toda una clase entera, a los que estaban realizando una fotografía, todos ellos formando en la escalera de la entrada.

—Ah, se trata del catálogo del colegio. Es otra tradición que se remonta a la década de 1960, cuando se decidió realizar un catálogo escolar con las fotografías en grupo de los alumnos, de todos los cursos, con sus direcciones, teléfonos y nombres de sus padres en la parte trasera del mismo, como un anexo; le puedo dar uno ahora, el de este año ya no incorpora las direcciones ni teléfonos, ahora todo es más complicado, muchos padres no quieren ceder sus datos y sin su consentimiento no podemos publicarlos.

—Sí, la ley de protección de datos llevada al extremo. Nosotros, por culpa de esta maldita ley no hemos podido acceder hasta hace bien poco a la base de datos del DNI para cotejar huellas dactilares de personas desaparecidas. En fin ¿me podría preparar copia de los catálogos escolares en los que aparece Azcárate?

—Eso me llevara más tiempo; deben ser trece o catorce ejemplares. Y de los más antiguos, solo tenemos uno o dos que guardamos en nuestra biblioteca. Puedo ordenar que le hagan copias y se los envíen, pero tardaremos unos días.

—Gracias, padre, se lo agradezco. Aquí le dejo mi tarjeta con el teléfono y mi dirección.

De repente, pasan unos niños y niñas corriendo por el pasillo que casi les atropellan. Ni se disculpan. No puede dejar de pensar en

Azcárate y algo tiene claro a pesar de su expediente y muerte: seguro que sus amigos y él eran más educados.

48
OXÍMORON

El caso oficialmente casi está cerrado. Seguirán buscando al criminal o criminales que acabaron con la vida de Azcárate, pero ella ha seguido investigando por su cuenta, por instinto, porque algo no le cuadra en esta historia.

La víctima encargó su propia muerte hace tres años. En este tiempo y tras las comprobaciones realizadas por Iturri, Azcárate no había realizado ningún viaje de turismo sexual.

Su entorno familiar le veía centrado y más feliz que nunca, sobre todo en el último año.

Aunque todos consideraban a Juan una persona encantadora, sí es verdad que alguno de sus amigos y su exmujer habían reconocido que, de vez en cuando, desaparecía largos períodos y ellos lo achacaban a su peculiar personalidad, que conjugaba momentos de vida social con otros de soledad y retiro.

Siempre había sido así. De hecho, tal como le comentaron, él mismo solía definirse como un oxímoron: social y solitario, locuaz y reservado.

Y, además —piensa Idoia—, que su último viaje fuera realizar una peregrinación a Santiago es un detalle que implica, como mínimo, que estaba buscando un ambiente propicio para la reflexión, el acercamiento y una desconexión de la vida cotidiana y de sus problemas.

También ha pensado en la posibilidad de que Azcárate se hubiera olvidado de su contrato o que pensara que este había caducado o simple y llanamente, que le habían engañado. Y que, el asesino o asesinos le siguieran y mataran en esa primera etapa del camino porque vieron un lugar propicio para hacerlo desaparecer y cumplir

su encargo, no deja de ser una paradoja de la vida, porque coincidía con el mejor momento personal y espiritual de Azcárate. Le había llegado su hora cuando él menos lo quería.

Idoia había vuelto a entrevistarse con todo su entorno, sus amigos, su madre, su ex, el rector del colegio y no entiende qué pudo llevar a Azcárate a ese precipicio de su moral, a un mundo sexual oscuro, que sus allegados no solo desconocían, sino que ni siquiera imaginaban. ¿Cómo una persona brillante, admirada en su trabajo, por la competencia, sus clientes y empleados y tan querida por su círculo familiar pudo llegar a tales extremos? ¿Qué demonios acechaban en su mente?

¿Por qué, un hombre extraordinariamente educado, que lo tenía todo, no había optado por tener una conversación con algún amigo o su exmujer, confesándoles su particular Leviatán? ¿Por qué no había acudido a la consulta de un psicólogo? Pero, sobre todo, ¿por qué alguien como él es capaz de encargar su propio asesinato? No le llega a cuadrar la teoría oficial del caso que era debido a su carácter snob, que para él todo era arte, incluso la forma de morir y que un suicidio era impensable para alguien como él.

Todo eran preguntas sin respuesta en la cabeza de la inspectora.

49
JÚPITER

La urbanización de Monteclaro se encuentra en el noroeste de Madrid. Fue construida en los años sesenta por la constructora americana Levitt. La mayoría de las viviendas están inspiradas en las icónicas urbanizaciones americanas con jardín y vallas blancas de madera, que pueblan gran parte de los elegantes suburbios de los Estados Unidos de América. Se encuentra entre Pozuelo de Alarcón y Majadahonda y puede darse el caso de que un número de una calle pertenezca a un municipio y el siguiente a otro.

La casa de Daniela, según la recuerda Iturri, está lejos de ese estereotipo inicial, dado que es un chalet totalmente reformado sobre el original. Tiene la ventaja de tener una gran privacidad porque se encuentra en la parte más alejada de la entrada principal y su parte trasera linda con el monte raso. Además, Azcárate compró en su día las dos parcelas adyacentes con el objetivo de no construir nada y disponer de un jardín enorme donde habían plantado naranjos, limoneros, mimosas y sauces llorones y construido una enorme piscina en cuyo centro habían plantado un Júpiter, un pequeño árbol que puede alcanzar los cuatro metros de altura, de hoja verde brillante en verano y de color rojizo en invierno.

«Un oasis a escasos minutos de Madrid con colegio y club social y deportivo», en palabras de Daniela.

Iturri para el coche en la garita de seguridad y enseña su placa. Comenta a los guardias que tiene una cita con la señora Dwyre. Conduce por la avenida de Monteclaro unos quinientos metros, gira a la derecha, luego a la izquierda y llega a un callejón sin salida que se abre a una pequeña plazoleta, donde la única casa es la de Daniela.

En el exterior no hay ningún coche. Saca la pistola de la guantera y

la pone en su funda sobaquera acoplada al hombro. A ella le gusta llevarla así y no en el cinturón. Le parece más cómodo, práctico y menos evidente.

Pulsa el interfono y nadie contesta. Lo vuelve a intentar sin respuesta. Pasan pocos minutos. Llama al teléfono de Daniela y está apagado. Mira su última conexión de whatsapp y es de hace cinco horas, un poco después de la hora en que la llamó desde Pamplona diciéndole que quería reunirse y hablar con ella. Desde ese momento ha tardado cuatro horas y media en coche en llegar a la puerta de su casa, más o menos a la hora en que habían quedado verse en la casa. Daniela le había comentado, además, que no pensaba moverse de ahí.

Observa el exterior de la residencia. Tiene un muro alrededor de unos dos metros y medio de altura, revestido de abeto y con una alambrada en el interior de los arbustos.

En el coche siempre lleva una caja de herramientas a la que alguna vez ha tenido que recurrir en situaciones de urgencia. Abre el capó, rebusca y encuentra unas tenazas.

Rodea la casa buscando un lugar propicio para poder acceder y finalmente encuentra un pequeño hueco, a ras de suelo, donde el abeto se ha erosionado, quizás debido al levantamiento de la tierra por la humedad y a la acción de algún perro vecino. Se tumba y comienza a realizar cortes simétricos, consiguiendo abrir un hueco en la reja que le permite deslizar su enjuto cuerpo dentro del jardín. Se levanta y observa que se encuentra a unos cincuenta metros de la casa.

Son las siete de la tarde y ya está muy oscuro. Se acerca y no ve luz alguna. Da un rodeo. Todo está en silencio.

El porche frente a la piscina está en penumbras. Los amplios ventanales están cerrados y protegidos por unas contraventanas de madera verde, de rejillas de las que permiten traspasar la luz, pero no observar el interior.

Recuerda que en uno de los laterales de la casa había una segunda entrada que daba acceso a la cocina, una puerta de servicio, por la que, en su anterior visita, salieron al jardín.

Encuentra la puerta. Es de esas antiguas que tiene un pomo de metal con el cerrojo de seguridad en el centro. Su instinto le dice que algo no va bien y decide forzar la entrada de la casa. Prueba a empujar con su hombro y luego mediante patadas y aunque la puerta cede algo, no lo consigue. Debe tener dentro otros cerrojos de seguridad por dentro, piensa.

Mientras descansa, alumbra con la linterna de su teléfono móvil los muros de la casa y descubre una pequeña ventana de cristal que seguramente funciona como respiradero. El problema es que se encuentra a una altura de dos metros y tiene que buscar algo para llegar hasta allí. Recorre la parcela, hasta dar con una pequeña cabaña de madera, de las que se utilizan para guardar los utensilios para el jardín y la piscina y las herramientas de bricolaje. Se hace con una escalera plegable de metal. La transporta y apoya en la pared de la cocina y trepa por ella.

Saca la pistola de su funda, se quita el jersey que lleva y se lo anuda al brazo y a la mano. Comienza a golpear el cristal y este se hace añicos. Cierra los ojos para esquivar como puede las esquirlas que saltan por los aires. Se asoma. A través de su linterna puede ver, debajo de ella, una encimera de un metro de ancho. Si introduce la cabeza por la ventana y deja caer su cuerpo, corre peligro de hacerse mucho daño y romperse los dientes o, en el peor de los casos, desnucarse. Valora todas sus posibilidades y decide trepar por la escalera en sentido contrario y ascender por la misma con las manos abajo y los pies arriba y poco a poco, con la fuerza y el impulso de sus brazos, ir ascendiendo los peldaños de la escalera, cual funambulista de circo, hasta poder introducir los pies en el hueco e impulsarse hacia dentro del mismo.

Ya tiene medio cuerpo en el interior, se balancea y consigue entrar,

apoyando sus manos en el quicio de la ventana, dejándose deslizar, con paciencia y suavemente, hasta caer sobre la repisa de la cocina que vio antes. Una vez dentro, se sienta en un taburete mientras acompasa la respiración. Toda la casa está a oscuras. Alumbra y sale de la cocina. Pasa a través de un *office* y ve una puerta al fondo. La abre. Hay dos puertas a su derecha. La primera es una habitación y la segunda un cuarto de baño. A la izquierda, un amplio pasillo de unos diez metros de largo, con otra puerta al fondo. Lo recorre. La pared derecha es una hilera de armarios empotrados. Llega a una amplia estancia y reconoce que se encuentra en el *hall* de entrada de la casa. Se dirige a abrir la puerta principal desde dentro, cuando siente un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza, que nubla su visión mientras se desploma al suelo inconsciente.

50
CULPA

Todo está muy oscuro. Cuando recobra la conciencia, se da cuenta de que se encuentra atada a una silla. Le duele mucho la cabeza. Siente un líquido caliente y pegajoso. Es la sangre de la herida que mana desde su sien y se desliza por el cuello. Abre los ojos lentamente y está así un rato, tratando de acostumbrarse a la oscuridad.

Reconoce donde se halla. Es el amplio salón en el que se entrevistó con Daniela en su primera y única visita a la casa. Enfrente cree distinguir un bulto en el suelo. De ese mismo lugar provienen unos suaves gemidos. De forma repentina, una luz alumbra levemente la habitación.

Alguien ha encendido una cerilla y una vela se prende. La estancia se ilumina, lo suficiente para reconocer una persona, un hombre, que eleva la vela hacia su rostro e Iturri confirma la peor de sus sospechas: Flores.

—Hola, inspectora, espero no haberte hecho daño.

Iturri trata de moverse en su silla, pero advierte que está firmemente atada de pies y manos.

—Si te duele la cabeza, no te preocupes. Te dolerá más y la pérdida de sangre hará que poco a poco te vayas mareando y perdiendo la consciencia. Pero no te preocupes, no conocemos nuestro cuerpo hasta que lo forzamos al extremo.

—¿Cómo has podido llegar a esto, Flores?

—No te pongas melodramática. Si hubieras dejado todo como estaba, con el caso casi cerrado, lo nuestro podría haber funcionado. Me gustabas y, de hecho, me sigues gustando.

—Me das asco.

—Hace unos días no te lo daba. Me acuerdo de tus gemidos —

Flores emite unos gemidos de placer, simulando un orgasmo.

—Estás enfermo.

—¿Enfermo? ¿Y quién no lo está? Azcárate lo estaba. Tú lo estás. ¿Acaso no has tenido un novio desde hace veinticinco años? ¿No es rarito eso? Y de repente, ¿te gusta uno como yo? ¿Cómo dijiste? ¿Enfermo? Todos tenemos nuestros problemas ¿sabes? Los míos comenzaron muy pronto, cuando nací en el seno de una familia sin futuro, vulgar, servil. Una familia así, como la mía, es como estar huérfano. Y, ya sabes Iturri, la orfandad provoca inmadurez emocional. Eso soy yo, un inmaduro.

—No me das pena.

—Espera, espera, que no te he contado todas mis desgracias. Vamos paso a paso, querida, que estoy disfrutando. En primer lugar, ¿cómo averiguaste que conocía a Azcárate? Sé que estuviste en el colegio, una vez cerrado el caso, pequeña estúpida. En lugar de dejarlo todo quieto y perfecto como estaba, tuviste que estropearlo. Quizás ahora mismo estaríamos haciendo el amor.

Iturri lo mira con desprecio.

—Dudar forma parte de mí y de mi profesión, Flores, y también de la tuya, ¿no? Si es que tenías alguna. Cuando encontré un resguardo de un billete de tren en la papelera de tu baño no le di importancia. Lo leí sin fijarme bien en los detalles de la fecha. Me debieron bailar los números. Veintiuno y doce de octubre. Pero debían rondar en mi mente, porque cuando volví a Pamplona mi interior decía que algo no cuadraba. Por eso debí seguir investigando por mi cuenta. Y acabé en el colegio en el que estudiaste con Azcárate. De camino hacia aquí, ya con más información, intenté comprender el motivo por el que habías estado en Pamplona diez días antes de venir para la ponencia y por qué. En nuestra primera cena en Burguete, me comentaste que llevabas casi treinta años sin venir a Navarra. Pero hasta hace muy poco no podía creer que tú estuvieras realmente involucrado en esto. Un reputado inspector de policía. Quería pensar

que quizás la mentira obedecía a que tenías una amante en Pamplona y que eras el típico capullo que prefiere callar o contar pequeñas trolas para conseguir otro polvo. Ojalá hubiera sido así. Un capullo más. En lugar de lo que me encuentro y lo que realmente eres, un capullo integral. Además de, entiendo, ¿un vulgar asesino?

Flores le lanza un croché con su derecha que impacta en su pómulo izquierdo y tumba a Iturri junto con su silla. Está en el suelo semiinconsciente y siente la sangre fluyendo por la comisura de sus labios. Se atraganta y tose. Flores la levanta y la coloca en la posición anterior.

—Perdona, inspectora, lo siento —dice con voz burlona—. Desde pequeño he tenido un pronto terrible, lo que pasa es que con el tiempo he aprendido a controlarlo, pero he de confesar que es más difícil hacerlo con aquellos con los que tienes confianza, con los que más quieres, ya me entiendes —comenta irónicamente.

Iturri le mira, pero no puede hablar. Cree que tiene rotos un par de dientes.

—¿Asesino, decías? La verdad es que eres lista, pero no tanto como crees. Si lo fueras, hubieras dejado ese papelito en la papelera. Si no hubieras sido tan curiosa o, mejor dicho, cotilla y no hubieras hurgado en mis cosas ahora estaríamos *in love*, disfrutando de la noche madrileña, haciendo excursiones por tu tierra y quizás hasta nos hubiéramos animado a hacer unas etapitas del Camino de Santiago el año que viene. Es año Xacobeo como dijiste y nos perdonarían todos nuestros pecados. Pero he de reconocer que disfruté mucho contigo este tiempo. Cuando me llegó la invitación al taller del veintiuno de octubre todavía no me había cargado a Azcárate, pero ya sabía sus planes y lo que tenía que hacer. Y pensé, vaya, no he estado en Navarra desde hace treinta años y ahora se me van acumular las visitas. Y la verdad, Iturri, qué casualidad, estoy en Pamplona y aparece el cadáver. Hubiera preferido que no encontráramos nada, que el cadáver se pudriera y fueran devorados

sus restos por las alimañas, pero las muy glotonas se adelantaron y se llevaron la mano de paseo, aunque no les debió gustar mucho, lo entiendo, y apareció ese maldito perro de caza. Parece una conjunción planetaria. Y luego se presenta la perfecta inspectora Idoia Iturri, que busca y encuentra. Tocando las pelotas —se ríe—. Y claro, averiguaste que Azcárate y yo habíamos ido a la misma clase y que yo estaba en Navarra en las fechas en que fue asesinado y pensaste: ¡equiliquá!. Y acertaste. ¡Qué lista! Pero te crees que sabes todo y no.

Iturri comienza poco a poco a recobrar sus sentidos. Le duele la cabeza, la boca y media cara. Además, esta sorda del oído donde recibió el puñetazo de Flores, pero puede escuchar lo que dice.

—¿Te acuerdas de la carta en la que Azcárate, ese pobre desgraciado, confesaba sus traumas y adicciones? La que encontré en el ordenador. La tuve que modificar un poco. La original es mejor.

Iturri le está observando fijamente. No sabe si él ha podido vislumbrar su gesto de asombro. Quizás no ha podido percibirlo, dado que su rostro está cubierto de sangre, amoratado y deformado por la hinchazón.

Flores extrae un sobre del bolsillo interior de su chaqueta. Lo abre y saca una carta que comienza a leer con un tono sarcástico:

Querida Daniela,

Hacía mucho tiempo quería conversar contigo, pero nunca he tenido el valor de hacerlo.

En esta sociedad vivimos mirando hacia delante, pero nada tiene sentido hasta que volvemos la vista hacia atrás. Y lo que veo es una familia que lo dio todo por mí y a la que yo di la espalda, y no por el amor que siempre he intentado daros sino por mi doble moral. Y es ahora cuando me doy cuenta, quizás demasiado tarde, de que no puedo recuperar mi vida, pero sí mi paz interior. He visto y disfrutado las dos caras de la vida, la de color y la otra. Demasiadas veces he caído en un pozo negro y profundo, pero quiero levantarme

y no volver a entrar en él.

Vivir o morir, no sé cuál de los dos verbos tiene más sentido para mí. Pero sí tengo claro que es mejor morir que vivir moribundo. Por todo ello, elijo vivir en mayúsculas, siempre que pueda recuperar vuestro respeto y obtener vuestro perdón, después de hablar con vosotras. Daniela, es mi intención, a la vuelta de este viaje de peregrinación, hablar personalmente contigo y con Manuela. Sois la única familia que tengo, junto a mi madre y mi hermana y no quiero que nada ni nadie se interponga entre nosotros. Por si me pasara algo en este tiempo y no pudiera mantener esa charla con vosotras, quisiera comentarte que te he nombrado albacea testamentaria y que todos mis bienes son para vosotras dos; esta carta estará en poder del notario que se encargará de todo lo relativo a la partición de mi patrimonio. Me encantaría que no la estuvieras leyendo ahora, sino poder ser yo el que te expliqué todo esto.

No sé cómo empezar.

Cuando tenía once años recién cumplidos, un cura de mi colegio, el hermano Urdanibia, abusó sexualmente de mí durante algo más de dos años. No me digas por qué, pero lo permití. He pasado tres cuartas partes de mi vida intentando analizar lo que sucedió aquel día concreto y los siguientes. Siempre me has dicho que soy una persona segura y valiente, pero no sé si por miedo o vergüenza dejé que pasara, además de ser solo un niño en esos momentos. Creo que preferí ocultarlo en lo más recóndito de mi mente, obviarlo y esconderlo.

Me aterraba todavía más que cualquier compañero del colegio lo descubriera. Temía la publicidad que ello atraería y que me perseguiría durante toda mi vida. Al tiempo descubrí que otro compañero del colegio, de mi curso, también estaba sufriendo lo mismo. Nos solíamos encontrar por las escaleras, cuando él subía y yo bajaba o viceversa. Al principio, nos cruzábamos nuestras miradas, pero con el paso del tiempo desarrollamos una especial

sintonía, primero mediante sonrisas forzadas y miradas huidizas y luego de comprensión: ambos sabíamos lo que sentía el otro. Con el paso del tiempo, solíamos quedar fuera del colegio: yo ya tenía mi grupo de amigos y él era más solitario, más huraño. Pero como te he dicho teníamos una química especial por todo lo que estábamos pasando. Si pudiera definir nuestros caracteres de aquel momento, yo era más ingenuo y confiado (a pesar de lo que estaba viviendo) y él más decidido, con una personalidad arrolladora y algo perversa.

Cuando al fin rompimos el hielo y comenzamos a hablar de lo que nos sucedía, él comenzó a fantasear con la idea de matar a Urbanibia y acabar con nuestro problema. Lo que al principio comenzó como una broma fue cogiendo forma y comenzamos a desarrollar una idea de cómo llevarlo a cabo. Su padre trabajaba en un laboratorio químico y no me preguntes si es por ello o por otro motivo, conocía todas las clases de venenos. Así que preparamos nuestro plan.

Al hermano Urdanibia, cuando llegábamos al despacho, le gustaba llevarnos al cuarto de baño para asear nuestros genitales mientras los acariciaba. En ese momento, entraría el otro aprovechando que su cuarto estaba vacío y vertería el veneno en su jarra de agua. Después de cada sesión de sexo, el cura se bebía dos vasos de agua casi de un trago.

Solo faltaba elegir la toxina necesaria para llevar a cabo nuestro propósito. Al final, no me dijo cómo, consiguió fluoroacetato de sodio, que se utiliza como rodenticida, el matarratas de toda la vida.

Su ventaja era ser soluble al agua e inoloro. Tampoco tiene sabor, bloquea el metabolismo celular y provoca una muerte rápida y dolorosa. Así lo hicimos y mientras yo estaba dentro en el cuarto de baño con el cura, mi compañero se introdujo sigilosamente y vertió el veneno en el agua. Como siempre, cuando llegó el momento la bebió. Yo salí y me encontré agazapado en el pasillo a mi colega, que insistió en que esperáramos. Esperamos diez minutos

escondidos, nos acercamos a la puerta y comenzamos a escuchar unos sonidos extraños, como estertores. Él insistió en entrar, se asomó y me miró después con una sonrisa diabólica. Yo salí corriendo y recuerdo que luego me dijo que había asistido con satisfacción a observar cómo se retorcía el cura en el suelo.

Fue la última vez que hablamos.

Más adelante se nos informó en el colegio de que el hermano había fallecido de un infarto. Comprendimos que creyeron esa versión o sospechamos también la posibilidad de que las altas esferas del colegio habían intentado tapar el caso quizás en connivencia con las autoridades locales. Seguramente sabían de la verdadera naturaleza de Urdanibia y sus vicios y no querían que se creará un escándalo. Aparte de nosotros dos es muy probable que hubiera habido más víctimas en años anteriores. Y en esa época, la Iglesia contaba con un poder político muy importante, todavía más en provincias y ciudades pequeñas.

Mi compañero de crimen, sí, de crimen, Daniela, porque siempre me he sentido un asesino, dejó el colegio al final de ese año.

Yo con mucho esfuerzo me volví a convertir, cara a la sociedad, en ese chico alegre y resuelto al que todo salía bien tanto en los estudios como en el deporte. Pero era pura fachada. Las heridas seguían abiertas y eran profundas y tras la universidad, en Madrid empecé a llevar una doble vida que estuvo presente en mí durante grandes etapas de mi vida. Eso sí, en los cuatro años que estuve contigo y con nuestra hija que son los más felices de mi vida, me mantuve al margen de todo ello.

Esos viajes que realizaba a Asia durante el mes de agosto escondían una necesidad de tener relaciones sexuales a todas horas con todo tipo de gente. Lo siento, Daniela. Ni siquiera sé si puedo justificar esto debido a mis abusos en la infancia. Lo he vivido como una tortura y nunca me he atrevido a ir a un psicólogo a soltar esto. También por motivos obvios, porque cometí un asesinato, lo que me

ha atormentado de por vida. Y la vida paralela que he llevado me mortifica también. Quiero liberarme de estos demonios. Quiero purificarme y vivir el resto de los días felizmente, si puede ser y se me perdona, cerca de mis seres queridos.

Pero todo esto no acaba aquí. Hace tres años alguien apareció en mi vida. Al principio, no lo reconocí, pero luego, al observarlo, vi que tenía una mancha rojiza debajo del ojo izquierdo, un angioma de nacimiento, y lo recordé al instante: Rafael Sánchez-Pacheco Flores, mi compañero de colegio, abusos y crimen. Yo no sabía nada de él, pero él sabía mucho de mí. Me enseño su placa y me dijo que era inspector de policía. Y me habló sin rodeos. Siempre, según dijo textualmente, le gustaba estar informado de sus compañeros del pasado y del presente, seguir sus éxitos o fracasos, sus relaciones personales, porque la información es muy útil para cualquier propósito y ser policía le ayudaba a ello.

Sabía de mis viajes a Asia y de mi doble vida sexual. No sólo eso, tenía videos y fotografías y estaba dispuesto a enviároslas a Manuela y a ti, a mis amigos, a mi madre. Si quería su silencio y la destrucción de las pruebas, debía pagarle un millón de euros. En criptomonedas. Lo tenía todo perfectamente planeado. «Ya es hora de comprarme un ático en un sitio de los de tu clase, Azcárate», me dijo. Y accedí. Me entregó todo, lo destruí y él desapareció.

Pero durante estos tres años, como te contaba al principio de la carta, he aprendido a mirar hacia atrás y ver lo verdaderamente importante que sois vosotras y también observar todos los errores que he cometido para tratar de enmendarlos.

Basta ya de huir hacia delante.

Es por ello por lo que ahora me voy a un viaje de reflexión y contrición. Y a la vuelta quiero hablar con vosotras porque me gustaría confesar el crimen que cometí cuando tenía 13 años; aunque ha prescrito me da igual, siento la necesidad de hacerlo. Del soborno al que accedí para que no se desvelara mi secreta vida

sexual, si te parece lo hablamos también en familia y lo decidimos. No quiero causaros problemas y menos un escándalo así en la prensa que puede afectarte a ti y a mi hija.

Pero antes de hacer todo esto, si aún tienes ganas y me perdonas, me gustaría contarte todo esto personalmente y abrazarte a ti y a mi hija.

Como te he comentado, quisiera recalcarte que esta carta estará depositada en el notario por seguridad, porque he informado a Sánchez-Pacheco, que ahora se hace llamar Flores, de mis intenciones y no creo que le haga mucha gracia. A él le he dicho que le exculparía de sus coacciones y evitaría hablar del pago que le realicé. Todo esto lo hago porque ahora veo que, aunque he sido un ser vicioso y con doble moral y aunque no he cometido delito alguno en este aspecto, no quiero que mis actos os ensucien a vosotras que sois lo que más quiero en el mundo. Pero si estás leyendo esto, yo no estaré aquí, con vosotras, pero quiero que conozcas mi verdad y mis verdaderos sentimientos y estés en guardia por si este caso estallara y pudiera salpicaros o por si Flores hace una jugada de las suyas.

Me despido con un hasta pronto, mi querida Daniela. Os he querido, quiero y os querré.

Juan Azcárate
6 de octubre de 2020

—¿Qué te pasa, inspectora? ¿Sorprendida? El mierda este quería confesar su crimen, bueno, nuestro crimen —se ríe—, que por cierto está prescrito, para aliviar su mente y espíritu. Soplapollas, nunca mejor dicho. Y va el tonto de él y me lo cuenta. Y me dice que solo va a contar eso, que lo otro lo va a callar ¡Ja! Pero acto seguido, el señorito me cuenta que se va un mes de viaje a reflexionar y a la vuelta, lo soltara todo. Inspectora, de verdad, no le parece un gilipollas este hombre. Es igual de tonto que cuando le conocí bajando las escaleras del colegio. Iba de seguro y de duro, pero era

de mantequilla. Estaba acostumbrado a tenerlo todo, a ser popular y de repente apareció aquel cura y lo dejo en estado de shock. ¿Y qué hice yo? Ayudarlo a salir de ahí y por eso le propuse cargarnos a ese baboso. Él no quería, pero le comí la cabeza. Le dije que si no lo hacíamos algún día se sabría, o que quizás yo, en un momento de debilidad —se ríe— no aguantaría más y lo confesaría. Aún me acuerdo de su cara pálida de terror al comentarle esto. Y allí que fuimos. Lo que dice en la carta no es todo cierto. Se le olvidó poner que salió huyendo como una rata. Yo sí me quedé a observar cómo el cura se retorcía en espasmos, paralizado por el dolor. Luego, supongo que en el colegio se inventaron que había muerto de un infarto o prefirieron creer que así era. Para ellos es un alivio quitarse de encima a un abusador de niños. Y pasado el tiempo, Azcárate comenzó a evitarme, a no saludarme. Como si no existiera. Ya nos encontraremos algún día, pensé. Y así fue. Menuda premonición ¿eh Iturri? Pobre Azcárate. Y al poco tiempo, me cambiaron de colegio porque mis padres no podían pagarlo. Pringados.

—La rata eres tú —acierta a decir Idoia, mientras escupe sangre y dos dientes.

—¿Qué opinas de mi chantaje? Es que me lo puso a huevo, la nenaza, con sus aventuras con travestis, sus viajes a Tailandia para sus orgías con todo tipo de sexos y de género. Pobre enfermo.

—El enfermo eres tú. Y, por cierto, ese vocabulario que empleas ahora, ¿es nuevo? O seguramente viene de serie, ¿no?

—Veo que sigues teniendo sentido del humor. Es lo que más me gustaba de ti, además de tu cuerpazo, claro. Y esos ojazos verdes, tan curiosos, que te han llevado a la perdición. Como eres una inspectora muy detallista habrás oído que, en el transcurso de nuestra amorosa conversación, he empleado la palabra «me gustaba» y he utilizado el pasado porque dentro de un rato hablaremos de ti y de tu final, en su conjugación del pretérito perfecto de indicativo del verbo gustar, que por si no lo sabes, se

usa para hablar de acciones que tuvieron lugar en el pasado y que todavía no han concluido. Pero que van a concluir porque tengo pensada una muerte bellísima para ti, no te mereces menos.

—Qué emoción. Ya me contarás.

Iturri intenta dar muestras de serenidad y no aparentar estar asustada, a pesar de estar aterrorizada por dentro. Sabe qué es lo que él quiere. Tiene que ganar tiempo y centrarse en buscar una salida a la maltrecha situación en que se encuentra.

—¿Y Daniela? ¿Qué has hecho con ella?

—Está ahí, sobre la alfombra —Flores se dirige hacia el lugar donde ella se encuentra y la alumbra con la vela—. Está semiinconsciente. Me abrió la puerta muy amablemente. Me dijo que ibas a venir así que le comenté la posibilidad de esperarte juntos. Le administré algo parecido a un sedante y todavía sigue durmiendo. En unos minutos debería recobrar la consciencia a no ser que me haya pasado con la dosis —sonríe.

Iturri le observa. Está disfrutando en su papel. Son dos Flores antagónicos: Caín y Abel, Doctor Jekyll y Mr. Hyde. Es una persona absolutamente desconocida para ella. Nunca vio el mínimo atisbo de su psicótica personalidad, ni siquiera cuando recuperaron el cadáver de Azcárate, ni en las posteriores investigaciones, cuando encontró en su ordenador la carta que acababa de leer y alteró; y otras pruebas del caso. Se trata de un psicópata de manual, piensa, que no experimenta sentimientos de culpa y que actúa motivado por la envidia y sus complejos.

Daniela se está moviendo. El narcótico que Flores le ha suministrado comienza a perder su efecto. Está tumbada sobre una alfombra atada de pies y manos.

—Mira, Iturri —le murmura al oído—. El bulto del fondo parece que cobra vida. Quieres saber cómo voy a conseguir que confiese si hay otras copias de la carta. He estado indagando desde que la encontré y leí que la había nombrado albacea testamentaria y que junto al

testamento le iban a dar la maldita misiva. Sabemos que hay una en el notario y averigüé que tiene mañana cita a la diez. Lógicamente no va a poder ir. Hemos de pensar quién la recoge por ella porque se va a encontrar indispuesta. ¿Me ayudas?

Flores se acerca a Daniela y la incorpora, apoyando su espalda contra la pared.

—Ahora vuelvo, señora Azcárate. Siéntase en su casa —Flores sale del salón y se aleja.

—Daniela, ¿estás bien? —susurra Iturri—. ¿Me oyes?

—Sí —musita.

—¿Esperas alguna visita, alguien que te vaya a echar de menos?

Contesta con un hilo de voz.

—No, aparte de la cita que tengo mañana en el notario. Mi hija está en Puerto Rico. La envié allí con mi hermana, unos días después del fallecimiento de su padre.

—¿Conocías a Flores? Tu exmarido y él coincidieron en el colegio cuando eran pequeños.

—No, la primera vez que le vi fue contigo en el interrogatorio.

—Acaba de confesar que es el asesino de Juan y que además lo chantajeó y obtuvo de él un millón de euros.

—¡Oh, Dios! —exclama Daniela mientras gruesas lágrimas resbalan por sus mejillas.

—Todo esto y alguna cosa más lo dejó escrito Juan en una carta dirigida a ti que Flores encontró y manipuló. Y por eso ha venido por ti, por si existieran otras copias. También sabe que mañana tienes cita en el notario y que te la van a entregar. Tienes que tranquilizarte, Daniela, mantén la calma, no te desmorones.

—¿Interrumpo, señoritas?

Flores entra en el salón empujando una carretilla con dos enormes troncos de leña.

—Tranquilas, no voy a hacer ninguna hoguera con vosotras, no es San Juan. Querida Daniela, hay una carta que me interesa mucho,

como seguramente te ha informado la inspectora en mi breve ausencia. No entiendo cómo un bombón como tú podía estar con un tipo tan débil. Y hablo con conocimiento de causa. Te habrán contado ya, a estas alturas, que yo lo maté. Y que tu marido me donó en su día un millón de euros.

Daniela solloza.

—Verás, Daniela. Te lo voy a preguntar solo una vez. ¿Hay alguna carta más, has recibido algo, a parte de lo que te entregarán mañana en el notario?

—No, nada —gime.

—Bien, vamos a asegurarnos de que dices la verdad. Voy a poner estos dos troncos de madera encima de tus piernas. Calcula que tienes unos veinte minutos para confesar. Por un lado, por si sabes algo que Azcárate te contó o entregó que yo no sé, y, por otro, para que pienses cómo conseguir la carta que te van a entregar mañana en el notario.

—No sé nada, se lo juro.

Flores deja caer al suelo primero un tronco y luego el otro y los arrastra hasta ponerlos encima de sus piernas.

—Comenzamos, te explico. Ahora tienes tus bellas y largas piernas aplastadas. Lo que hace este peso es disminuir el flujo de sangre y si continúan aplastadas mucho tiempo el daño será irreparable. Tus venas estallarán, en diez-quince minutos estarás coja para siempre y en veinte-veinticinco no volverás a caminar, y quién sabe si tendrán que amputártelas.

Está aterrorizada.

Iturri observa la escena, impotente, y grita.

—Bastardo, ¿por qué no te metes conmigo?

—No te preocupes, inspectora, luego llegará tu turno.

—Le garantizo que no tengo ninguna carta, ni tenía idea alguna de lo que me acaban de contar. No hablé nada de eso con Juan. Me llamó para decirme que se iba de viaje. Que volvería en un mes y le

gustaría, entonces, vernos a Manuela y a mí. Lo noté sereno y optimista. Diría que estaba feliz —contesta Daniela con la voz entrecortada y atragantada por las lágrimas—. Se lo juro —balbucea.

—Sí, feliz. El imbécil de él. Felizmente muerto está ahora. De acuerdo, te voy a creer. Y para mañana ¿se te ocurre algo? Tienes que pensar deprisa, ya sabes —le comenta mientras señala sus piernas.

Iturri interviene.

—Deja que mañana vaya al notario y te quedas conmigo de rehén.

—Ja, ja. ¿Y te crees que va a volver? Va a pensar, esto es cosa de policías. Y en una hora tenemos la casa llena de nuestros colegas. Daniela, ¿alguna idea? Llevamos ya cinco minutos, diez o quince más y estaremos cojos para siempre.

—Mi abogado —comenta con un hilo de voz—. Tiene poderes míos universales. Puede aceptar y firmar cualquier operación en mi nombre—contesta incapaz nuevamente de reprimir el llanto.

—Interesante, le vas a escribir un mensaje y si tienes suerte, te contesta y es creíble, te quito los troncos y podrás seguir paseando tus bonitas piernas por la vida.

Le acerca el teléfono y se recuesta al lado de ella.

—¿Cómo se llama?

—Jaime Gómez-Pons.

—¿Por whatsapp?

Daniela asiente.

Flores manipula el móvil y busca el nombre a través de la aplicación.

—¿Es este?

—Sí.

—Pues parece que no tenéis una comunicación muy fluida.

—Siempre borro el historial de mis mensajes. A cada rato.

Flores comprueba y efectivamente no tiene mensajes almacenados.

—Escribe y no se te ocurra dar al botoncito sin que yo lo apruebe antes o estás muerta.

Daniela, tras pensar unos segundos, que a Iturri se le hacen eternos, comienza a escribir:

> Solo quería decirte, querido Jaime, que me va a ser imposible ir mañana a la firma porque, aunque me encuentro bien, no he dormido en dos días y me quiero tomar unas pastillas para dormir hasta el mediodía así que, por favor, vete tú.
>
> Ojo, acuérdate de llevar mis poderes al notario.
>
> Como no quiero demorar lo de mañana, vayamos cerrando capítulos lo antes posible y cuando esté todo terminado que alguien de tu despacho me traiga la doc. y me la deposite en el buzón y no abráis nada, primero quiero verlo y leerlo yo.
>
> Os llamaré cuando abra todo si tengo alguna duda.
>
> Recuerda que quiero saber las voluntades de Juan cuanto antes.
>
> Recuerda también que te estoy muy agradecida por todo.
>
> Ok con todo, Jaime? Un beso grande.

—¿Le parece bien?

—Un beso, qué romántico. Sí, parece creíble. Por las piernas no te fluye bien la sangre, pero por el cerebro todavía sí.

Flores envía el mensaje.

—A esperar y a rezar, señora Azcárate.

A los tres minutos se ilumina el teléfono de Daniela. Flores lo tiene en la mano y espera unos segundos en abrir el whatsapp. Es Jaime Gómez-Pons, el abogado, respondiendo al mensaje.

> Hola Daniela
>
> Ningún problema. Es la notaria de siempre, así que ya tienen los poderes de otras veces; después de la firma envió al oficial del bufete a que deposite todo en tu buzón y cuando lo leas, si te parece, hablamos. ¿De verdad estás bien? Si necesitas que te lleve o envié algo me dices. Bss.

Jaime.

—Muy bien Daniela. Este Jaime es una joya. Ya me lo presentarás más adelante por si necesito abogado —se burla—. ¿Le contestamos algo?

Daniela escribe:

Sí, lo haré, a punto de dormir.

Ok.

Si tengo duda, cuando lo reciba y abra, te llamo para que me expliques la doc, beso.

Flores lo chequea y envía el mensaje.

—Bueno, chicas, ya solo falta esperar. Ah, y quitarte estos incómodos troncos de encima. Te va doler un poco ahora, pero es mejor el remedio que la enfermedad. Mañana cuando te levantes, veremos si te has quedado algo cojita —Daniela grita de dolor mientras los retira—. Ahora son las diez de la noche, toca descansar. Como estáis algo tensas, supongo, y en una posición incómoda, os voy a administrar una dosis de flunitrazepam, que es diez veces más potente que el valium. Como bien sabes, inspectora, es la droga que utilizan los violadores, pero, tranquilas, yo no soy de esos, a mí me gusta que me lo pidan, como lo hacías tú, Iturri. Su otro nombre es el Rohypnol y en España su uso está prohibido desde el dos mil trece, por eso me la envían desde el Reino Unido, donde su uso no es ilegal.

—¿Qué piensas hacer luego, Flores? —pregunta Iturri—. Estás en un camino sin retorno. No puede salir bien. Te ruego que vuelvas a ser el hombre que conocía, un policía justo y honesto, que ha resuelto más de cien casos criminales con éxito y un hombre encantador y respetuoso.

—Conmovedor, Iturri. Me has puesto la piel de gallina. Venga, vais a dormir como los ángeles —comenta mientras le hace ingerir una

pastilla del fármaco.

51
DOS SOBRES

Aunque están cerradas, rayos de luz se cuelan en el interior de la estancia, a través de las rejillas de las contraventanas.

Iturri abre los ojos lentamente. Se nota la cara hinchada, le estalla la cabeza y le duele todo el cuerpo. El único alivio que le espera es poder acostumbrarse al dolor. Es como si despertara de la resaca de su vida. Es el efecto de los golpes, las horas que lleva amarrada a la silla sin moverse y las drogas que le han suministrado. Siente el pantalón húmedo, no ha podido contenerse, pero, piensa, ese es el menor de sus problemas. Observa a su alrededor. En la *chaise longue* de enfrente está Flores, durmiendo plácidamente. Y en la misma posición de la noche anterior, sentada en el suelo y apoyada contra la pared, está Daniela, que también sigue durmiendo. Intenta mover las manos, las piernas, pero está fuertemente amarrada.

Tiene que despejarse. Pensar y calibrar qué posibilidades de salir de esta situación tiene por delante. Se arrepiente de no haber llamado a algún compañero para comentarle sus sospechas y decirle que se dirigía a casa de la exmujer de Azcárate. Pero uno de sus defectos, a corregir ciertamente, es no saber trabajar en equipo y ser independiente. Si logra salir de esta, lo recordará. El Flores que acaba de conocer es un auténtico psicópata difícil de manejar.

Flores despierta. Se medio incorpora del sillón de diseño y la mira.

—Buenos días, inspectora. Espero que hayas dormido de un tirón porque la postura en la que estás, y además atada, tiene que ser muy incómoda. Lo siento mucho, pero no tengo otra opción.

Parece más amable que ayer y aprovecha.

—Rafa, te agradecería que me dejaras ir al lavabo.

—Claro, Idoia. Además, veo que no has podido contenerte. Espera que te desate y te acompaño.

Comienza a aflojar la cuerda que aprisiona sus piernas mientras le susurra al oído.

—¿Ahora soy de nuevo Rafa, Idoia? Me encanta que vuelvas a tutearme, pero no creas que me vas a engatusar ahora con tu tono bajo y dulce. Si te lo has hecho encima una vez, entiendo que puedes hacerlo dos veces.

—Psicópata de mierda.

Flores le suelta un bofetón con el reverso de la mano.

—Puedes seguir llamándome Rafa o Rafael, si estás enfadada —se burla—. Vamos a despertar a Daniela. Buenos días, son las diez de la mañana. Despierta, dormilona.

Le lanza un vaso de agua fría a la cara.

—Tu abogado, tu querido Jaime, debe estar ya firmando tu herencia. Sonríe. Es un gran día para ti.

Daniela abre los ojos poco a poco. Esta abotargada también por los efectos de los somníferos.

Hay una tensa espera. Se palpa en el ambiente.

Flores no para de caminar de un lado a otro, como un león enjaulado.

—Siempre he pensado que es mejor un poli que no necesite pasta, que uno que la necesite como tú. Y tú lo necesitabas para escalar a una posición social que no te corresponde y que siempre has envidiado. Detestas a la gente como Azcárate, su educación y trato exquisito, ¿verdad? Y su dinero, claro. Ahora entiendo lo de tu ático en el barrio de Justicia que, por cierto, tiene una ventaja: cuando te detengan no tendrás que caminar mucho hasta la Audiencia Nacional. Sois vecinos. Y el barrio en que vives hará honor a su nombre.

La mira con furia contenida.

—Luego vas a ver cómo hago justicia contigo.

—Tu psicólogo entiendo que te cobrará una fortuna. Tiene que ser agotador hacer terapia de grupo con una sola persona —le provoca

burlona.

Iturri se percata, por segunda vez, de que le ha sacado de sus casillas, no sabe muy bien por qué, pero entiende que la única manera de seguir viviendo es conseguir que pierda la calma y cometa algún fallo.

Flores se acerca, se pone detrás de ella. Siente un pañuelo que le introduce fuertemente en su boca, amordazándola.

—Presta más atención a lo que dices o acabaré contigo antes de tiempo, pero hasta que llegue ese momento, vas a estar mejor calladita.

Sigue paseando nervioso por el salón y de repente suena un mensaje que proviene del teléfono de Daniela.

Flores se abalanza hasta donde se encuentra.

Es un mensaje del abogado. Lo abre y lee en voz alta.

> Daniela, espero que te encuentres mucho mejor hoy. Con el notario sin problemas. Me entregó la testamentaria y una carta para ti de tu exmarido. No he abierto nada. Lo acaban de dejar en tu buzón. Cuando lo leas, llámame si quieres y comentamos.
>
> Bss. Jaime.

A Flores se le ilumina la cara con una sonrisa.

—Dale las gracias, Daniela. Como te dije antes, me cae bien este Jaime. Ahora, dime, para abrir el buzón y coger los papeles, hay que salir fuera, ¿a la calle?

—No hace falta, el mismo buzón tiene una doble puerta. Puede abrirlo desde dentro. Las llaves están en ese aparador de metal, en el primer cajón de arriba, a la derecha. Están señaladas con un letrero.

Espera quince minutos en silencio sentado en el salón antes de salir, por prudencia. Pasado ese tiempo, abre una de las contraventanas y su ventana correspondiente y sale al jardín a través del porche. Toma sus precauciones y camina sigiloso por el

seto que rodea el perímetro de la casa.

Avanza pegado a él para desde ahí tener una visión general de todos los ángulos. Así llega hasta el buzón. Lo abre. En el interior hay dos sobres, uno más grande que el otro. Los recoge, repite la operación de vuelta a la casa y entra en el salón. Se sienta en el sofá y abre el sobre pequeño en primer lugar. Comienza a reír en voz alta.

Ya tiene lo que quería, la carta que le incriminaba.

Ahora continúa con el sobre grande. Lo abre y lee durante varios minutos. Iturri le observa. Daniela no puede hacerlo porque se encuentra a sus espaldas. El rostro de Flores muta hasta convertirse en asombro.

Resopla y silba.

—Guau, Daniela. Quizás tu ex no era tan tonto como pensaba. Entre casas, cuentas corrientes, fondos de inversión y demás valores, os ha legado a tu hija y a ti, treinta millones de euros. Y yo solo le pedí un mísero millón. Siempre se dice que cuanto más rico te haces, más tacaño te conviertes. Así que enhorabuena. Luego tú y yo charlaremos un rato para ver qué posibilidades tenemos de compartir esta fortuna. Además, ahora eres viuda y yo voy a estarlo muy pronto, así que podemos hacer muy buena pareja. ¿Qué opinas?

Daniela le mira con ojos tristes y resignados. Iturri la observa con admiración. Para tratarse de una persona totalmente ajena al mundo de la violencia, apenas se ha quejado y ha dado muestras, dentro de su dolor y agotamiento, de orgullo y entereza. Incluso ayer noche, antes de dormirse, pudo percibir en sus ojos un brillo de esperanza. O quizás era un sueño, imaginaciones de su mente provocadas por el somnífero y el atontamiento producido por las heridas en su cabeza.

—Por lo tanto, Iturri, como has escuchado, voy a tener nueva pareja, así que vas a tener que despedirte de mí.

Se acerca y le baja la mordaza para que pueda hablar.

—¿Cómo has llegado a esto? —intenta ganar tiempo.

—Te lo dije, inspectora. Has ido demasiado lejos y al hacerlo, te acercaste a la guarida del lobo.

—¿Le miraste a la cara antes de matarlo? Obviamente no. Por la herida que tenía en la nuca le atacaste por sorpresa y por detrás, cómo le llamaste antes ¿nenaza? ¿No estarían invertidos los papeles, incluso desde los tiempos del colegio, y el verdaderamente valiente era Azcárate?

—Calla, Iturri. Pero ya que preguntas cómo murió te contaré la historia. Recuerdas nuestra primera cena en Burguete, dónde me diste la chapa con toda la historia de la Chanson de Roland… Te crees que eres la única que sabe de historia. Paleta. Yo también sé de Carlomagno y de Sancho el Fuerte. Éste último, en la Batalla de las Navas de Tolosa, fue el encargado de romper la línea humana de esclavos que rodeaba al rey turco. ¿Con qué? Con unas mazas y una espada. ¿Sorprendida Iturri de mi sabiduría? Sigo. Y le regalaron unas cadenas como símbolo de la liberación, que hoy forman parte del escudo de tu comunidad autonóma. Así que no se me ocurrió mejor manera de liberar a Azcárate de sus pesadillas que encargar una maza medieval- como sabes querida, en internet consigues de todo-, y darle una muerte histórica, con clase. Y si alguna vez se descubría el caso, quizás podría replicar uno similar, ya que tantos peregrinos fallecen en esta etapa, y crear un asesino en serie: Roland, el asesino de la maza o Sancho, el liberador de peregrinos —rié Flores de manera macabra.

—Tu locura me provoca lástima. Y me reafirmo en mi opinión de que el único cobarde de toda esta historia eres tú. Sigues siendo ese niño acomplejado y rencoroso al que el cura metió mano y que, al igual que Azcárate, no pudo defenderse. Y que hoy cuarenta años después sigue haciéndose el gallito, aparentando lo que no es ni lo que era. Sabes, estoy segura de que es mentira lo que dijiste a

Azcárate. No te quedaste a observar cómo el cura agonizaba porque estabas cagado de miedo, te manchaste los pantalones y saliste corriendo. Lo mismo que sigues haciendo ahora. Al menos él tuvo el valor de reconocerlo. Tienes complejo de inferioridad —recalca— y he de reconocer que está absolutamente justificado.

Flores la mira con odio salvaje. Tras unos segundos recupera la serenidad.

—Sé que estás tratando de que pierda la compostura y acabe contigo lo antes posible. Y sí, tu final está muy cerca y, como te dije, va a ser una bella muerte.

—Mírame, Flores, ¿lo ves? Es la mirada de alguien a quién no le importa morir.

Está tan cansada que no le importa no seguir viviendo. Solo le provoca y le da conversación para ganar tiempo. Piensa en Daniela y en lo que puede ser de ella.

—Vamos a lo nuestro, Idoia —se dirige al sofá, coge una bolsa de mano y de ella extrae un frasquito con un dispensador.

52
BÓTOX

—Desde pequeño me fascinan todos los venenos por el poder que demuestran. Cualquiera que entorpeciera un propósito, ya fuera rey, emperador o dictador, podía ser víctima de su potente acción gracias a unas pequeñas dosis. Napoleón Bonaparte, Rasputín, Stalin, Mozart. Todos ellos y muchos más, grandes protagonistas de la historia, fueron envenenados. Su poder es devastador, unas simples gotas y fin de la historia, nunca mejor dicho. Los más populares en épocas pasadas eran el cianuro, el arsénico, el mercurio y, más adelante, la estricnina y la amatoxina que es, Iturri, la que se encuentra en las setas: el emperador Claudio fue envenenado por unas *amanitas phalloides* que Agripina, madre de Nerón y siguiente emperador gracias a ese veneno, mezcló con las buenas, un manjar, las *amanitas cesarea*. Por cierto, los bosques de tu tierra están repletos de ellas, así que ten cuidado. ¿Pensabas que la única culta eras tú? Otra gran asesina sería la ricina y cómo no, el compuesto 1080 o fluoroacetato de sodio, ya famoso entre nosotros gracias a la carta de Azcárate, porque fue la sustancia que empleamos para cargarnos al repugnante cura que arruinó nuestra infancia. Pero, para ti tengo reservado uno muy especial. El veneno más potente de la historia. Ah, pero quizás eres inmune, porque lo hayas utilizado antes. ¿Te has puesto bótox alguna vez, inspectora? Aunque he de confesar que no lo parece. Tu bello rostro, que tanto me atrajo una vez, luce natural, fresco y sano, típico de haber nacido en una pequeña villa del Pirineo navarro. Es verdad que los de pueblo tenéis mejor cutis. Te voy a detallar por qué es el número uno y cómo se emplea. El bótox es una toxina producida por la bacteria *CLOSTRIDIUM BOTILONUM*. Como sabes, se utiliza mucho en

cosmética inyectándose en la piel para matar las células que causan las contracciones musculares y con ello, las arrugas. Y así, os acabáis pareciendo todas a Nicole Kidman que, por cierto, recientemente confesó que está feliz de no utilizarlo ya, porque por fin puede mover la cara.

Flores está disfrutando de su monólogo. Parece un director de orquesta loco o un cirujano chiflado paseando por el salón y hablando ante una audiencia imaginaria de espectadores en un hemiciclo inexistente, porque el único público son Daniela e Iturri, que le observan inquietas entre asombradas y asustadas.

—Comparando venenos —continúa—, te diré que es cien mil veces más potente que el cianuro. Para que te hagas una idea, un solo gramo acabaría con un millón de ratones de laboratorio. Con un nanogramo, la milmillonésima parte de un gramo, matas a una persona, y con quinientos gramos, podríamos acabar con seis mil millones de personas. Un holocausto de bótox.

—No te preocupes, Flores, ni los ratones ni toda esa gente me ha hecho nada —interrumpe Iturri, muy chula—. Alguien dijo una vez «me gustaría tomarte en serio, pero hacerlo sería ofender tu inteligencia» y, por cierto, todo este discurso tuyo, esta clase magistral de bótox que nos estas impartiendo, profesor Psicópata, me está aburriendo soberanamente. ¿Sabes tanto de esto porque tu padre era un vulgar químico de un pequeño laboratorio y te hizo a su imagen y semejanza, o porque eres un vulgar asesino envenenador de curas y de gente a la que tienes envidia?

Iturri está serena y se muestra altiva y arrogante porque tiene la muerte muy cercana, y a veces, cuando la tienes tan cerca, te serenas. Piensa también que, provocándole, quizás consiga despertar su ira y que la mate rápidamente.

Flores desenfunda su arma y le apunta con ella a la frente entre sus ojos. Iturri desea que apriete el gatillo y todo termine rápido. Miles de imágenes se agolpan en su mente: los paseos en bici de su

infancia, las burlas de sus hermanas, fotógramas de películas de cine negro, los ojos llenos de odio de Marcela Velasco, la cara de Flores mientras le hacía el amor y de repente, una caída vertiginosa a la profundidad de la cima…

—Esto es lo que buscas ¿verdad? Que te descerraje un tiro aquí y ahora.

El cabrón psicópata, le ha leído la mente.

Flores la mira con una sonrisa sarcástica que asoma en sus labios contraídos.

—No te voy a dar el placer. Voy a continuar explicándote lo que vas a sentir. La potencia de este veneno se multiplica, si en vez de inyectarse se ingiere. Como un jarabe, querida. Una o dos cucharitas y enseguida sentirás los primeros síntomas: náuseas, vómitos y mareos. A continuación, visión doble, borrosa, dificultad en el habla, hormigueos en la lengua —Flores se acerca a ella y se la restriega por la mejilla e Iturri se estremece del asco—, luego te fallará la coordinación muscular y tendrás dificultades respiratorias. Y, por fin, el sistema nervioso te fallará completamente y morirás entre dolores terribles —le susurra al oído—, pero te aseguro que serás el cadáver más bonito de la morgue. La muerte, como bien conoces, es un camino demasiado fácil, por eso me gustaría hacerte sufrir.

—Eres tan patético y me produces tanta repugnancia —Idoia le escupe—, aprovecho ahora que todavía no tengo la boca seca.

Flores ríe burlón y siniestramente a unos centímetros de la cara de Iturri.

Y, de repente, una explosión sacude la estancia.

53
ADIÓS DÍAS GRISES

La luz de un hermoso día de otoño ilumina la estancia, contribuyendo a destacar todavía más el blanco impoluto de la habitación: la pintura, el mobiliario, la cama y también la enfermera que se inclina sobre la misma. En ella reposa la inspectora Idoia Iturri, que comienza a despertar del letargo en que ha estado sumida las últimas veinticuatro horas. Abre los ojos y la enfermera le ofrece un vaso de leche. La nívea visión al despertar le produce una sensación de quietud, pureza e inocencia, en las antípodas de lo vivido en las últimas horas.

Lo último que recuerda es haber estado atada a una silla muchas horas, sin poder moverse, comer o beber, teniendo incluso que hacerse encima sus necesidades fisiológicas. Puede ver también el rostro del inspector Flores que brilla con triunfo demoníaco, a escasos centímetros de su cara, cuando se disponía a administrarle una dosis de bótox mediante un tubo que estaba introduciendo en su boca. Una ancha sonrisa de satisfacción inundaba su cara. En ese preciso momento hubo una explosión, saltaron los cristales y salieron volando astillas y trozos de madera de las contraventanas y el salón se inundó de gas lacrimógeno. Gritos y disparos. Antes de desmayarse sintió el acero frío de un cuchillo penetrar en sus muñecas y liberar sus ataduras y alcanzó a vislumbrar dos GEOS, ambos con dos ERA, como llaman ellos a los equipos de respiración autónomos, que le ponían una máscara de respiración. No recuerda nada más.

En una de las esquinas de la habitación, sentado sobre un sillón de cuero también blanco, se encuentra un hombre observándola. De pelo canoso y brillantes ojos oscuros, le reconoce. Es el superior de

Flores, el comisario Alfonso Ridruejo. Su mirada y gesto denotan una mezcla entre la simpatía y el reproche.

—¿Qué tal se encuentra, inspectora?

—Estoy baldada, me siento como si me hubiera pasado un tren por encima.

—¿Se encuentra lo suficientemente bien para hacer una descripción de lo sucedido?

—Sí, comisario Ridruejo.

—Comience, por favor —dice mientras se levanta del sillón.

—Estaba en Pamplona y recibí un paquete del colegio donde estudió Juan Azcárate, que había visitado unos días antes.

—¿Por qué visitó el colegio cuando el caso Azcárate ya estaba cerrado?

Iturri, no sin pudor, le relata su episodio amoroso con Flores. Que su instinto le decía que algo no iba bien y se puso a investigar por su cuenta y por eso volvió a visitar a la madre de Azcárate y el colegio donde estudió durante su infancia y juventud.

—Cuando abrí el paquete, este contenía catálogos escolares de la década de los sesenta y principios de los ochenta, coincidiendo con la etapa de Azcárate en el centro, que el rector del colegio, el padre Tellechea, me enviaba tal y como m había prometido en mi visita. Comencé a revisarlos. En todos localicé a Azcárate, excepto en uno. Llamé al rector y me dijo que posiblemente fuera por enfermedad: la fotografía para el catálogo se realizaba un día determinado y si te ausentabas, ese año no aparecías. Comencé con el de COU y fui descendiendo curso por curso hasta llegar a sexto de EGB. Estudié como había hecho con los anteriores, las fotografías de toda la clase y del curso completo. No sabía muy bien qué buscaba y, de repente, un sudor frío me recorrió la espalda. A pesar de su corta edad, unos doce años, le reconocí. Como sabe usted, Flores tiene un angioma bajo el ojo izquierdo que a su edad era todavía más pronunciado. En el pie de foto aparecía «García-Pacheco, Rafael», y se encontraba en

la misma fila que Azcárate. Estos catálogos, que funcionaban en aquella época como una guía telefónica, llevaban un anexo con los apellidos, direcciones completas y teléfonos de todos los alumnos. Al comprobarlo, pude ver el apellido completo, García-Pacheco Flores, Rafael. Así que, ahora, o todo el mundo le llama Flores o debió cambiarse el orden de los apellidos.

Ridruejo la interrumpe.

—En nuestros archivos y en su DNI figura efectivamente Flores como primer apellido, se lo debió cambiar, no sé por qué motivo. En España esto se puede realizar a través del registro civil sin demasiados problemas.

—A continuación, llamé al teléfono fijo que aparecía con pocas esperanzas y efectivamente ese número ya no estaba operativo. Volví a llamar al colegio y el rector me dijo que no le recordaba, porque como me comentó en mi última visita, se incorporó al colegio cuando Azcárate cursaba octavo de EGB y Flores ya había abandonado el mismo y ya no quedaba ningún otro cura en el colegio de esa época que pudiera recordarlo. No solo eso, al ver las fotos del catálogo, de repente vino a mi mente el recuerdo de haber visto uno similar en casa de Flores, la única noche que pasé con él. Luego, telefoneé a Daniela Dwyre para poder entrevistarme con ella, mostrarle los catálogos y preguntarle acerca de Flores y su exmarido, si se conocían, si alguna vez su ex le había hablado de él, si cuando la interrogamos los dos le había recordado algo, aunque fuera vagamente. Luego tenía la intención de llamarle a usted y ponerle al corriente de mi investigación, pero quería tener cuantos más datos fuera posible. Y de camino a la casa de Daniela, aunque ya debía estar rondando en mi mente, me sobrevino fugazmente la visión de un ticket de Renfe que encontré en la papelera del baño de Flores. Era el resguardo de un billete de tren a Pamplona y, que cuando lo leí, me quedé en mi cabeza con la fecha del veintiuno del diez, que es cuando vino para impartir su conferencia. Pero comencé

a dudar si me habían bailado los números y realmente ponía doce del diez. Y si era así, por qué había estado en Pamplona y me había mentido. En nuestra primera cena en Burguete me había comentado que llevaba cerca de treinta años sin visitar la ciudad. Todo esto daba vueltas en mi cabeza mientras conducía rumbo a Madrid.

—Sabe que lo que tenía que haber hecho es realizar esa llamada en ese preciso momento, ¿verdad? Había descubierto un caso en que uno de los inspectores asignados al mismo, y que lo había resuelto con éxito, podía tener vínculos personales con la víctima y los había ocultado. Sin contar con el hecho de que usted y la señora Dwyre están vivas de milagro.

—Lo sé y lo siento. Actué de forma impulsiva e independiente.

—Inspectora, aunque no esté usted bajo mi mando directo, le informo de que en mi unidad trabajamos en equipo. La independencia se la guarda para su casa o sus relaciones personales, ¿entendido?

—Sí, comisario. Pero aunque habían aparecido estas pistas, ni en lo más hondo de mis pensamientos se encontraba la idea de que Flores estuviera tras el asesinato. Y quería saber los motivos por los que un inspector como él, excelente en su trabajo, había ocultado esta información. ¿Cómo se encuentra Daniela?

—Se le ha manifestado un síndrome compartimental agudo. Tiene muy afectadas sus extremidades inferiores. Nos ha contado la tortura a la que le sometió Flores. Casi quince minutos con un gran peso sobre las piernas es mucho tiempo sin que la sangre fluya. Se le ha realizado una cirugía en la que se corta el músculo para aliviar la presión sanguínea y recuperar el flujo. Estamos esperando para saber qué dicen los médicos sobre su evolución. En cuarenta y ocho horas nos dirán un diagnostico más definitivo.

—Cuánto lo siento. ¿Y Flores?

—No tiene que preocuparse por él, luego le informaré, pero prefiero antes que continúe su relato.

—De acuerdo, conduje de Pamplona a Madrid, y me dirigí directamente a la casa de Daniela en la urbanización de Monteclaro. Al llegar, a pesar de haber quedado con ella, no respondía al teléfono de la puerta ni a su teléfono. Así que decidí entrar. Tuve que encaramarme hasta una ventana, romperla y entrar por la cocina. De ahí, con mi linterna, caminé por un pasillo hasta que llegué a la puerta central. Cuando iba a abrirla e intentar iluminar todo, recibí un fuerte golpe por detrás y caí desmayada. Al recobrar la conciencia, estaba atada de pies y manos en la misma posición que me encontraron. Debían ser las siete de la tarde. Luego nos administró un sedante y al despertar era de día. No sé cuánto tiempo pude estar así sentada.

—La intervención se produjo en torno a la una del mediodía, por lo tanto, estuvo dieciocho horas aproximadamente.

—Volviendo a lo de antes, cuando tras el golpe que recibí en la cabeza, recobré el conocimiento, mis peores temores se confirmaron. Era Flores el que nos tenía secuestradas. Aunque es un decir que se trataba de él, porque no lo reconocí en absoluto. Era un personaje totalmente distinto, francamente absurdo y, a la par, loco y peligroso. Las palabras salían de su boca a borbotones. Todo lo que decía parecía un disparate, pero lo triste y siniestro es que todo era verdad. Pero cosas más graves estaban por llegar. Extrajo una carta de Azcárate que tenía en su poder donde aquel confesaba un crimen cometido años atrás por ambos, concretamente la muerte de un cura que abusaba de ellos y, también, el chantaje económico del que había sido objeto por Flores hacia tres años.

—Conocemos la carta, inspectora, y que Flores alteró el contenido de la misma y otras pruebas, y que, gracias a sus grandes conocimientos de la informática en las redes, convirtió la transferencia en *bitcoins* realizada hace tres años a él mismo, en un supuesto pago a unos asesinos a sueldo. Todo delirante, pero nos convenció a todos. Ha trabajado para mí los últimos quince años y

créame que estoy igual de sorprendido que usted. Pero continúe, por favor. Todavía no sabemos nada más allá de la carta, aunque lo intuimos.

—Lo que intuye es lo que es, comisario. Confesó el crimen de Azcárate. Aunque no tenían relación, le comentó que iba a realizar un viaje de peregrinación a Santiago, que necesitaba encontrarse consigo mismo y que a su vuelta sentía la necesidad espiritual de confesar el crimen que ambos cometieron cuarenta años atrás, pero que no iba a decir nada del millón de euros. Flores no le creyó y, además, no iba a permitir que se supiera el episodio del cura, aunque este delito hubiera prescrito. Desde luego Azcárate pecó de pardillo, pero supongo que ni en el peor de sus sueños pensaba que podría llegar a matarlo. Así que le siguió y esperó el momento más propicio, en el transcurso de la primera etapa de su viaje, aprovechando la soledad y lo escarpado del terreno, para atacarle por la espalda, asesinarlo y utilizar los barrancos estrechos y laderas pronunciadas para esconder el cuerpo. Cómo se encontró el cadáver y el estado en el que estaba ya lo sabe usted, comisario.

—Gracias, inspectora. El caso está claro y tenemos todo atado, pero cuénteme qué más sucedió. En el momento que intervinimos estaba a punto de suministrarle bótox vía oral, obvio que quería envenenarla y matarla.

—Sí. Previamente hizo un monólogo absurdo de mi belleza y de la muerte que me esperaba a través del bótox. A esas alturas tenía unos ojos inexpresivos, como nublados, que quizás eran la prueba de que estaba perdiendo la razón. Yo estaba completamente agotada, resignada a mi futuro y entonces escuché la explosión. ¿Ahora puedo saber qué ha sido de Flores?

—Fue todo muy rápido. Se intentó proteger tras una cómoda del salón, pero cuando entendió que tenía encima toda una unidad de intervención de los GEOS, además del gas lacrimógeno que le impedía respirar, comprendió que no tenía escapatoria alguna, se

disparó en la cabeza. Murió en el acto.

A pesar de sentir alivio, a Iturri le embarga una cierta tristeza, porque es verdad, ella conoció a dos Flores muy distintos: el psicópata loco de sus últimos momentos y el seductor, amable y gran policía condecorado en muchas ocasiones.

—Comisario Ridruejo, ¿cómo supieron dónde nos encontrábamos?

—Tiene que dar las gracias a Daniela. Nos ha contado que Flores le obligó a enviar un whatsapp a su abogado, preocupado como estaba por la carta de Azcárate.

—Sí, estaba delante cuando sucedió y fui testigo de todo.

—Pues bien, le leo los mensajes. En el primero de ellos, Daniela escribe:

> Solo quería decirte, querido Jaime, que me va a ser imposible ir mañana a la firma porque, aunque me encuentro bien, no he dormido en dos días y me quiero tomar unas pastillas para dormir hasta el mediodía así que, por favor, vete tú.
>
> Ojo, acuérdate de llevar mis poderes al notario.
>
> Como no quiero demorar lo de mañana, vayamos cerrando capítulos lo antes posible y cuando esté todo terminado que alguien de tu despacho me traiga la doc. y me la deposite en el buzón y no abráis nada, primero quiero verlo y leerlo yo.
>
> Os llamaré cuando abra todo si tengo alguna duda.
>
> Recuerda que quiero saber las voluntades de Juan cuanto antes.
>
> Recuerda también que te estoy muy agradecida por todo.
>
> Ok con todo, Jaime? Un beso grande.

Y en el segundo:

> Sí, lo haré, a punto de dormir.
>
> Ok.
>
> Si tengo duda, cuando lo reciba y abra, te llamo para que me expliques la doc, beso.

El comisario Ridruejo se acerca hasta la cama y le muestra los mensajes en el móvil.

—¿Detecta algo?

Los lee detenidamente. Como está advertida por Ridruejo y la han instruido, analiza los mensajes, leyéndolos horizontal y verticalmente, como si fuera una sopa de letras o un crucigrama y, al cabo de un tiempo, Iturri mira sorprendida la pantalla del móvil.

—Increíble, Daniela es una *crack*.

—Sí, la adversidad agudiza el ingenio.

—En el primero de los mensajes, leídas las mayúsculas verticalmente se observa la palabra SOCORRO y en el segundo SOS. Pero gracias a que me lo ha dicho y lo he leído con absoluta concentración. ¿Cómo pudo el abogado descifrarlo tan claramente al recibirlos?

—El abogado no lo vio, pero otra muestra más de la habilidad de la señora Dwyre estuvo en la forma empleada al enviar el mensaje y el canal escogido. El señor Gómez-Pons se sorprendió al recibirlos. En primer lugar, porque sabía que la señora Dwyre odiaba los whatsapp y así se lo había hecho saber en anteriores ocasiones. Le parecían una intromisión en la vida privada de las personas, decía que nadie tiene por qué saber si alguien está en línea en un determinado momento o la agresividad que supone que alguien vuelva a escribirte preguntando si has recibido el mensaje y por qué no has contestado, en fin, que ella solo enviaba los tradicionales SMS. También le llamó «querido» y se despidió con un beso y ambas cosas jamás las había hecho en las innumerables conversaciones y mensajes que habían compartido en los últimos años. Así que se extrañó. Por la noche estuvo dándole vueltas a la cabeza y, no sabe por qué, cuando se levantó temprano por la mañana, creyó oportuno llamar a nuestra oficina y preguntar por los inspectores asignados al caso. Obviamente ninguno de ustedes dos estaba disponible y la llamada, finalmente, derivó a mí. Me explicó todo y me envió los

mensajes. Acto seguido intentamos comunicar contigo y con Flores, pero vuestros móviles estaban apagados y la última conexión de ambos era del día anterior entre las seis y las siete de la tarde. Llamamos a Pamplona y nos comentaron que lo único que sabían es que usted había salido en coche rumbo a Madrid en torno a las dos de la tarde, pero no sabían el motivo. Así que enviamos a analizar los mensajes y muy rápidamente, ¡bingo!

Iturri no daba crédito a la habilidad y destreza con la que Daniela manejó la situación. Ahora duda si ese rostro desencajado que reflejaba miedo y angustia era real o estaba actuando. Sea lo que fuere fue una valiente.

—Creo que la plaza vacante de Flores vamos a tener que ofrecérsela a la señora Dwyre —bromea el comisario Ridruejo por primera vez.

Iturri asiente con admiración.

—¿Y después?

—Eran las ocho y treinta de la mañana. La notaría no abría hasta las nueve y media. Pero pudimos localizar al notario y a las nueve y quince estábamos todos reunidos. No hizo falta una orden porque el abogado tenía los poderes y el notario le entregó el testamento y la carta. Abrimos y leímos ambos documentos. Y a partir de ahí, comenzamos a montar el operativo. Decidimos continuar con el plan inicial de llevar la documentación al buzón de la casa. Lo hizo un agente infiltrado que se asomó y vio todo cerrado y una ventana rota en un lateral de la casa. El abogado se encontraba con nosotros y envió el mensaje comunicando que la documentación se había entregado. Y nos dispusimos a esperar. Teníamos varios puntos de vigilancia elevados que nos permitían observar tanto la puerta principal como la puerta trasera. El señor Gómez-Pons conocía la casa y tenía un plano de la misma dado que había participado supervisando la parte legal de la reforma que se había hecho cinco años antes; y otro punto importante, tenía llaves de la misma. A los

quince minutos nuestras sospechas se confirmaron cuando vimos salir al inspector Flores, bueno dejémoslo en Flores, avergüenza a nuestro cuerpo y a los que hemos confiado en él tantos años. Y lo hizo por la parte trasera, por el porche que da al jardín y a la piscina, sigilosamente. Tras volver a entrar en la casa, una hora después, ya teníamos a los GEOS listos para la acción. Revisamos el perímetro y encontramos una apertura bajo el seto, que entiendo ahora es por donde entro usted, la ampliamos de tamaño y decidimos entrar por ahí y por la parte delantera simultáneamente. Desconocíamos quién se encontraba dentro, aparte de Flores y casi con toda probabilidad la señora Dwyre. Y el resto ya lo sabe, inspectora.

—Entonces ¿todo ha acabado verdad?

—Sí, todo ha acabado. Y a pesar de lo que le dije antes, quiero felicitarla por su olfato policial. Su instinto le llevó hasta el lugar donde la señora Dwyre estaba retenida. Y esta nos ha contado que, si no hubiera estado usted ahí, con ella, no hubiera tenido fuerzas para afrontar la situación. Usted estaba en la senda de desenmascarar a Flores. Pero le vuelvo a repetir, trabajando en equipo quizás hubiéramos podido resolver este caso unas horas antes que, en otro escenario distinto, podrían haber sido vitales. Sé que ha aprendido la lección y por ello quiero que comencemos a formar un equipo. Como sabe, está vacante la plaza de Flores. He hablado con mi colega, su superior en la Policía Foral de Navarra y aunque no le hace gracia perderla, accedería a que viniese con nosotros.

Iturri le mira sorprendida.

—Comisario Ridruejo, muchas gracias, me siento muy halagada. Pero también estoy agotada. No lo considere un desaire, pero me gustaría madurar su propuesta y tomar la decisión con la cabeza despejada y la energía recuperada.

—Por supuesto, inspectora, descanse.

Tras unas semanas tan intensas, Iturri se siente por fin relajada y comienza a abandonarse en un sueño reparador.

Supone que Flores permanecerá todavía con ella, de vez en cuando, en sus peores pesadillas.

Cuando despierta tiene una cosa clara: aceptará la propuesta del comisario Ridruejo y se trasladará a Madrid a ocupar la vacante que deja Flores al frente de la Brigada Central de Investigación.

Por la ventana vislumbra que el sol madrileño brilla con todo su esplendor. La luz que le llevará a continuar persiguiendo a delincuentes y asesinos y a desenmascarar a tipejos como su excompañero. Su sueño está cerca de cumplirse. Grandes casos le esperan.

Adiós días grises.

FIN

NOTAS DE LA NOVELA

A los lectores de las novelas les suele gustar conocer detalles y pormenores de los hechos que en ellas se relatan.

Hasta qué punto lo que se cuenta es verdad, si determinados lugares existen tal y cómo se relatan, si los personajes de la trama están basados en alguien real, que existe o ha existido, etc.

A continuación, voy a explicar y desvelar determinados aspectos de la misma.

- Cuando Juan Azcárate recuerda su experiencia haciendo *running* en el Puerto de Mindalo, se basa en una experiencia real propia del que ha escrito esta novela. Hace unos años tuve la oportunidad y la suerte de poder cruzar el Océano Atlántico en velero. Partimos de Las Palmas de Gran Canaria con destino a San Barth, una isla del Caribe que pertenece a Francia y que junto a otras tres islas más, conforman las Antillas Francesas, en una travesía de veintitrés días. Paramos a repostar en Cabo Verde, último punto donde es posible hacerlo antes de sumergirte en la inmensidad del Atlántico. Aproveché el momento del amarre para estirar las piernas y correr un poco, una de mis pasiones. Me llamó la atención el contraste entre la pobreza del mercado de abastos, a pie de puerto, y un par o tres de construcciones modernas y minimalistas convertidas en discotecas y restaurantes de lujo. Y un poco más allá, la cantidad de perros sueltos y sin dueño, que pululaban por las playas circundantes en pos de alimento. Y es verdad que volví al velero como alma que lleva el diablo.

- La etapa del Camino de Santiago, St Jean de Pied de Port-Roncesvalles es verdad que es dura por el desnivel. También

qué es peligrosa en invierno y de hecho el Gobierno de Navarra, desde el año 2016, no permite la ruta que se describe en el libro entre el uno de noviembre y el treinta y uno de marzo. En los últimos años han muerto en este trayecto varias personas, por causas térmicas, infarto o despeñadas por un barranco, pero no ha habido ningún asesinato hasta el momento. Sí que lo ha habido en otras etapas del Camino: en el año 2015 una turista estadounidense fue asesinada en la provincia del León; el asesino sabía lo que hacía y la desnudó para acelerar su proceso de descomposición, seccionó las manos del cadáver y enterró ambas partes por separado con la finalidad de que no le descubrieran.

- La caza de la paloma torcaz se celebra desde tiempos ancestrales; tiene lugar en el mes de octubre y tradicionalmente las mejores fechas para esta actividad cinegética son una semana antes y después de la festividad del doce de octubre. Miles de torcaces y otras aves migratorias cruzan los cielos abandonando los maizales que las alimentan en el sur de Francia, en la zona de Las Landas. El lugar en el que aparece el macabro hallazgo que da origen a la trama del libro si existe. Y el puesto de caza es el número diez y se encuentra en un término conocido como Gabarbide. Por ley, los puestos de espera, muchos de ellos ubicados en la copas de los árboles, tienen que guardar una distancia entre ellos de al menos cincuenta metros. El paraje que se describe también existe y es espectacular para hacer una excursión desde el Alto de Ibañeta —lugar también clave en el libro— hasta el Alto del Lindux, un collado mágico que enlaza Navarra con Francia.

- El Instituto Navarro de Medicina Legal no está en el

emplazamiento que se describe en el libro; todas las muertes sujetas a investigación judicial se estudian, generalmente, en el Servicio de Patología Forense que se encuentra ubicado en el Hospital de Navarra. Ruego disculpen esta licencia. En su lugar, si viajan a Pamplona, podrán encontrar el Archivo General del Reino de Navarra, en el mismo emplazamiento donde se encontraba el palacio de los Reyes en la Edad Media, edificio proyectado y reformado por el arquitecto navarro Rafael Moneo en el año 2003.

- En cuanto a la gastronomía, todos los lugares y platos que se describen en el libro son reales y les animo a probarlos. Si bien es verdad que Azcárate era de gustos caros y este escritor no puede seguir su ritmo. Así que para repetir me decanto por La Tasca Suprema o el Ouh Babbo en Madrid y el Txiki-Polit en Burguete (Navarra).

- Las simas que se relatan en libro son muy habituales en la orografía navarra y también en Asturias, León, Huesca y otras comunidades, donde se hallan las más profundas de España y del mundo, llegando a alcanzar menos mil quinientos metros. Pero las más habituales y que en muchas ocasiones está ocultas en el monte, oscilan entre uno o dos metros hasta los veinte. Suele suceder que el ganado que pasta en estos montes, pueda accidentarse y caer al interior de las mismas.

- El ofrecimiento final que se realiza por el Comisario Ridruejo a la Inspectora Iturri para pasar a la Policía Nacional todavía no es posible en la vida real, más allá de las novelas. Se está estudiando una ley pasarela para facilitar una movilidad real entre los cuerpos autonómicos y el nacional. En estos momentos, debería realizar una oposición de acceso. Pero la inspectora Iturri es sumamente inteligente y trabajará de

asesora externa del comisario hasta aprobar la oposición en un tiempo récord.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias en primer lugar a ti, lector, por llegar hasta aquí y apoyar el mundo del libro. Cada ejemplar vendido ayuda a la cultura y a una extensa familia de libreros, editores, autores, correctores, maquetadores, diseñadores, traductores, distribuidores, impresores, profesionales del marketing, la comunicación, las redes sociales… Detrás de cada página de un libro he descubierto una espectacular labor que comienza mucho antes de que el manuscrito termine en las manos de un lector.

A mi editorial,The Galobart Books.

A Mercedes López, de la editorial, por su infinita paciencia y sabios consejos.

A mi mujer, que fue la primera en ojear el manuscrito. Ávida lectora de novela negra, sus aportaciones a la trama fueron de gran valor para mí.

A Juan, por sus aportaciones a la novela, despertándonos antes del amanecer para poder intercambiar opiniones.

A mi exmujer y amiga, escritora, por quitar horas al libro que está escribiendo para leer el mío.

A mi hija, voraz lectora desde su infancia, por el apoyo que me brinda con la mirada a través de sus grandes ojos mientras escribo.

A mis otros hijos, F, M, y M por su ayuda. En especial al mellizo de nueve años que cada mañana, recién despierto, se acercaba a mi ordenador a darme animosos buenos días y a interesarse por el número de páginas escritas.

A B, porque es más que un amigo.

A Jesús, por recordarme los quinientos trece puntos del Tratado de Derecho Romano.

A mis grandes amigos A y J, les envío toda mi fuerza y amor.

A Jesús del Olmo, de la Policía Foral de Navarra.

A la Delegación de Abogados Legem Abogados en Cerdanyola del Vallés por supervisar los temas penales y de protección de datos.

A todos los lectores cero de este libro.

Gracias.

Querido lector, si quieres hacer cualquier sugerencia, pregunta o crítica de la novela que tienes entre manos puedes escribirme a este mail que me ha habilitado la editorial: juanyanni@thegalobart.com. Estaré encantado de responderte personalmente.

Este libro se terminó de imprimir en Barcelona
en el mes de marzo de 2021.